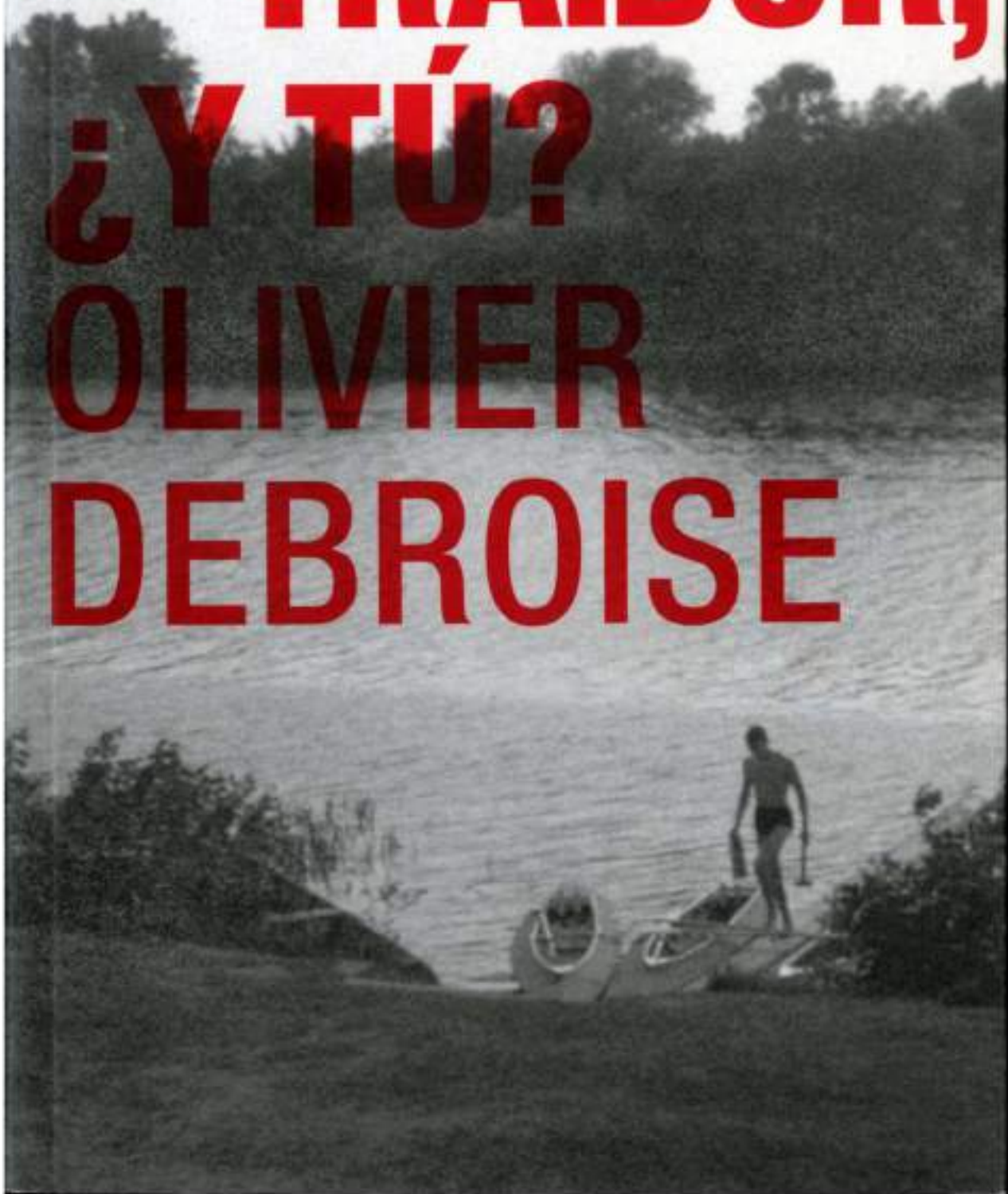


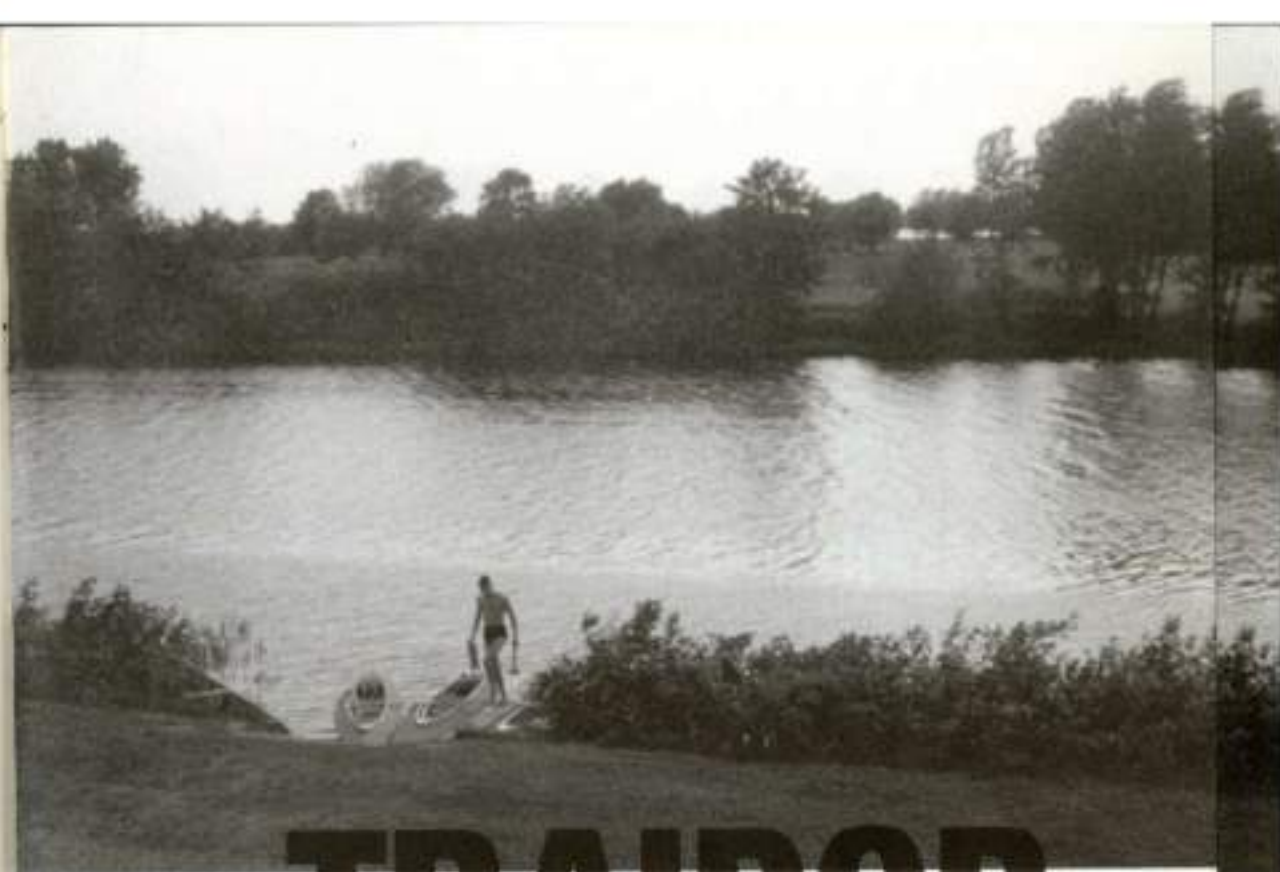
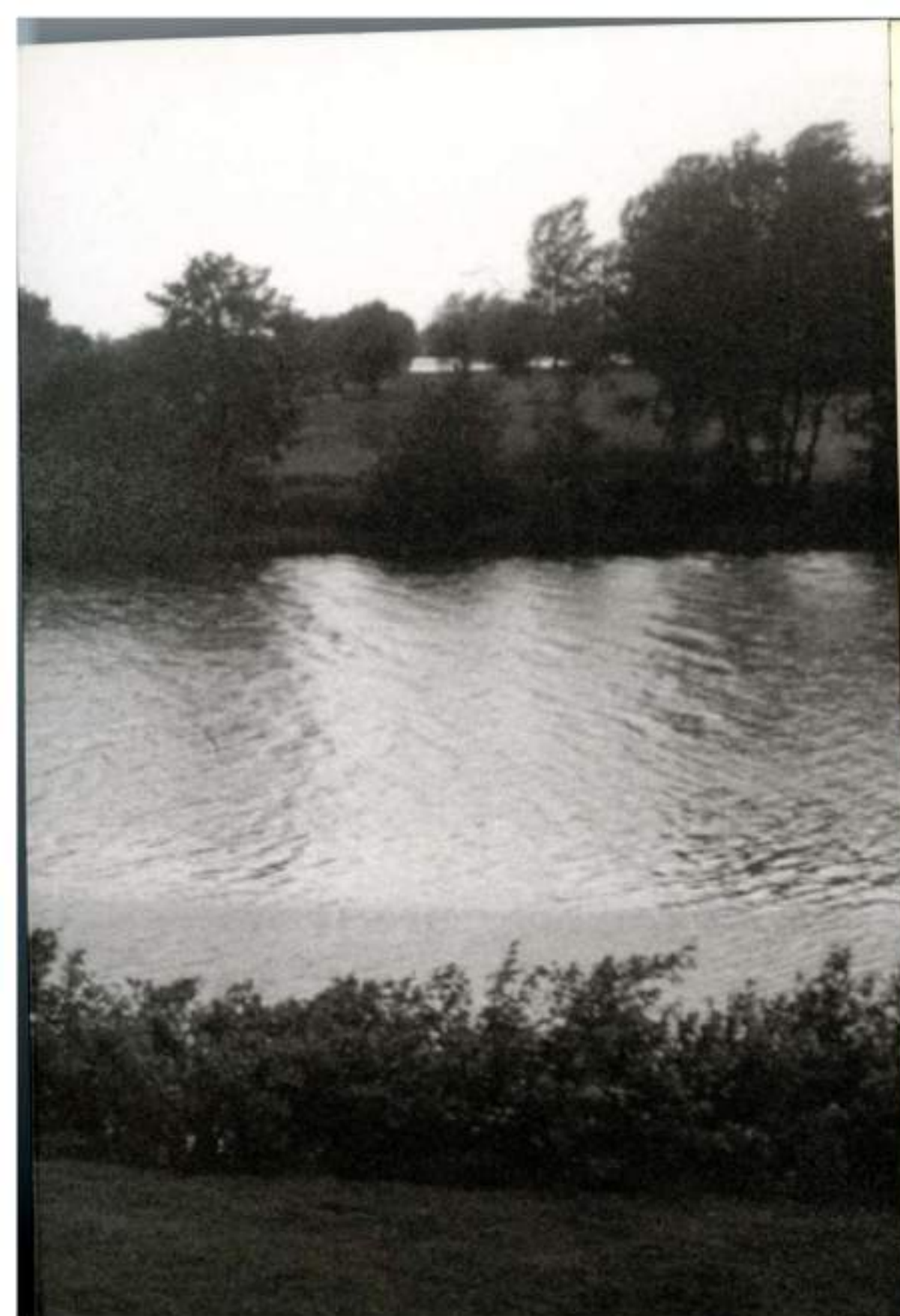
—TRAIIDOR,

¿Y TÚ?

OLIVIER

DEBROISE





**—TRAIDOR,
¿Y TÚ?**

—Traidor, ¿y tú?

© Olivier Debroise, 2008

Reproducido con el permiso de los herederos de Olivier Debroise

Esta publicación sin fines de lucro es una obra artística que forma parte de la exposición *Un lugar fuera de la historia*, de la serie *Microhistorias y macromundos*, exhibida en el Museo Tamayo del 17 de septiembre de 2010 al 6 de marzo de 2011

Coordinación editorial
Museo Tamayo

Editores
Enrique Serrano Carreto y Magali Arriola

Diseño editorial
S, consultores en diseño

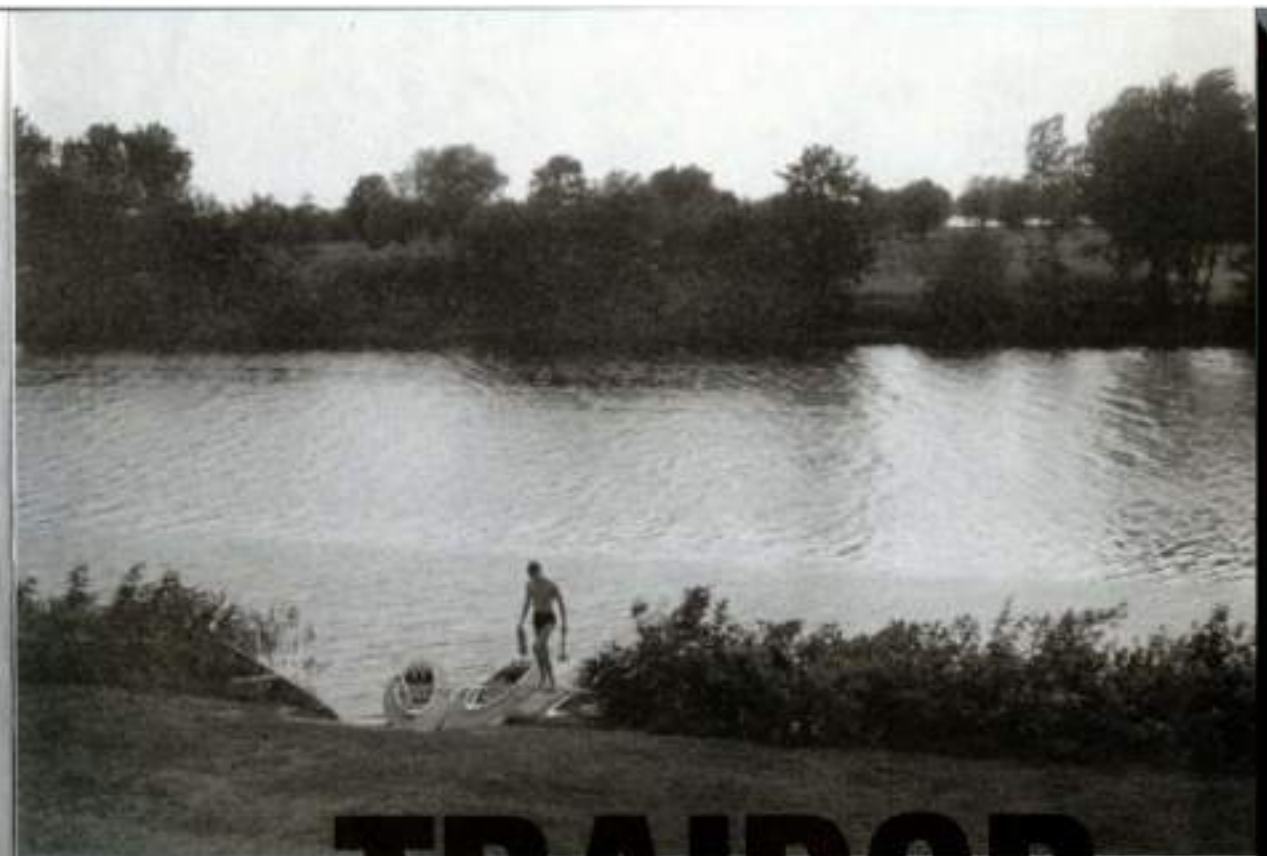
Corrección de estilo
Jaime Soler Frost

Primera edición: 2010

D.R. © 2010 Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura
Reforma y Campo Marte s/n Col. Chapultepec Polanco
Del. Miguel Hidalgo, 11560, México, D.F.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Bellas Artes

Impreso en México



—TRAIDOR, ¿Y TÚ?

OLIVIER DEBROISE

MÉXICO
2010

FUNDACIÓN
OLGA Y
RUFINO
TAMAYO

MUSEO
TAMAYO

Instituto
Nacional de
Bellas Artes

CONACULTA

Índice

Desde la memoria. A modo de introducción	7
Enrique Serrano Carreto	
Stefan Leonard Dąbrowski	17
Heinrich Winter	113
Leonard Bashazeldel	133
De la relación entre el juicio moral y la resistencia a la tentación	231
Anexo. Cuatro ensayos sobre la memoria	275

A Olivier

Olivier Debroise fue un historiador del arte que logró su lugar en México desde que en 1979 publicó su primer libro, el cual trata sobre los años de Diego Rivera en París poco antes de la primera guerra mundial, una de las etapas menos conocidas del pintor. Desde entonces, su trabajo se caracterizó por la calidad de su prosa y por la riqueza y versatilidad de la investigación documental. Poco después, en 1982, terminó su primera novela, *En todas partes ninguna*, en la que exploró los afrancesamientos de la aristocracia porfirista durante la transición de la Revolución mexicana y la preguerra de 1914, a través de la vida del pintor mexicano Alfonso Michel. Como escritor, Olivier tejía narrativas desde sus experiencias personales con sus intereses profesionales en la historia, el arte, las teorías, los artistas, las estructuras de poder y, en general, la política: la de los Estados, la de la producción artística, la de las identidades y nacionalidades y, también, la de la sexualidad. Descubrió este modo de articular sus preocupaciones intelectuales y personales desde que escribió su primera novela ya que, además de utilizarla como pretexto para explorar los vericuetos de la historia, en ella reflejó su posición personal como ciudadano francés que en esos años buscaba construir su vida en México.

Olivier trazó su última novela, iniciada en 2000 como becario del Fonca, a partir de una lectura particular del mural *El arsenal*, pintado por Diego Rivera en el edificio de la Secretaría de Educación Pública durante la época posrevolucionaria de fines de los años veinte. En él, Rivera representa la arquería del antiguo depósito de armamento de La Ciudadela, es decir, *el arsenal*, y en el centro, a una mujer entregando un fusil a un obrero rubio que, de espaldas al público, voltea hacia ella para recibir el arma. Un poco hacia la izquierda, y de espaldas a éste, vemos a otro obrero de facciones angulosas y cabello negro con el fusil en la mano. Muchos de los personajes con los que Rivera construyó la escena son fácilmente reconocibles como protagonistas de la historia política, intelectual y social de la época, como la mujer que al centro está entregando las armas, que evidentemente estuvo inspirada en Frida Kahlo, o el personaje de sombrero con la estrella roja que está detrás del obrero mencionado, sumamente parecido a David Alfaro Siqueiros, además de Tina Modotti y Julio Antonio Mella. Sin embargo, aquellos dos obreros armados, con rasgos eslavos y ubicados espalda contra espalda, simbolizan, desde su anonimato, las fuerzas juveniles que el partido comunista soviético envió a apoyar la

revolución proletaria de su filial mexicana, aunque Olivier los vincularía, también, con los ideales y los prototipos físicos de belleza y culto al cuerpo que prevalecieron entre los jóvenes comunistas.

En *el arsenal* trata de uno de los momentos más interesantes de la historia mexicana y mundial, justo cuando en México se iniciaba la búsqueda de elementos para construir un proyecto de nación ante una realidad social, cultural, regional y geográfica profundamente fragmentada, mientras que, en el mundo, la Revolución rusa abría la posibilidad de construir una sociedad más justa y equitativa para las clases trabajadoras. En esta novela, cuyo título inicial era precisamente *El arsenal*, Olivier recupera la trama de ese momento de la historia a partir de las figuras de estos dos jóvenes obreros pintados por Rivera, a quienes vincula con su propia historia personal, con los deseos incrustados en su memoria, para darles una identidad como contrapunto a la que se les había negado con el anonimato. A uno de ellos, el que está de frente y de cabello negro, lo llamó Stefan Leonard Dąbrowski y le tejó una vida asociada a la que él vivió durante su infancia en la Polonia de los años cincuenta como hijo de diplomáticos franceses. Al otro, judío polaco, lo llamó Itzik Falken, y entre ellos tramó una historia del primer amor adolescente durante la posguerra, la Restauración polaca y la formación de la Internacional Comunista. La narración elaborada por Olivier utiliza la historia y la ficción como materias primas para elaborar un tejido fino de personajes, Estados y partidos comunistas que, alrededor de la crisis de 1929, fueron actores y escenario de los procesos de construcción de dos de las naciones en que él mismo vivió al principio y al final de su vida: Polonia y México.

Como sucedía con todos los proyectos que empezaba Olivier, la investigación para escribir *El arsenal*, o —*Traidor, ¿y tú?* como después la llamaría, lo absorbió totalmente y, entre nuestros frecuentes encuentros después del trabajo, los fines de semana o durante las vacaciones —mientras hablábamos sobre nuestros sueños, incertidumbres, amores confesados e inconfesados, problemas personales y laborales y proyectos de vida—, me contó de sus primeros años en Polonia y de los contrastes que recordaba y percibía entre esa nación y México: en sus paisajes —una plana y lisa, mientras la otra se incrustaba entre montañas y dos océanos—; en sus poblaciones —una con una gran diversidad racial, social y cultural, la otra con una sola historia demográfica y étnica enraizada a lo largo de casi un milenio—; en sus historias y proyectos de nación —una constituida por más de cien años como Estado y a duras penas empezando a construir un proyecto de nación, mientras la otra, a pesar de contar con un proyecto propio derivado de su historia, sólo recientemente había logrado su unidad política después de la Restauración. Mientras tanto, Olivier continuaba sus minuciosas investigaciones en archivos públicos y privados, en periódicos y revistas de época, en películas, pinturas y en su propia colección de fotografías que había ido recabando durante sus viajes, incluso a Polonia, con el objeto de ubicar la ficción de su narrativa en un sólido andamiaje histórico.

Fue después de uno de esos viajes, cuando visitó Polonia en 2002, que me contó sobre otro “arsenal”, un viejo edificio abandonado que

recordaba en Polonia, donde de niño jugaba a la guerra mientras empezaba a descubrirse como persona, con una sexualidad que apenas despertaba y que compartía con algún compañerito de juegos. Fue así como tejó su propia memoria con la que interpretó en los textos de la pintura de Rivera, en particular con *En el arsenal* y los personajes allí representados.

A principios de 2003, y después de que los meses finales de 2002 habían sido muy intensos en trabajo, viajes y relaciones, a Olivier le urgía recluirse en algún lugar aislado para terminar su novela, y logró hacerlo durante un par de meses en la casa que le prestó la familia de Betsabé Romero en Puerto Escondido. Un fin de semana lo alcancé allí y hablamos largamente sobre muchos de los temas que trabajó en la novela, pero, en particular, sobre aquellos que se relacionaban con su historia personal —las añoranzas por los amores adolescentes que no podían revelarse, sus primeros y últimos años en París cuando, al empezar a descubrir su sexualidad, la familia decidió mandarlo a México para evitar cualquier tipo de escándalo.

A finales de ese año Olivier terminó la primera versión de —*Traidor, ¿y tú?* y fue uno de sus resultados como becario del Sistema Nacional de Creadores de Arte en la disciplina de Letras. Nos pidió a algunos amigos que la revisáramos, y durante los meses siguientes, después de discusiones, pláticas y correcciones, la presentó para publicación a una editorial mexicana, sin lograr su objetivo. Mientras la novela estaba en dictamen, Olivier se involucró en otros proyectos y empezó a trabajar en lo que serían sus dos últimas aportaciones como curador e historiador del arte, y esas actividades lo absorbieron por completo hasta 2007. Sin embargo, una vez superada la decepción del rechazo y a pesar de la intensa carga de trabajo, se buscó algunos momentos para revisarla y terminar una nueva versión. Muchas veces platicamos sobre ella, y discutimos tanto acerca del desenlace como del último capítulo que había ideado, y en el cual integraba las bases historiográficas de la investigación documental que llevó a cabo para sustentar el cuerpo de la narración.

Mi opinión era, en ese momento, que la inserción de documentos de archivo, cuya lectura seguramente era atractiva para los historiadores y los académicos, podía ser excesiva para los públicos no especializados. Además, le decía, “no tienes ningún motivo para demostrar tu calidad como investigador como para ‘no dar pie sin cita’”. Éste era un aspecto que mortificaba terriblemente a Olivier, ya que había cumplido los cincuenta años en un país en el que no tenía familia y carecía de cualquier seguridad laboral, puesto que fue un autodidacta que no terminó sus estudios. Fue en esos años cuando intentó, sin éxito, que se le reconociera el grado de doctor con base en méritos académicos para poder concursar por una plaza de profesor o investigador en una institución académica mexicana. El viaje relámpago que realizó a San Diego en mayo del 2008, y dos días antes de su muerte, fue para entrevistarse en la Universidad de California, San Diego (UCSD), que lo había invitado como profesor interino, lo que le abriría la oportunidad de obtener la estabilidad laboral que tanto deseaba.

Desde su primera versión, la estructura de la novela era de cuatro capítulos y un quinto de carácter ensayístico. En los tres primeros narraba

la vida, los sueños y deseos de Stefan Leonard Dąbrowski, desde su infancia en Polonia, la etapa de la primera guerra mundial, su adolescencia y el adiestramiento con nacionalistas polacos vinculados al comunismo internacional, y más tarde sus años en Moscú, Nueva York, México y San Francisco, en donde se sitúa el desenlace de la historia.

En el cuarto capítulo, titulado "De la relación entre el juicio moral y la resistencia a la tentación", a la vez que cierra la estructura narrativa y ficticia de los tres primeros capítulos, incorpora al cuerpo del texto evidencias documentales que se entretajan con la historia de los personajes, para dejarle al lector la tarea de articular los elementos presentes —y también los ausentes— con los archivos de la policía que ayudan a entender el final de la novela. Si bien estos cuatro capítulos conforman el cuerpo narrativo, el último de ellos evidencia la pretensión que el mismo Olivier escribió en su solicitud al Fonca en 2000, de "[...] ser una novela político-policiaca, a medio camino entre el documental y la ficción, en la que el análisis de archivos de figuras laterales conforma una nueva indagación, una recuperación y, a la vez, una crítica de las mitologías de la historia". Como él mismo afirmó en su solicitud de ingreso al Sistema Nacional de Creadores de Arte¹ respecto a sus antecedentes como curador, historiador del arte y escritor, siempre trabajó "[...] a partir de textos, siendo puntos de partida de construcciones históricas a veces muy complejas, tanto documentos escritos —correspondencias, artículos periodísticos, memorias, poesías y novelas—, como cuadros, pinturas murales, fotografías o películas". El quinto y último capítulo, en contraste, presenta una estructura eminentemente analítica y crítica de las fuentes de la historia y, sobre todo, de sus omisiones, vacíos, censuras, autocensuras, rehabilitaciones, reapariciones y reclasificaciones, por lo que provocativamente lo tituló "Cuatro ensayos sobre la memoria".

En los diferentes manuscritos de la novela que pude consultar, Olivier prácticamente terminó los tres primeros capítulos, y del cuarto escribió dos versiones, pero el quinto nunca lo terminó. Para realizar la presente edición, se partió del último manuscrito que dejó, fechado en diciembre de 2007, antes de salir a una residencia en Los Ángeles entre enero y abril de 2008. Sin embargo, de los cinco capítulos que contenían los manuscritos anteriores, éste únicamente incluía los tres primeros, los cuales requirieron una mínima corrección y la incorporación de las fotografías que había seleccionado anteriormente para acompañar la novela. El cuarto capítulo lo trabajó en dos versiones, una de agosto de 2007, en la que eliminó todos los elementos documentales y de investigación de archivos para dejarlo como una narrativa similar a los capítulos anteriores. Posteriormente trabajó en un archivo independiente una segunda versión que no alcanzó a terminar y en la que, si bien volvió a integrar los últimos documentos policíacos, dejó pendiente la inserción de las imágenes, y aproximadamente una quinta parte de la narración final. Es interesante comentar las diferencias entre ambas versiones, ya que en la primera de ellas intentó eliminar las "pistas" que resultaron de la investigación de archivos,

¹ Olivier Debrouse, "Solicitud de ingreso al Sistema Nacional de Creadores de Arte en la disciplina de Letras", México, 2000; promoción 2000-2003 del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

aparentemente para facilitar la lectura y no hacer obvio el minucioso trabajo de investigación que soportó todo el proceso de escritura. El que posteriormente lo haya seguido trabajando para mejorarlo conforme a la idea original y dejarle al lector la tarea de sacar sus propias conclusiones, parece indicar que Olivier no quedó conforme con el resultado anterior e insistió en mantener la estructura inicialmente planeada. Por ello, y en la medida que esta estructura permite articular mejor sus intereses como investigador, como escritor y también como artista, considero que, a pesar de no contar con un archivo totalmente terminado, esta opción es la que mejor se adapta al proceso creativo seguido por Olivier.

Quiero comentar que esta decisión exigió buscar la manera de cerrar la narrativa del cuarto capítulo respetando los elementos que plasmó en diferentes archivos digitales e impresos. Por ello realicé una corrección mínima de la parte que dejó terminada, y seleccioné el fragmento que mejor complementa los cambios que hizo en la última versión, la de diciembre de 2007, respetando la estructura en la que incorpora, a manera de pistas para el lector, los resultados documentales de las investigaciones, ya sean las que elaboró para los propios personajes de la novela, o las que resultaron de la investigación en archivos y fotografías, y de las visitas a los espacios en donde tienen lugar los eventos narrados en el texto. De cualquier forma, aun cuando algunos de estos documentos no sean "verídicos" y hayan sido ideados y elaborados *ad hoc* para lograr el desenlace narrativo que Olivier buscaba, es importante reconocer que su estructura refleja el tipo de materiales que surgieron de la revisión de archivos diversos que formó parte de su investigación histórica.

Del quinto capítulo, "Cuatro ensayos sobre la memoria", únicamente terminó los dos primeros ensayos, probablemente porque mantuvo la duda acerca del lugar que debería ocupar en el contexto de la narración. Por esto mismo, y tomando en cuenta estos elementos que seguramente estaban presentes cuando Olivier trataba de cerrar el proyecto, pienso que es preferible que éste se presente en forma de anexo, ya que en él pretendía dar cuenta, a manera de ensayo, de los resultados de su trabajo como investigador sobre un momento de la historia de México que le interesaba enormemente. Queda pues como testimonio del compromiso que siempre tuvo con su trabajo.

Ésta es una novela póstuma y es un homenaje a Olivier Debrouse. A petición de Magali Arriola me di a la tarea de concluirla para su publicación como una manera de conservar la memoria de Olivier.

Noviembre de 2010

Para Magali Arriola, Enrique Serrano
y Georg Lino von Snger

Numerosos agentes colaboraron
en la elaboraci3n de este texto:
gata Raczyńska y Alejandro
Pérez Taylor en Varsovia; Masha
Salazkina en Moscú; Bart van Esch
en Ámsterdam y Berlín; Elisabeth
y Johann Fontaine en Hamburgo;
Antonio Saborit en la ciudad de
México. A todos, mis más profundos
agradecimientos. Abdel Macias
revis3 los originales, y Alejandro
Navarrete perdi3 tiempo en
preservar las múltiples versiones
del manuscrito
O.D.

Esta novela fue elaborada gracias
al apoyo del Sistema Nacional de
Creadores del Fondo Nacional para
la Cultura y las Artes

El que lucha por la instauración del comunismo, debe luchar o no luchar, decir la verdad o no decirla, rendir servicios o no rendirlos, guardar sus promesas o no guardarlas, enfrentar peligros o no enfrentarlos, ser inteligible o indescifrable. El que lucha por la instauración del comunismo sólo tiene una virtud: lucha por la instauración del comunismo.

Bertolt Brecht y Hanns Eisler, *Die Maßnahme* (La medida disciplinaria —obra didáctica—), 1930



A bordo del *S.S. Wilhelmine*, por 37° 48' N, 122° 23' O.

Cuando llegué a Nueva York en la primavera de 1927, Nathan Meyerhowitz contaba en tono de broma una historia que me parece horrenda, pero refleja bastante bien la atmósfera de espionitis que se vivía entonces: Lord MacNeice y Astashev estudian juntos en Oxford. Son inseparables. Comparten el mismo departamento en la High. Rivalizan en las carreras de obstáculos, la lucha greco-romana, en las regatas sobre el Támesis. Recorren a pie las costas de Gales por el verano, declamando a Oscar Wilde al viento de los acantilados que los despeinan y les llenan los ojos de rocío salado. Pasan los años; después de la Revolución del 17, se encuentran en Moscú en la puerta del Hôtel Métropole. Fuertes apretones, besos en las mejillas al estilo ruso y se presentan del brazo en una taberna gitana de la Tverskaya: violines, zapateados, vuelven a sellar su hermandad en lágrimas de vodka; alquilan los servicios de una puta belgrana de alto cuello y mirada de kehel. Caen abrazados, esa noche, en la aristocrática suite de MacNeice.

MacNeice está haciendo grandes negocios con los sóviets; Astashev es agente del Sóviet. El inglés sabe que el bolchevique lo espía; el ruso intercepta los informes de su amigo y se entera de que éste sabe que lo está espionando. Al cabo de unos días, cuando se encuentran, sólo hablan del clima. Es como una broma entre ellos. Luego, confeccionan reportes para despistar al otro: "Llovía en la Plaza Roja entre tres y cuatro de la tarde cuando Astashev fue a ver a Helena Stassova", reporta MacNeice. O bien: "A las nueve de la mañana, cuando M. salió del Hôtel Métropole, la temperatura era de 19° Celsius en la Tverskaya." El inglés, por supuesto, regresa a Londres sin haber firmado un solo contrato; la Tcheka despierta al bolchevique y lo envía a las islas Solovietky. No se volvieron a ver jamás, pero nunca dejaron de ser amigos.

Nathan Meyerhowitz quizá no se daba cuenta, pero su historia se parecía demasiado a mi vida y llegué a creer que me la contaba con propósitos ocultos. Como si quisiera forzarme a renunciar a mis emociones y olvidar a Itzik Falken, de la misma manera que tuve que olvidar mi nombre, Stefan Leonard Dąbrowski, para usar el de Leonard Bashazeidel nacido en Danzig en 1903, el del pasaporte que me dio Nathan Meyerhowitz para viajar a México.

No lo he olvidado: me llamo Stefan Leonard Dąbrowski y nací en Poznań —que aún entonces era la Posen prusiana— el 9 de marzo de 1903: Stefan Leonard Dąbrowski, también conocido como *Sierżant* Theodor Pernak en el Departamento Técnico del coronel Jan Kowalewski; Heinrich Winter (alias "Artur"), *agent de liaison* en Hamburgo; luego Leonard Bashazeidel, "instructor" del *OrgBuro* en México (donde me llamaban simplemente Leo o, más sencillamente, Polaco). Remitía mis informes a Moscú con mi nombre de batalla, *Wiewiórka* (Ardilla), que en clave (con base oog y sólo tres inversiones) se resumía a UGLQAALK, pero esto es lo primero que escribo con mi verdadero nombre. Es la primera vez que escribo la verdad.

Nunca más lo olvidaré: mi nombre es Stefan Leonard Dąbrowski. Es el que di, sin miedo ni rubor, a Andoni, el marinero vizcaino descendiente de balleneros atlánticos, mi gaviero del *S.S. Wilhelmine*, mi último compañero. O quizá deba decir, el compañero de un último viaje *en route* hacia Honolulu, Rarotonga y Auckland.

Hacía diez años que no escuchaba pronunciar mi nombre; cómo no resistir entonces el aliento de Andoni en mi cuello y ese susurro: Señor Dąbrowski, ¡Oh Stefan! ¡Stefan Dąbrowski! Y se viene dentro de mi salpicando stefan-stefan dentro de mi dąbrowski regado de andoni.

Cierro los ojos. Escucho el ritmo lento del vapor, siento las vibraciones de las máquinas reverberando en la pared metálica del camarote. Espuma y nieve entremezcladas transpiran por la escotilla entreabierta. Cubren el estrecho escritorio mi máquina de escribir Remington portátil y la *Chiffriermaschine*. Apago ese cigarrillo. Cierro los ojos. Tengo la impresión de estar feliz: acaso una impresión fugaz en la piel que me dejaron los abrazos del gaviero Andoni y aquella manera suya de llevar a mi boca el tatuaje asiático del hombro que ahora me sirve de almohada.

Sobre el hombro de mi gaviero, vuelvo a ser aquel Stefan Dąbrowski de quince años que quería ser poeta, y quería ser judío.

Si escribo ahora, es para no olvidar nunca más que me llamé Stefan Leonard Dąbrowski en este mundo, hasta que Nathan Meyerhowitz me prohibiera usar ese nombre para hacerme judío de nación alemana.

Escribo para hacer real el duelo entre un individuo que no tenía ni ganas ni aptitudes para ser héroe, y menos aún mártir; aquel Stefan Leonard Dąbrowski que sólo quería ser poeta y judío; y el mundo de promesas que se transformaron en protestas, y protestas que se volvieron consignas, y consignas que hicieron reglas para conducir a las masas a inmolarse en el altar de sus industrias. Y el nombre de Leonard Bashazeidel, agente del *OrgBuro* de Ossip Pyatnitzky, un peón del *Apparat* de la Comintern "plantado" en México. No escribo como testigo de eventos que presencié, pero me eran ajenos; no escribo una supuesta "confesión" que se tornará en mi contra y, muy probablemente, me expedirá a los calabozos de la Lubyanka. Escribo para tratar de discernir quién tuvo la razón: el nacionalista polaco Stefan Dąbrowski o el peón del proletariado, el comunista Leonard Bashazeidel.

Ya no escribo para aseverar algo, como lo hacía cuando Justyna Darluszowa, mi madre, me incitaba a componer odas patrióticas; cuando

llenaba libretas con poemas a mi Polonia perdida, ioas a los bosques de Silesia, cantares a Lech y Wanda, plagios de Adam Mickiewicz y Zygmunt Krasinski, paráfrasis de la *Melancolía* de Jacek Malczewski.

Sólo escribo para ser lo que soy: un poeta que alguna vez se llamó Stefan Leonard Dąbrowski y quiere postrarse en el tatuaje del único hombre que jamás deseó, el gaviero Andoni que me aferra parado en la escalerilla, y mueve su astil con el oleaje profundo del Pacífico.

¿Acabaré este manuscrito? ¿Tendré la fuerza y el tiempo suficiente para cifrarlo? Que sirva, pues, para llenar estas horas oscuras del Pacífico solemne mientras Andoni está de guardia, la mano en un cigüñal y la mente en mis esfínteres.

Esto promete ser muy aburrido.

En realidad, esto es lo primero que escribo, y no es lo que quería, no es lo que imaginaba escribir jamás. De divulgarse, me llevará a la infamia, deportado y encerrado en un hospicio apartado, acribillado en un oscuro callejón o suicidado en el último piso de un hotel de paso, como Max Holtz, como Itzik Falken.

Escribo un informe más, cuidadosamente dactilografiado en ese papel de la Matson Line, matemáticamente cifrado. Puros hechos, la vida de unos amigos, la de algunos enemigos, la de personajes que llegué a respetar, y de otros que desprecié o me enfadaron.

Los reportes que remití a Pyatnitzky, escritos "con el corazón en el calzón", siempre estaban llenos de omisiones, errores deliberados, pladosas mentiras; aquellos que "interceptaba" Solntsev eran, por supuesto, de otra clase —el "profesor" apreciaba detalles sabrosos, una pizca de "literatura", metáforas que repelían al *Apparat*. Pero en éste, el reporte de mi vida, no quiero omitir nada ni hacer literatura, y menos pornografía barata para despertar la simpatía de Solntsev. No debo omitir nada: es la única manera que me queda de arrebatar la verdad. Trataré de ser justo, entonces, primero conmigo, y luego con Itzik Falken a quien amé como a un hermano, más que a un hermano, a quien acompañé todos estos años, en silencio. Itzik, a quien cuidé sin que lo sepa, porque creía tener en mis manos su verdad...

Quiero ser justo también con todos aquellos que Itzik Falken asesinó, a quienes traicionó, aquellos a quienes trató de humillar. Y debo ser justo también con mi coronel Jan Kowalewski, quien buscaba evidencias en los signos ocultos pero, por mi culpa, perdió fe en la Verdad.

No se lo debo a nadie más que a mí. Lo debo a mis delaciones, a mis infidelidades; a mi traición de los traidores. Es lo que me queda por hacer: escribirlo todo y no dejar que la historia se lleve estas páginas de mi vida y sólo reconozca el nombre del asesino Leonard Bashazeidel.

Quizá pueda cumplir ahora el sueño de mi infancia, de una época en que las palabras eran libres y, con ellas, podía hacer lo que se me antojaba: poesía o pornografía.

Estuve a punto de olvidar que mi verdadero nombre es Stefan Leonard Dąbrowski y quería ser el poeta de un país entregado al cielo, de un país

que volvió a existir después de siglos de división gracias a esta bóveda de nubes abierta sobre la eternidad, el limbo de mi Polonia.

Pani Justyna Dariuszowa, mi madre, me decía: "Cierra esa boca, que se te ve el alma."

Evitaré pues todo sentimiento en estas páginas; sólo dejaré los hechos tal y como los viví, tal y como los vi. Contaré mi vida sin emociones, sólo para saber o tratar de saber quién fui, polaco o internacionalista, comunista u homosexual.

Nunca me atraieron las mujeres, pero era comunista.

Oí la palabra comunista por primera vez en Poznań en el verano de 1915. Me había encaramado en el estrecho balcón del cuarto de mi nana Pani Helena, para espiar a mi padre quien regresaba de la selva de Bydgoszcz donde, según su costumbre, había ido de cacería con el regidor Klufmöller y el banquero Lipschitz, y discutía con mi madre en la terraza, aún puesto el loden de cuello de zarigüeya, las polainas desamarradas. Mamusia llevaba, como lo ordenaba mi padre, el austero vestido de percal gris que la hacía ver mayor de lo que en realidad era: quería que la madre de su hijo pareciera una anciana de la edad en que había muerto Aleksandra Dąbrowska, la abuela que nunca conocí.

Pani Dariusz Dąbrowski no era pariente de aquellos Dąbrowski de nuestro himno nacional, sino un *szlachcic* de Pomerania, educado *mit preußischen Junkern* que le consiguieron un empréstito y contratos en Potsdam para que adquiriera una fábrica de papel que funcionaría sin pena ni gloria por el resto de sus días. Desde ese momento, se dedicó a la cacería en las planicies de Bydgoszcz, a las farras con sus amigos del Quinto Regimiento del Gran Ducado de Posen, a cierta forma de turismo burdelesco por Europa, bajo pretexto de conseguir materias primas —pero sobre todo de evitar los desórdenes del mundo, como lo hizo al poco de estallar la Gran Guerra, cuando los alemanes se llevaron hasta las perillas de cobre del Grand Hôtel de Rome, para fundirlas en bronce de cañones. Si lo evoco montado a caballo, muy recto en su silla; si lo veo aun bailando un endiablado *quadrille* en los salones del Círculo Militar de Solacz, o regresar, cubierto del lodo rojizo de los bosques de Bydgoszcz, su rifle en el hombro, la mochila llena de liebres sanguinolentas o la mano recia posada para la fotografía en el cuello lacerado del jabalí, lo recuerdo aún más claramente tendido en el sofá de su despacho, los lentes caídos, el periódico sobre la cara, el pantalón desabrochado, y escucho los profundos ronquidos de su retornada calma independentista.

Pero cuando mi padre dijo "comunista" —o tal vez dijo:

"comunistas"—, aquel día del verano de 1915 cuando aún se pensaba que Hindenburg tenía la ventaja, Mamusia volvió hacia él. Abrió los ojos y la boca como si fuera a decir algo, pero se detuvo como si una bala hubiera lacerado la yugular del jabalí. Alzó la cabeza, me vio encaramado en el balcón disimulado por las cortinas y, en vez de responder a su marido, Dariusz Dąbrowski, mi padre, me sonrió y me mandó un beso silencioso con los labios que recibí en la frente con una especie de rubor, como si me hubiera rozado un rabioso abejorro atraído por el olor del durazno.

Justyna Dariuszowa le daba la espalda a su esposo pero, adosada al sauce llorón, a mí me guiñaba el ojo.

Creo recordar que Dariusz Dąbrowski, mi padre, siguió hablando de la soldadesca alemana acampada en la Truppenübungsplatz a espaldas del Cuartel de Cazadores Reales del Grunwald, y recorría la Fredry ostentando nuevos uniformes verde olivo, de la posibilidad de convertir su fábrica de Swarzędz en armería, y de los comunistas independentistas que habían llegado la víspera de Badén y se alojaban en el Hôtel de Dresde. No recuerdo la palabra comunista por el tono de mi padre, ni por la perorata que le siguió y he olvidado por completo, sino por la mirada de mi madre y por esa sonrisa cómplice en sus labios cuando me vio encaramado en el balcón, semioculto tras la cortina y porque aún percibo, en mi paladar, el sabor de aquel durazno íntimamente ligado a la palabra comunista y al beso callado de Justyna Dariuszowa. (Fui poeta futurista y brigadista comunista, agente "de reserva" de la Oficina de Organización, el "brazo armado" de la Comintern, pero sigo siendo polaco de la estirpe de Adam Mickiewicz y Frédéric Chopin.)

Dariusz Dąbrowski no lo sabía aún, y habría de esperar siete años antes de enterarse que Justyna Dariuszowa, mi madre, era comunista. Lo era desde los días en que frecuentaba la Sociedad de Bellas Artes, y había tenido que esconder su vestido ensangrentado aquella tarde de 1905 en que recibió en los brazos el cuerpo acribillado de Jan Doga, en la plaza Wolności, frente al teatro. Ella no firmaba panfletos, no pegaba carteles en las noches de Poznań, ni agitaba banderas rojas en los balcones de la calle Ułańska, pero era comunista.

Escuché la palabra homosexual por primera vez en Hamburgo a finales del verano de 1926. ¿La oí primero, o la leí? No recuerdo, y además, no importa.

Regresaba de París, desconsolado por la pérdida de Willi Bayer y un eccema en la ingle. No había hecho caso a aquellas manchas rojizas, purulentas y algo olorosas, curándome yo mismo con tintura de yodo, pero seguían extendiéndose y mis calzones se teñían de rosa y ámbar y empezaban a apestar, así que al cabo de unos días de incontenible vergüenza y ardores decidí visitar a Georg Hössli, un médico bastante atractivo que había conocido por pura casualidad, días antes, en el Café Bunte Kuh de St. Pauli. Tenía su consultorio a unas cuantas cuadras de ahí, en David Straße. Por alguna razón, le hablé en francés. Compartir una lengua distinta atenuaba, por algún motivo, la humillación de estar totalmente desnudo, acostado sobre una sábana blanca, las piernas abiertas, mientras examinaba la entrepierna llagada, olía la carne viva, exploraba mi sexo, hundía una cánula glacial en mi recto. La distensión de mis tejidos anales no dejaba dudas sobre mis actos, y sobre su frecuencia.

Él fue quien dijo "homosexual" y creí que se trataba de una enfermedad venérea, variante contemporánea de blenorragia o sífilis, sin relación alguna con aquello que Justyna Dariuszowa llamaba, colocando su mano en mi hombro e inclinando la cabeza como si quisiera copiar el dolido porte de la *Pietà* de Miguel Ángel: "*generatio æquivoca*". Las explicaciones del doctor Hössli, luego, me desconcertaron.

Georg Hössli sacó una manoseada "revista de cultura masculina", en cuya portada había una fotografía de dos efebos italianos o griegos luchando desnudos cerca de un río. El ungüento que me había aplicado quemaba mi muslo y los testículos, y no me dejó dormir aquella noche. Despabilado, escuché las sirenas en el puerto, oí los gritos de los marineros cuando salían de alguna taberna, y leí de punta a punta la vieja revista. Casi todos los ensayos eran aburridos alegatos legales para modificar el párrafo 175 del código penal prusiano (el que condena a la cárcel a los varones que cometen actos de lascivia con miembros de su mismo sexo, o con animales). Recuerdo un estudio sobre los *Edda*, que postulaba que "el hombre es deleite del hombre", y otro sobre la pasión de san Juan por Cristo, y de cómo el apóstol acostumbraba dormir abrazando las rodillas del profeta (en semejante posición lo había retratado Leonardo en la *Última cena* de Santa Maria delle Grazie en Milano, que imité alguna vez en el desván de Poronin, apretando las pantorrillas desnudas de Itzik Falken, frente a una agonizante fogata). Georg Hössli había recalado una conferencia que, según él, me aclararía muchas cosas. El autor, un médico cuyo nombre no recuerdo, clasificaba diversos tipos de comportamiento sexual masculino. Intentaba comprobar que la atracción del macho por el macho, tanto en el reino animal como en el humano, se determina al momento de la fecundación. A la manera de Maeterlinck, había estudiado la conducta amorosa de ciertas abejas equívocas que se convertían en "reinas", y eran por lo tanto indispensables a la supervivencia de la especie. Luego, basándose en no sé cuántos miles de casos, afirmaba, por ejemplo, que el "uranista" (así es como llamaba a una especie de homosexual, o "sodomita activo") tiene el carácter dulce y melancólico; es indolente, poco sociable; conserva el cutis blanco, cachetes redondos, largas pestañas afeminadas, y casi siempre deviene "intelectual"; le gustaba coleccionar libros, obras de arte o antigüedades. Aunque físicamente nada lo distingue de un macho normal, su "insatisfecha fecundidad" le otorga algo así como "el admirable coraje — cito de memoria — de las madres que triunfan de la insuficiencia del macho", y por ello descuellan en un entorno puramente femenino (como el harem, la Ópera de París o el Bolshoi, y yo diría ahora, el Adonis Diele de Berlín o el Salón Bagdad en la ciudad de México). Un aroma masculino, un vago olor a tabaco, le restituye su ambigua indeterminación. El autor, en fin, recomendaba la tolerancia hacia ese "tercer sexo" vulnerable, propenso al chantaje y, por lo tanto, falible y sospechoso.

No me reconocí en ese retrato ni en las decenas de categorías de "homosexuales" que establecía al final de su ensayo: sí, quería ser poeta, pero me interesaba la firme poesía de las máquinas, las locomotoras, los aviones, la poesía "vulgar" de los gimnasios y los campos de atletismo, de musculaturas palpitantes en el salto del arzón y la presión del abdominal encrespado, y nunca me interesaron los "intelectuales"; no soy indolente, no tengo colecciones, jamás jugué con muñecas ni anhele ser madre. Todo lo contrario: soy demasiado sociable y si me gustan los machos es por quererlos igualar en las barras, el *four oars* o los cien metros.

Así que soy homosexual, aunque no participo de las actitudes ni de los gustos de "mi variedad".

Al aprender que participaba de esa "esencia femenina", inmundicia que pervierte el cuerpo del macho, se introduce subrepticamente sin que nos demos cuenta por los órganos sexuales, vuelve una simple "ruta de evacuación" en flor abierta, con estambres que se van sensibilizando al pistilo ardiente, la idea misma de que un órgano se funda mecánicamente con otro, en un mismo tiempo, en una osmosis de tejidos abrazados, me provocaron un terrible asco por todas las cosas del sexo. La crudeza clínica del doctor Hössli fue como una revelación metafísica y destruyó de tajo el erotismo ejemplar forjado con la lectura de los poetas pornócratas de la bolchevizonte vanguardia polaca que me recomendara el coronel Jan Kowalewski. ¿Cambié mi vida esa revelación? Aun ahora no sabría decirlo. El saberlo me ayudó, quizás, a ocultar mejor una condición que no había hasta entonces considerado una perversión a pesar de la advertencia repulsiva de Jadwiga Zalivski o del dilema en que me colocara Iulia Sokolova.

Mientras curaba el eccema que me devoraba el muslo, y era como la alegoría física del trance que me conmovía, dejé de frecuentar los *Bierhals* y los cabarets de St. Pauli, dejé de recorrer las riberas de Außenalster para admirar los cuerpos atléticos de los muchachos desnudos, recostados al sol bajo los sauces; obviamente dejé de ir a nadar a Steinwerter, y me entregué con pasión, desenfrenadamente, a la instauración del comunismo mundial, a la causa del proletariado. Por algo más de un año, hasta que Patricio Mullowney me tomara por la espalda en el tanque de agua de San Rafael, no toqué carne de macho, aborrecí de los encuentros casuales en las regaderas de la YMCA de la calle 56 de Nueva York, me olvidé de Franz Gernlick, de Paul Wegener, de Martin Arnsberg, de mi adorado Willi Bayer... Eso sí, me masturbaba en secreto, la mente en blanco, una, dos, a veces tres veces por día, hasta tener el prepucio rozado, sangrante, doloroso, y me prodigué en ejercicios físicos.

La palabra comunista suena rispida como el roce de un abejorro hechizado por un durazno maduro en el corazón del verano poznaniano. La palabra homosexual, como la susurraba el doctor Georg Hössli en francés, aún me sabe áspera, como el olor a espinaca cocida de mi primera eyaculación.

Un buen comunista no puede ser homosexual.
Un buen comunista no puede ser homosexual.
Un buen comunista no puede ser homosexual.
Un buen comunista no puede ser homosexual.
Un buen comunista no puede ser homosexual.
Un buen homosexual no puede ser comunista.

Este es mi primer recuerdo. Cumplí tres años. Mamusia prepara una fiesta con la ayuda de mi nana, Pani Helena. Helena es prima segunda de la abuela materna Grażyna Ożarzewska, que siempre ("siempre es mucho tiempo") ha estado atendiendo nuestro hogar con mano de hierro, restregando pisos con escobas de paja de arroz, sacando hollín de la estufa, cargando bolsas de lona del mercado, apaleando baldes de sal sobre la nieve frente a nuestra puerta, pinchando cucarachas con una

estaca de hierro, escupiendo en el espejo para sacarle brillo, encendiendo lámparas de petróleo en los infinitos crepúsculos de verano. *Pani* Helena, con sus brazos rollizos, blancos como un sorbete de vainilla, manchados de la herrumbre de sus mil pecas, es mi hogar, y mi primer recuerdo. No estoy seguro, porque nadie nunca me lo dijo, pero creo saber que la suya fue mi primera leche. Esa leche un poco dulce que aún me ayuda a dormir ahora si logro equilibrar la crema con el azúcar.

Mi primer recuerdo tiene la tesitura del *Estudio 14* de Frédéric Chopin, y es infinitamente blanco como la perspectiva de la calle Ogrodowa cuando las torres de Santa María Magdalena se pierden en la neblina que sube del Warta y penetra mi ciudad. Poznań en invierno es sinónimo de infinito silencio, de animales agachados, de remolinos inquietos rompiendo mansamente contra los diques en la confluencia del Warta y el Cybina, de cruces de madera rematadas de nieve en el viejo cementerio luterano, de fogatas de turba que emiten un humo gris, seco y oloroso a carne manida, de limpiachimeneas funambulescos entre giralas y pararrayos.

Cumplo tres años. Estoy sentado en el tapete de lana verde, bajo el banco de Mamusia Justyna, mientras toca en el piano vertical el *Estudio 14* de Chopin, y la nieve, cuidando su propio paisaje, espejo de sí misma, se cubre a sí misma de silencio en las cornisas.

Llevo, en mi recuerdo, aquella sordina que, en realidad, no era rotunda. Las cornejas azuladas croaban su desesperación en las ramas del cementerio luterano. Los pinos sacudían la nieve de sus ramas; resbalaba en las pendientes con un voluptuoso chasqueo, como una palmada sobre las lápidas. El tranvía 18 de la calle Półwieska desgarraba la escarcha haciendo rechinar los rieles. Las campanillas de los caballos adornados de borlas rojas y doradas tintineaban y se escuchaban hasta nuestro tercer piso.

Pero yo escucho el piano vertical de Mamusia Justyna.

Hasta que cumplí los cinco años, la pendiente de Ogrodowa y Długa fue mi territorio. En invierno, me lanzaba sobre mis esquís en la calle inclinada, en contra de las borrascas de nieve que remontaban entre los edificios, gritando a todo pulmón hasta tropezar con las tenderas acucilladas sobre su fogón, ante un montón de patatas, para llegar con la cara ardiente y las manos enrojecidas a la puerta del Gimnasio jesuita de Santa María Magdalena. Las primaveras traían prodigios: el despertar de las ramas que parecían enderezarse bajo la presión de la savia y, de un día al otro, se cubrían de botones que en pocas horas eran hojas despareciendo en el sol de la tarde; migraciones de grandes ánsares se abatían sobre los techos de dos aguas; la cigüeña retornaba al campanario de Corpus Christi. Pasaba horas, las tardes de verano, desgarrando duraznos aterciopelados mirando las cascadas de lluvia en la pendiente de Ogrodowa, las marquesinas de los edificios y los techos de las calles bajas en las fulgurantes locuras de los crepúsculos hasta que mi paisaje se disolviera en la bruma violácea de los cielos de Polonia. Los fulgores del eterno atardecer atraían tábanos que rondaban en mi cuarto, frunciendo el aire, ahogando el canto de mi canario.

Creo ahora que *Pani* Helena era analfabeta, aunque escondía esa carencia con la agilidad múltiple de sus brazos regordetes, de sus trepidantes manos

lechosas moviendo un trapo, una sartén o un cucharón, de sus piernas bailando entre escobas y cubos, de sus tetas cabrioleando bajo el mandil de algodón. Mi padre leía el *Kurier Poznański* desde los titulares de primera plana hasta los anuncios en minúsculas letras de las páginas centrales. Su silencio era prueba de su presencia en la casa; cuando empezaba a roncar, sabíamos que había terminado su lectura. Cuando mi padre estaba en casa, Mamusia doblaba el espinazo ante la máquina de coser; cuando salía a ocuparse de sus trabajadores, el repiqueteo de la máquina de escribir Remington llenaba el departamento. Así como cosía y descosía vestidos y jubones que cortaba en las telas del judío Zimbel, Justyna Dariuszowa Ożarowska hacía y deshacía insaciablemente páginas incomprensibles. El chirrido del pedal de la Singer y el traqueteo de las teclas de la Remington eran el fondo musical sobre el que se injertaban el timbal de las ollas de cobre, los gemidos de la estufa, el canto de mi canario, el zumbido de un mosquito de largas patas escalando con desesperación el papel tapiz y, por supuesto, los ronquidos de mi padre.

Existían otros sonidos, el canto del afilador de cuchillos, el refrán extraviado de un organillero, el ríspido crujido del tranvía, las campanas de Corpus Christi o la Catedral, las sirenas de las fábricas de Garbary que, de tanta repetición, entumían a la ciudad, pero éstos provenían de la calle y no eran parte "del mundo".

Por lo pronto, estamos en marzo, y cumplo tres años. *Pani* Helena está en la cocina. No la veo, pero lo sé porque el olor de naranja de los bizcochos que prepara para mi fiesta cubre el habitual perfume a moka. No sé qué es lo que estamos esperando, pero adivino que algo extraordinario va a suceder, entonces me acurruco bajo el piano vertical, pongo la cabeza sobre las rodillas de mi madre, veo sus manos deslizarse en el teclado, sus pies pequeños en pantuflas de satén, sobre los pedales.

Es un trineo. Un trineo de niño, de madera laqueada roja con un filo dorado a un costado, un asiento de cuero y el águila blanca de Polonia pintada en el respaldo. Está parado en la puerta del edificio número 2 de la calle Ogrodowa, listo para una primera resbaladiza cuesta abajo hasta la Półwieska. En el pálido sol de este principio de marzo, resbalo una y otra vez hacia la calle Półwieska donde me espera mi padre, cuidando que no se atravesara el tranvía. Luego, cuando la neblina nocturna sube del Warta y el hollín del día enturbia la nieve, regresamos a devorar los bizcochos de naranja de *Pani* Helena. Quiero llevar mi trineo a mi cuarto; dormir en mi trineo, abrazado de su asiento de cuero, pero mi padre me obliga a colgarlo en el vestíbulo. Pateo, le pego en las rodillas con mis botines de hule. Tengo tres años, recibo una bofetada y no comeré los bizcochos de naranja de *Pani* Helena.

Estoy encerrado en mi cuarto. No me permitieron cenar. Oigo el lamento de Mamusia Justyna en el piano, la triste sonata de Chopin que me dedica desde su voluntad aniquilada.

Mis primeros recuerdos están íntimamente ligados al vestíbulo de nuestro edificio del 2 de la calle Ogrodowa. Era una amplia compuerta

oscura, larga, con un recodo en el que se guardaban, colgados de sus respectivos ganchos, paraguas, botines, bufandas, abrigos, pellizas y esclavinas, esquíes, mi trineo, e incluso los rifles de mi padre y de Pan Rafał Paterka, en sus estuches de cuero. Debajo de cada gancho, una placa de porcelana señalaba el propietario de las prendas: Dariusz Dąbrowski, Justyna Dariuszowa Ożarowska, Stefan Dąbrowski, Rafał Paterka, Regina Głębocka-Paterka, Lucja Paterka, Marianna Szuba...

En una esquina de esta pieza, casi entrando por la calle, había un limpiabarros de acero, con una palangana de peltre. Del otro lado, un banco de madera en el que nos sentábamos para abrocharnos las polainas.

Los botines del señor Paterka eran de hule mexicano, pero eso, yo no lo sabía entonces.

Mi pelliza era de piel de borrego, con la lana volteada hacia adentro, y olía a establo cuando la colgaba, brillante de cristales que se aguaban y escurrian lamentablemente en la palangana de peltre.

La pieza más fría de todo el edificio, el vestíbulo, proveía un descanso entre la calle Ogrodowa, sus vientos otoñales, sus nieves de enero, sus cascadas de verano, y los salones siempre sobrecalentados donde gemían las estufas de hierro en invierno, y el tufo de la hierba asoleada en verano.

El conserje Pan Marek rondaba el vestíbulo, su territorio, pero sólo aparecía por las mañanas, a trapear el lodo de la vispera, y otra vez por la tarde, para colocar un farol en el nicho cerrado por un doble vidrio que alumbraba el número 2 de nuestro edificio. El resto del día, yo mandaba en este vestíbulo, mi guarida. Ahí, entre visita y visita, retornos de la escuela, idas a misa o al catecismo, paseos por el jardín o entre las tumbas del cementerio, me sentaba a husmear el viento que rugía bajo la puerta y mecía las bufandas, las sombrillas y las pellizas. La madera olía a cera, y el viento frío que se colaba entre las ranuras de la puerta se volvía "aire de cera".

El vestíbulo era mi refugio; es aún el refugio de mis primeros recuerdos que también son los de mis primeras culpas. Como yo era muy bajo (y muy flaco aparte), el vestíbulo era lo suficientemente grande para alojar mis secretos. No se le hubiera ocurrido a nadie buscarme en la pieza más fría e inhóspita del edificio, acurrucado entre la palangana lodosa y las botas sudadas, abrazando mi trineo rojo, la cabeza hundida entre los abrigos empapados.

Si recuerdo aquí el vestíbulo, es porque fue el espacio al que una y otra vez he querido volver. Mi secreto y el lugar donde, aún ahora, me quisiera morir. Desfallecer entre las botas de cuero, los abrigos brillantes aún de cristales de hielo, el viento frío que se colaba por la rendija y me decía (como me susurra ahora el marinero Andoni): estás vivo, estás vivo, estás vivo Stefan, Stefan, Stefan Dąbrowski.

Estoy vivo aún, y hace calor aquí, ahora, como en el salón de música de Mamusia, y escucho estos ruidos que me distraen del silencio del invierno de la calle Ogrodowa. Un cubano nostálgico que pretende trabajar en Hawai toca la guitarra en el *desk*, la campana anuncia que la cena está servida en primera clase, una estúpida mosca perdida en alta mar da vueltas y más

vueltas alrededor de mi Remington... Ansío los tres golpes que dará el gaviero Andoni en la puerta de metal cuando termine su turno en el cuarto de máquinas donde fui a observarlo de lejos desde lo alto de una pasarela. Andoni estaba recostado contra una escalera, desgarraba una naranja con los dedos y chupaba los gajos que dejaron sus labios brillantes de zumo —y quiero ahora morder estos labios para encontrar ese delicado sabor a naranja que me recordará los panes dulces de *Pani* Helena.

No fue, quizá, la primera vez que desaparecí en el vestíbulo, pero si lo evoco ahora es porque recuerdo también por qué me oculté ahí.

Cuando Mamusia acabó de quitarle las botas, mi padre se durmió en su sillón, el periódico sobre la cara, el pantalón desabrochado mostrando esos anchos calzones tejidos que apenas sostenían su barriga. Mamusia, en su cuarto, descosía uno de sus vestidos —era su manera de transformar esa vida de Penélope insatisfecha que llevó hasta la muerte de mi padre— o tocaba el piano mirando el viejo cementerio y la cruz de la iglesia de Corpus Christi. Tal vez me equivoco, y soy injusto: acaso habría salido detrás de *Pani* Helena a una reunión secreta con los conspiradores del PPS, el Partido Social Demócrata de Polonia. Helena, sin duda, estaría en las cocinas del convento de Corpus Christi, preparando bizcochos y quejándose de los "asiáticos" (así llamaba tanto a los judíos de la Wroniecka como a los gitanos que acampaban en las riberas del Cybina, a espaldas de Sródka).

Una ardilla maliciosa había encontrado el modo de ascender hasta nuestro tercer piso, y se sentaba en la cornisa de mi ventana, donde le ponía pan seco, galletas a medio comer, un pedazo de chocolate, jalea de albérchigo que sacaba a escondidas de su bote trepándome en un banco, *calissons* almendrados que pillaba en el vestidor de mi madre. La ardilla (ya le había puesto un nombre, aunque ahora no lo recuerdo) me miraba desde el otro lado de los dobles vidrios, y se paraba en dos patitas, meneando su larga cola peluda, mientras devoraba aquellas finuras. El propósito, creo recordar, había progresado en mi cabeza: mi primer soborno. Con la alfombra arrimada bajo la puerta para que nadie se diera cuenta que la ventana estaba abierta y el viento se colaba en mi cuarto, invité a la ardilla a entrar. Coloqué las golosinas en mi pupitre, y me senté en la cama, fingiendo observar las manchas del papel tapiz. La ardilla se paraba en el barandal, meciendo la cabeza, husmeando los bizcochos de moka, rascándose la nariz con sus patitas delanteras, y lanzándome breves miradas entre sospechosas e... ¿irónicas?

A los tres o cuatro días, por fin avanzó con cautela, midiendo la distancia que la separaba de la cornisa.

La capturé una tarde. Dejó que acercara mi mano mientras masticaba el panecillo de chocolate que había cocinado *Pani* Helena y decidí sacrificar para esta corrupción. Pude acariciarla en el lomo con un dedo, mientras me observaba de reojo sin dejar de masticar ansiosamente el panecillo, como si ya supiera que ésta sería su "última cena", y una cuestión de vida o de muerte.

Abrí pues los dedos. Estreché la correa alrededor del cuello. La arrastré y la amarré al pie de mi cama de latón. "Sólo quería tenerla para mí." "Sólo

quería que me amara." "Viviría en una jaula junto a mi canario." "Quería amarla y verla dormirse arropada en su larga cola felpuda, a mi lado", etcétera. Pero, en la furia por liberarse, se ahogó. Vi cómo sus patitas se ponían tiesas. Vi cómo los ojos se ponían vidriosos. Vi cómo se moría, poniéndose cada vez más tiesa, chillando y tiritando y vafeando, y por temor a que me mordiera, ni en el último instante, ya abochornado, hice un esfuerzo por liberarla.

Recuerdo ahora el verso de Słoszi: "Mirar la muerte en los ojos de mi hermano..." y me pongo a llorar.

Arranqué la correa y aventé la ardilla por la ventana, lo más lejos que pude, hacia el cementerio. Pero cayó en el porche del templo luterano. Una mancha parda en la nieve con las patitas abiertas, que todavía se encontraba ahí, figura de mi remordimiento, cuando salí por la mañana en mis esquíes. *Pani* Helena me llevaba de la mano e hizo una mueca al ver el cadáver de la ardilla. Ordenó al bedel de la iglesia luterana que la retirara de ahí. Dijo: "*Panie*, esto es una porquería, dejar animales muertos en la calle..." A mi regreso de la escuela, ya no se encontraba ahí. La nieve había caído, borrando las huellas de mi ardilla, desvaneciendo las huellas de mi primer crimen y mi primera traición.

Entonces comprendí lo que es la muerte, y lo que son el dolor y el miedo. Esa misma tarde, me escondí en el vestíbulo, la cabeza hundida en el abrigo de la gorda *Pani* Paterka —que también olía a animal muerto—, y lloré. Tiritando de frío, lloré como sigo llorando en este camarote.

Lloré el destino de mi ardilla asesinada como lloré cuando el Octavo Regimiento salió de Varsovia. Como lloré cuando Zhitomir cayó en manos de Sansonov. Como lloré en los días de diciembre, cuando Mamusia me asestó, los ojos llenos de rabia, aquella única bofetada que aún me duele, pues me puse a golpear puertas y a romper tazas cuando los ejércitos alemanes se replegaban detrás de la Línea Hindenburg.

Como lloré cuando Józef Fiedler cayó de bruces en la nieve en las escaleras del Hôtel Bazar.

Como lloré por Willi Bayer.

Y por la muerte de Mario Pita.

Como lloré en el sótano del Hospital Juárez cuando fui a reconocer el cadáver de Julio Antonio Mella.

Como lloré, en San Francisco, en un estrecho cubículo de los Palace Baths de la calle Tercera, mientras lavaba la sangre del marinero ruso Max Rubjatko.

Tengo cinco años. A pesar de las protestas de Mamusia, mi padre acaba de comprar una de las nuevas casas rodeadas de jardines, fincadas en el límite oeste de la ciudad, detrás de San Lázaro, donde los *Junkers* reconstruyen una especie de Berlín exuberante, aunque en miniatura: levantan bufos inmuebles pseudo-americanos, revestidos de monstruosos ornamentos de estuco que se desmigajan con las primeras nieves, o agregan zaguanes mal encajados —ruin imitación del estilo de moda— a las antiguas casonas suburbanas de techos de tabilla.

Aquí, en terrenos que fueron campos militares, diseñaron un nuevo Grunwald de amplitud y atmósfera teutona, trazaron calles rectas a

través de los bosques, aunque la brea mal cocinada se llenaba pronto de charcos rodeados de mosquitos o se derretía entre matas de ortigas y bardanas que ocultaban quioscos de música, fuentes con figuras de sílfides, escaleras de mármol que no conducían a ningún Edén, cabezas de leones, narvales, unicornios y símbolos masones de bronce cardenillo.

Mamusia sólo acepta dejar el departamento de la calle Ogrodowa con la condición de que yo siga estudiando en el colegio jesuita de Santa María Magdalena —la única escuela que sigue impartiendo clases en polaco a pesar de la interdicción de 1906. Helena empaca en silencio. Se acaban para mí las correrías por la pendiente de Ogrodowa, ya no usaré mi trineo en el parque nevado, no regresaré del viejo Arsenal cubierto de polvo y con mis largos rizos negros enredados de telarañas.

Atravieso el cementerio tropezando entre las lápidas mal ajustadas. Voy a cerrar un pacto de sangre con Józef Fiedler.

Józef es mi primer amigo. Es mi amigo desde que Mamusia me llevó a retratar en la Fotografía Köhler, con mi cono de papel lleno de dulces, lápices de colores, mapas de Alemania, el retrato del Káiser y no recuerdo cuántas cosas más. Frente al estudio de Köhler, en ese primer día de clases, había una larga cola de muchachos vestidos como señoritos y muchachas de crinolinas y, mientras esperábamos, empecé a jugar con Józef, quien llevaba un cono más modesto que el mío. Intercambiamos nuestros regalos, mientras nuestras madres rompían su ocio hablando en francés. Desde ese momento, somos amigos.

Simone Fiedler, la madre de Józef, a quien todo el mundo llama Ninon, es francesa y prepara confituras de albaricoque más dulces que las de *Pani* Helena —les agrega canela tropical, y me vuelvo aficionado a la canela. Madame Fiedler es viuda y vive sola con Józef a dos edificios del mío, en la esquina de la calle Pieraky. Su departamento no es tan grande como el nuestro, pero suele ser más cálido en invierno, huele a canelay a clavo, tiene un recibidor tapizado de imágenes de Épinal y una biblioteca que cubre todo un muro. Desde que enviudó del farmacéutico Fiedler "diplomado de la Sorbona", Ninon da clases de francés en el Gymnasium de Santa María Magdalena y en la Academia Imperial. Me da clases particulares una vez por semana, como parte de un acuerdo con Mamusia: cuando Madame Fiedler tiene que ir a la Academia, Józef se queda en nuestro departamento. Come con nosotros cuando mi padre no está. Juntos hacemos la tarea, sentados frente a frente en mi estrecho pupitre. Józef tiene dos años más que yo, pero eso no importa cuando nos "abrimos brecha" en los túneles abovedados del viejo Arsenal, al otro lado del cementerio luterano, que convertimos en nuestro terreno de juegos.

Un edificio alto, construido con los tabiques de las antiguas murallas de la ciudad, el Arsenal fue abandonado algunos años antes, cuando la Comisión de Colonización decidió trasladar las defensas de la ciudad a los viñedos altos, en lo que ahora es la Ciudadela. Tiene un solo acceso, por un ancho arco de piedra, al pie de una larga chimenea y, aunque inhabilitado, dos granaderos montan guardia día y noche en sus garitas. Hurgando entre las tumbas del cementerio, Józef y yo descubrimos entre

los escombros de la vieja muralla un pasadizo oculto por matorrales que nos lleva hasta bodegas subterráneas. Espantamos a las ratas con nuestros gritos de apaches, y entre hierros roídos, recogemos antiguas balas de cobre de la revolución de 1867 que centellean en la luz de una vela colocada en el cuello de una botella.

Explorando nuestro Arsenal vacío, subimos hasta las oficinas que dominan el parque San Martín. Agachados para que los guardias no vean nuestras siluetas por las ventanas, inventamos un Cuartel General desde el cual tomaremos la ciudad. Levantamos una barricada con restos de muebles rotos. Aún no sé que ocuparé por varios meses esta misma oficina, y que desde estas ventanas de vidrios rotos, invadidas de telarañas, algún día me detendré a vigilar la marcha de las nubes sobre las ondulaciones de Wielkopolska, el revoloteo de golondrinas en abril, los desperezados atardeceres de verano sobre el parque San Martín, las formaciones de ánsares salvajes en los primeros días del otoño.

Mamusia Justyna me promete que, por lo menos un día a la semana, irá a pasar la tarde en el departamento de Józef en la calle Pieraky. Mamusia quiere que siga tomando clases de francés con Ninon. ¿Un solo día a la semana? Dice: "Sí, un día, los jueves por la tarde." Pero creo recordar que este ritmo nunca se cumplió. No lo sé.

Estamos sentados en la mesa desvencijada de nuestro Cuartel General. Tengo la navaja de rasurar de mi padre. Józef se cortó el pulgar. Ahora me toca a mí. Veo cómo palpita la sangre. Józef me pregunta: "¿Hasta la muerte?" Respondo: "Hasta la muerte." Józef pone su pulgar ensangrentado sobre mis labios. Embarra mis labios de sangre. Chupo la sangre de Józef Tomasz. Me gusta su sabor. Él también chupa mi pulgar ensangrentado.

Como convenido, una vez por semana, saliendo de clases, subo por la Długa hacia el departamento de la calle Pieraky. Madame Fiedler me ofrece un té muy fuerte, pasteles de manzana polvoreados de canela. Cuida que Józef y yo hablemos en francés. Corrige mis errores (Józef habla perfectamente el francés).

Józef también me visita en Grunwald, los domingos, a pesar de las miradas oblicuas de Pani Helena, que no ve de buen ojo la presencia de un "hebreo" en nuestro católico hogar. Ocupado como siempre, entre viajes a Gdansk, Berlín o Hamburgo, mi padre apenas toma en cuenta las visitas de mi amigo. Madame Fiedler también pasa la tarde en nuestra casa. Se sienta con Mamusia en la terraza a tomar té, comer bizcochos y hablar de cosas de política mientras Józef y yo paseamos entre las huertas cercadas de tableros mal ajustados, nos deslizamos en jardines invadidos de maleza, decorados con sirenas y faunos de porcelana. Józef corretea invisibles elfos que huyen burlándose de nosotros.

Cuando empezó la guerra, sin embargo, perdí de vista a los Fiedler. Me olvidé de Józef. Como era francesa, Madame Fiedler tuvo que dejar sus clases en la Academia Imperial. Poco después, cuando los primeros zeppelines hicieron su aparición encima de la torre de agua de la Truppenübungsplatz, el padre Florian Ranecki decidió trasladar

a los mejores alumnos (mejor dicho, sólo aquellos que provenían de "señaladas familias") a una granja cerca de Rogalin, que puso a nuestra disposición el conde Raczyński, y Madame Fiedler se quedó sin trabajo. Supe después que tuvo que vender las alfombras y las cortinas, las estampas de los muros, los *bibelots*, la vajilla de Bohemia, los juguetes de Józef, los libros de su biblioteca. Luego, durante el segundo invierno de la guerra, quemó en el calorífero de bronce los muebles de Boule, las duelas del parquet. Emigró, finalmente, a un cuarto modesto cerca de la nueva sinagoga.

Yo ya vivía en la granja de Rogalin, lejos del camino a Berlín.

Eso fue lo único importante que me sucedió durante la Guerra.

¡La Guerra! Mucho antes de que empezara, la guerra fue para mí una experiencia literaria. Ese verano, mi padre había decretado que pasaríamos las vacaciones en el Hotel Casino de Ostseebad-Zoppot, como llamaban entonces a la estación balnearia de moda al norte de Gdansk. En esta época, sólo unas cuantas familias de la *gentry* polaca — casi todos industriales, que preferían codearse con sus colegas prusianos a refrescarse en las laderas de los Tatras — eran admitidos en el hotel. Mi madre aborrecía de la playa y del sol, y se quedaba en los salones, observándome con binoculares a través de los ventanales. Desvergonzado, mi padre vestía pantalones de lino y una camiseta de manga corta que parecía hinchar aún más su abdomen de cervicero polaco. Él y sus amigos se sentaban en círculo en las sillas de mimbre techadas, y comentaban las noticias del *Kurier Poznański* pero también de periódicos rusos e ingleses que les llevaban del puerto: noticias de una guerra que todo el mundo esperaba, y pareciera que algunos anticipaban.

Me había hecho de algunos amigos acarreados como yo a este balneario; despreocupados, como yo, del ultimátum de Serbia, de las respuestas de Hindenburg, de las declaraciones de Poincaré. Algo, sin embargo, contaminaba la atmósfera y recaía en nuestros juegos. Nuestros castillos de arena reproducían a escala los mapas de los periódicos, las imágenes terroríficas que cubrían las portadas de las revistas, las estrategias que todos discutían. Los pocos niños polacos del hotel, por supuesto, éramos "los enemigos", y nos vimos pronto obligados a cavar nuestras trincheras en la arena, o a refugiarnos en las dunas, o a utilizar los postes del muelle como bastiones para protegernos de los incesantes bombardeos de arena húmeda reforzada de grava que nos lanzaban los "prusianos".

Nuestras batallas se prolongaban hasta muy tarde en los inverosímiles corredores del Hotel Casino, mientras nuestros padres bailaban alrededor de la fuente, en la terraza que dominaba la playa, hasta que cayera la noche de verano y se encendían las estrellas en el cielo abrazado del Báltico. Era un constante ir y venir de un cuarto a otro, carreras por escaleras y pasillos, un bombardeo de almohadas, mordeduras y rasguños. Los carros de las empleadas de limpieza se volvían tanques de asalto. Una pijama arrancada se convertía en trofeo de guerra vehementemente disputado entre "serbios" e "ingleses" (había muchos ingleses en Zoppot ese

verano, que habían desertado por quién sabe qué motivo las playas de Brighton). Los cuatro o cinco polacos nos aliamos con un chico francés que se llamaba, creo recordar, Frédéric. Establecimos un "pacto de no agresión". Una muchacha de Praga a quien llamábamos La Golem porque sus anchas mejillas lechosas estaban cubiertas de manchas rojizas que traducían, impúdicas, el secreto de un menstuo precoz, dominaba a los "serbios" —es decir, algunos muchachos checos y rusos. Eran nuestros aliados. Los "franceses" (que incluían a los "polacos") peleábamos contra los "teutones" (Frédéric me enseñó la palabra *boche*, que me valió una cachetada de mi padre cuando me escuchó gritarla con un tenedor en la mano), y reprobábamos a los "ingleses" que todo lo querían hacer solos.

A mediados de julio, la Gran Guerra ya había empezado en los corredores del Hotel Casino, a espaldas del "mundo de los adultos" que giraba incauto al ritmo de vales bohemios en una terraza frente al mar que era como el puente de un *Titanic* avanzando, tenaz, hacia un iceberg prometido. Nuestros juegos, simple y llanamente, reflejaban las conversaciones de los adultos y sus espeluznantes fantasías de un Fin del Mundo en el que no creían, pero acabaron inventando. Nosotros ya vivíamos esa guerra, de la que tanto se hablaba y nunca llegaba. ¿El acoso de los teutones cambió la visión del mundo que mi padre trataba de inculcarme? No estoy seguro. Lo que pasó más tarde, esa especie de mística pangermana que se apoderó de mí al final de la guerra, me prueba lo contrario. ¿O fue aquello quizá una revancha?

Curiosamente, cuando a finales de agosto la guerra finalmente estalló, el "mundo" pareció sorprendido. "Todo el mundo" se quedó atónito, empezando por nuestros *Inocentes* padres. Desde la mañana, los sirvientes empezaron a empacar, los choferes prepararon los carros, enjuagaron los caballos. Los botones retiraron apresuradamente parasoles y sillas de rattán de las terrazas y de la playa. Los puestos de sorbete permanecieron cerrados. Los vendedores de pelotas se esfumaron. La orquesta dejó de tocar. Seguíamos jugando a la guerra, pero trasladamos la batalla del día al comedor a la deriva, con sus candeleros oscurecidos, las sillas volteadas sobre las mesas, pilas de manteles sucios que volvimos banderas. Ahí me encontró mi madre y, a pesar de mis protestas, me obligó a "desertar las filas francesas" y me prohibió salir de nuestro cuarto. Mi padre, Dariusz Dąbrowski, iba y venía en mangas de camisa, masticando un puro, manoseando los periódicos, observando con binoculares los movimientos de tropa alrededor de la villa del Príncipe Imperial, en una loma detrás del hotel. La cama estaba cubierta de periódicos.

Dariusz Dąbrowski fue el último en subirse a la carroza: era como si no quisiera dejar "la paz" del Hotel Casino, sus bailes en la terraza, el whisky barato que llevaban de contrabando desde el puerto. El vals de los vapores que salían de la ensenada y parecían maniobrar frente a la playa con su penacho de humo, antes de emprender el camino hacia América. (Quizá porque veíamos pasar los paquebotes blancos frente a nuestro hotel, se escuchaba mucho la palabra América bajo las decoraciones marítimas del restaurante del Hotel Casino en Ostseebad-Zoppot, en el verano de 1914.)

La guerra estropeó mis vacaciones. Yo no podía entender qué es lo que, de un día para el otro, había cambiado. Me negué a empacar mis juguetes. Armé una comedia, pero perdí esa ofensiva. A las nueve de la noche, cuando llegamos a la Estación Terminal de Gdańsk, cientos o quizá miles de viajeros se amontonaban en la calle, peleándose a puñetazos para llegar a los andenes. Tuvimos que esperar varias horas, sentados en nuestros baúles, a que mi padre arreglara nuestros pasajes usando sus influencias. Me pareció divertido observar a estos refinados veraneantes que hasta ayer apenas se ocupaban sólo de cómo vestirían para la cena, con quién bailarían en las terrazas del Hotel Casino, presos ahora de pánico, el rostro deforme por la angustia, las maletas mal arrimadas desbordando lencería que de otro modo no se atreverían a exhibir en público. Era como una expansión de nuestros juegos hacia lo real.

Viajamos parados, montados en nuestro equipaje, apretados unos contra otros en el corredor de un tren lleno de humo de cigarrillo, llantos de niños, acaloradas discusiones por un sí o por un no, que no pocas veces acabaron a gritos y hasta en pugilato. Las tres horas de viaje se hicieron seis o siete. Quizá más. Qué sé yo. Llegamos a la Estación Central de Poznań al mediodía siguiente. Las calles estaban vacías, como si una tormenta de verano se hubiera abatido sobre la ciudad.

A mí, la orden de movilización no me sorprendió. Lo que sí me asombró es que después ya no pasó nada.

La guerra apenas rozó mi ciudad y lo que quedaba del Gran Ducado de Posen, ya integrado a la Gran Alemania. Los fuertes que levantó la Comisión de Colonización de Bismarck para defender el camino a Berlín fueron inútiles. Poznań tan sólo se convirtió en un inmenso campamento, una reserva de soldadesca prusiana lista a ser masacrada en el frente oriental, sobre el Vístula o quizá más allá aún, en las ciénagas de Volhynia. Anticipando las migraciones de ánsares salvajes, los batallones del Octavo Regimiento de Von Prittwitz fueron llegando a la Estación Central en largos y ordenados convoyes que tardaban horas en cruzar la ciudad. Desfilaban por las calles de Grunwald en sus uniformes rojo y azul, con el sable al costado, el equipaje al hombro, cantando *Und die Gretel und der Hans geh'n des Sonntags gern zum Tanz, weil das Tanzen Freude macht und das Herz im Leibe lacht... O du schöner Westerwald...* Llenaron las barracas de la Truppenübungsplatz. Desaparecieron detrás del alambrado improvisado. Sabíamos que estaban ahí, acantonados. Oíamos sus músicas por la mañana. Escuchábamos sus tambores y sus flautas. Las órdenes vociferadas. Veíamos entrar los camiones de abastecimiento, salir los carros de excremento. Luego aparecieron los primeros aviones que rugían sobre nuestras cabezas durante los ejercicios. Rozaban la torre del Palacio Real. Desaparecían entre las nubes de verano. Luego se estacionaron zeppelines en el cielo de la Torre de Agua. Podía verlos, meciéndose en la brisa que llegaba de Berlín, desde las ventanas del desván de la casa de la calle Ułańska.

A pesar de las noticias que llenaban los periódicos, de los manifiestos bélicos pegados en los árboles, de los graffiti antigermanos que aparecían

en los muros del Hospital y eran borrados de inmediato; a pesar de los desfiles militares en el Grunwald, de los disparos en los campos de ejercicio y de las banderas que de repente se habían multiplicado en las fachadas de los edificios, la vida seguía como antes en Poznań. La ciudad sólo cambiaba los sábados por la noche, cuando salían con licencia batallones enteros, y recorrían la Fredry en sus uniformes rojo y azul, el sable en el costado, del brazo de las enfermeras.

Las enfermeras se multiplicaron como una plaga en las calles de Poznań. Ellas no vivían en la Truppenübungsplatz, sino que ocuparon todos los cuartos libres, los departamentos abandonados del Mercado Viejo. Atestaban los tranvías con sus uniformes blancos. Vivían en un mundo aparte: un mundo de cofias, guantes blancos, risitas nerviosas, trenzas escondidas, delantales sangrientos, dulces palabras de hipócrita consuelo. Las rodeaba un aura que olía a alcanfor y a éter como para disfrazar la exacerbación de un celo precipitado por esta soldadesca en brama, desesperada por conseguir una hembra antes de partir al frente sin regreso.

Poznań prosperó durante la guerra. Había que alimentar estos regimientos, vestirlos para el invierno por venir, darles tabaco que fumar, municiones que disparar, vodka y cerveza los sábados de licencia, música y doncellas los domingos. Los sastres judíos de la calle Wroniecka, los zapateros de Kramarska, los fotógrafos rusos del Mercado Viejo, no se daban abasto. Mi madre me contó que Madame Fiedler acabó cosiendo, día y noche, calzones de lana en un oscuro cuarto del ghetto.

Mi padre también aprovechó la llegada del Octavo Regimiento. Aconsejado por el banquero Lipschitz, apostó a una victoria de Alemania y transformó la fábrica de Swarzędz en armería. La cervecería también trabajaba en pleno, pero ahora el lúpulo tenía que viajar desde Erfurt y las riberas del Rin.

Era una situación paradójica. Poznań entera trabajaba para el general Von Prittwitz y el destino de Alemania. El Octavo Regimiento trajo bonanza a la ciudad y sangró nuestra provincia. Circulaba mucho dinero, pero no había nada qué comprar. No había qué comer sino *kisiel* desabrido, y la *kasza* hecha en casa con cereal rancio. No había madera qué quemar. El carbón ya no llegaba de las minas de la Dąbrowa y muchas chimeneas dejaron de humear. Mientras Europa ardía, los cielos de Poznań se abrían, sus horizontes emergían de la nata de hollín que las grandes lluvias de verano apenas alcanzaban a lavar. En el otoño de 1915, no era raro ver una vaca o una cabra en los anchos balcones de los nuevos edificios de San Lázaro, o tropezar con gallinas en departamentos cada vez más vacíos. Ese medio litro de leche, aquellos dos huevos, parecían un milagro en la ciudad.

Los barrios obreros donde cientos, miles de trabajadores, mujeres y niños inclusive, transitaban de día como de noche, ahora eran puro silencio. Entre los cascarrones de las fábricas con sus puertas cerradas y las altas chimeneas ahogadas, apenas se oía el ladrido de un perro o nuestros gritos adolescentes cuando encendíamos fogatas para espantar a los guardias en plena noche. Empezaron luego a resonar tiroteos entre las fachadas de ladrillo, y abandonamos aquellos juegos.

La disentería, el tifo, empezaron a cobrar su cuota: el sepulturero Glubiak de la plaza Piastowskie —y sus dos hijas— si comían a sus anchas.

Aparte de eso, la vida seguía normal en Poznań, como si nada pasara en el resto del mundo.

Algo cambió, sin embargo, a finales de agosto, cuando el Primer Ejército ruso de Rennenkampf invadió Mazuria y Von Prittwitz fue sustituido por Hindenburg, y escuche la palabra comunista cuando mi padre denunció a los comunistas independentistas que se alojaban en el Hôtel de Dresde. Un viento de pánico recorrió las calles de la ciudad. Vi la molestia en los ojos de mi padre y me sorprendió que aceptara de buenas a primeras que me fuera de casa. Mamusia ya lo tenía organizado: seguí al padre Florian a la granja de Rogalin, a ese anexo improvisado del Gymnasium de Santa María Magdalena.

Lo entendí más tarde: si no sufrí tanto como otros durante la guerra, fue porque desde los primeros meses, anticipando la quiebra de sus industrias, mi padre empezó a hacer reservas. Acumuló balas de tela en el sótano de la calle Ułańska, lino, fieltro, algodón, casimir, y Mamusia fue cortando en estos retazos las blusas y los pantalones, las chaquetas sin adorno que me distinguieron en Rogalin. Guardó también conservas selladas de melaza de betabel, que *Pani* Helena fue economizando y alcanzaron hasta la llegada de los americanos en el 21. Dariusz Dąbrowski pagó así su infidelidad: en el segundo año de la guerra, se fue a Berlín, y dejó a mi madre y a *Pani* Helena a cargo de la casa de la calle Ułańska y de la única empresa que aún funcionaba: el horno de Garbary en el que se derritieron las puertas de bronce de los hoteles, las bancas de los parques, las jaulas del zoológico y hasta las perrillas de cobre de las puertas del Grand Hôtel de Rome, para fundir los cañones de Hindenburg.

Apenas una veintena entre los hijos de familias mejor acomodadas que estudiábamos en Santa María Magdalena llegaron a Rogalin. Vivíamos en las casas abandonadas de los leñadores de Raczyński, a espaldas del palacio. Nuestras clases, por supuesto, eran reducidas, ya que los maestros laicos no quisieron dejar a sus familias en la ciudad. El padre Florian nos daba catecismo, gramática alemana y gramática polaca, y un poco de matemáticas (muy poco en realidad). El latín, el griego, la historia mundial, la historia y la geografía de Polonia, y las ciencias naturales eran el dominio del padre Krystian Cieszyński.

El padre Krystian vestía una blusa de obrero, pantalones de pana, botas militares. Traía las patillas ceniza muy largas y anchas, y una boina que le caía sobre la frente. Su atuendo, tal y como ahora lo recuerdo, no era tanto polaco, sino de comunero parisiense del 1871. Se sentaba sobre una mesa, en la biblioteca del conde Edward Raczyński, manoteaba al representar las batallas de Julio César, las pasiones de Alejandro, los delirios de Juana de Arco, amén de las leyendas de Lech y de Wanda, de las desventuras de Bolesław el Calvo. Nos llevaba a la selva de Zielonka; nos enseñaba a cazar erizos, a distinguir la huella del lobo de la del zorro, la marta o la mangosta. Aprendí a reconocer la guarida del hurón; a seguir los movimientos de la comadreja; los nombres de las plantas de Wielkopolska; el canto del paro

y el del ruiseñor. Sin que supiéramos por qué, nos enseñó *Le temps des cerises* y *La internacional*, en francés y en polaco, porque aquí, en Rogalin, todos hablábamos la lengua polaca pese a la interdicción.

Krystian Cieszyński había pasado dos años en las cárceles alemanas después de la revuelta de 1906, cuando la Iglesia de Polonia se opuso al decreto de la Comisión de Colonización prusiana que prohibió el uso del polaco en todas las escuelas, incluso durante los recreos. El padre Krystian era entonces profesor de historia en Września, y nos contaba con lágrimas en los ojos cómo los cabecillas de la revuelta, chicos de doce años —la edad que teníamos entonces—, fueron aporreados ferozmente por los guardias prusianos, cómo los amarraron en el patio del Gymnasium, y les pegaron con macanas hasta dejarlos inconscientes mientras los granaderos formaban un muro de bayonetas para que sus padres no pudieran defenderlos.

En las escuelas religiosas, no obstante, y en particular en el Gymnasium de Santa María Magdalena, el decreto nunca fue acatado completamente y seguimos hablando el polaco canturreado de Poznań y Silesia, intercalado de modismos germanos. Lo peor, para nosotros, eran las matemáticas, la geometría y la física: sólo sabíamos sumar, restar y multiplicar en alemán, y a la fecha no sé sumar, restar o multiplicar, componer poemas matemáticos e informes en claves, en otro idioma que no sea el alemán.

Cada semana o cada catorce días, el padre Florian tomaba el vaporcito en el Warta y traía de Poznań algunos periódicos ya pasados. Por las noches, reunidos en una estancia del palacio que convertimos en nuestro salón de clase, nos leía noticias de los frentes de guerra. Seguíamos la avanzada de Sansonov sobre el Vístula. Varsovia iba a caer. Moltke había llegado al Marne. París iba a caer. Todo era cuestión de días. Von Scheffer detuvo a los rusos en Łódź. Los ingleses iniciaban ofensivas en cuatro mares, pero teníamos a Von Spee...

A pesar de las clases de civismo del padre Krystian, yo no quería "perder esa guerra". Quizá debería decir, "no quería perderme esa guerra": ansiaba crecer para enrolarme. Desfilaba en mis ensueños por las avenidas de Potsdam en un uniforme de gala azul y rojo; saludaba al Káiser. Organicé a mis compañeros, y desfilábamos frente al palacio Raczyński en riguroso orden prusiano, un sable de madera en el cinturón, los dedos bien alineados sobre la costura del pantalón. El padre Krystian, por supuesto, nos reprendía, pero para mí "la guerra" seguía siendo un juego. ¿Qué podía hacer? No había radio en esa época, y nuestra única fuente de información eran los atrasados periódicos de Berlín que nos leía el padre Florian. ¿Era yo el más agresivo? Tal vez. Sí, introduje juegos de guerra entre mis compañeros, réplicas de las batallas que leíamos en el periódico, y cuyas estrategias me empeñaba en corregir. Nos valieron quejas de los aldeanos cuando destruíamos sus cosechas o incendiábamos un pajar durante nuestros ejercicios.

Tengo once años. Estoy desnudo en las escaleras del palacio de los condes Raczyński. El padre Krystian invitó a los aldeanos a mi castigo. Ahí están, callados, con sus bonetes de lana, sus trajes bordados, como

acostumbraban cuando visitaban al conde Raczyński antes de que se fuera a vivir a América. Mis compañeros de clase, en sus uniformes grises, están alineados en la terraza. Uno tras otro, me azotan con el látigo del caballerango. Dos azotes cada uno. En la espalda. Algunos son tibios; apenas me rozan. Otros, más impetuosos, me desgarran la espalda. El más exaltado es Paweł Perowicz, mi compañero de cuarto. Siento cómo la sangre resbala por mi espalda, corre tibiamente entre mis nalgas.

Quisiera expiar en el oscuro vestíbulo de la calle Ogrodowa, pero voy a llorar, toda la tarde y toda la noche, en un sótano lleno de heno del palacio de los condes Raczyński. No creo haber llorado de dolor, sino de vergüenza. Y de miedo a las ratas que desfilaban en la oscuridad de ese pajar, atraídas por la sangre seca en mi espalda y entre mis nalgas.

La corrección imaginada por el padre Krystian confirma mi indisciplina. Calculador, comprendo que la fortuna de mi padre depende de los avances alemanes. Bien puede Dariusz Dąbrowski entregar el alma de sus treinta y tantos mil obreros a la causa de Berlín: es un pobre sacrificio cuyo resultado nos hará grandes.

El padre Krystian me escucha y alza los hombros desconsolado. Se declara vencido por un mocoso de once años que repite como perico las sentencias de su padre, las noticias del periódico. Ahora que lo pienso, creo que hizo algún intento por hacerme entrar en razón en la oscuridad del confesionario, o en alguna entrevista privada, pero no lo sabría precisar.

Aparte de las carreras en las alamedas de grava del palacio Raczyński (ya desde entonces, soy mucho mejor en las pruebas de resistencia como los mil metros, que en las cortas), de las escapadas a un recodo del río donde nos zambullimos en torbellinos de agua helada, de una improvisada caza de lobos nocturna en la selva, durante la que nos perdemos y nos vale otra sería regañada, lo más importante que me sucedió en Rogalin fue el descubrimiento de Karl May. También en aquella ocasión fue un error de Paweł Perowicz, quien me deslizó el primer volumen de *Winnetou*, sustraído a escondidas del padre Krystian en la biblioteca de Edward Raczyński. *Capitán Caimán*, *Una hermandad secreta*, *Ardistán* y *Djinnistán* pronto siguieron el mismo camino. Paweł y yo desaparecíamos tardes enteras; sentados al abrigo de un campo de lúpulo, mecidos por los vapores embriagantes de la hierba caliente, leíamos desenfrenadamente, adosada la espalda del uno a la del otro. Seguíamos leyendo por las noches, debajo de nuestra cama, a la luz de una vela oculta tras un biombo de papel. Era una especie de concurso entre nosotros: cuál de los dos leía más volúmenes a la semana.

Rogalin se convirtió entonces en un paraíso; en un Lejano Oeste con sus barrancas y sus indios, sus cavernas, sus aldeas de *teepees* organizados en torno a una fogata sobre la que reinaba el omnipotente Winnetou. Recreábamos una y otra vez escenas leídas por la tarde: vestíamos un taparrabo hecho de un trapo de cocina, nos pintábamos la cara con tierras de colores y hollín del fogón; llevábamos plumas de pavo en el cabello. Como era moreno y traía largos esos rizos rebeldes, me convertí en el gran jefe Winnetou-el-Invencible. Inventavamos movos un levenguavaje en

clavave, evespevecieve de travabavalevenguavas mevecavanicovo, queve meve inspirovo un pavasavajeve de *Una hermandad secreta* (no miento: lei y volví a leer ese libro seis o siete veces por lo menos, y aún ahora puedo recitar de memoria sus primeros capítulos). Después de unas semanas, nuestro levenguavajeve ya se había vuelto automático, y aún ahora plienvesovo y sueveñoovo en avaooveve: mi primer y pueril código secreto.

Lejos nos quedaba La Guerra. Lejos los horarios de clase.

Cada vez que empiezo un nuevo párrafo, las palabras: "a decir verdad" surgen espontáneamente. ¿De dónde viene esa necesidad de probar que digo la verdad? ¿De los reportes cifrados que tanto tiempo he ido confeccionando, y que no me permitían filtrar dudas, sino que tenían que ser contundentes, afirmativos, "infalibles"? ¿Jan Kowalewski me envía algún mensaje extrasensorial?

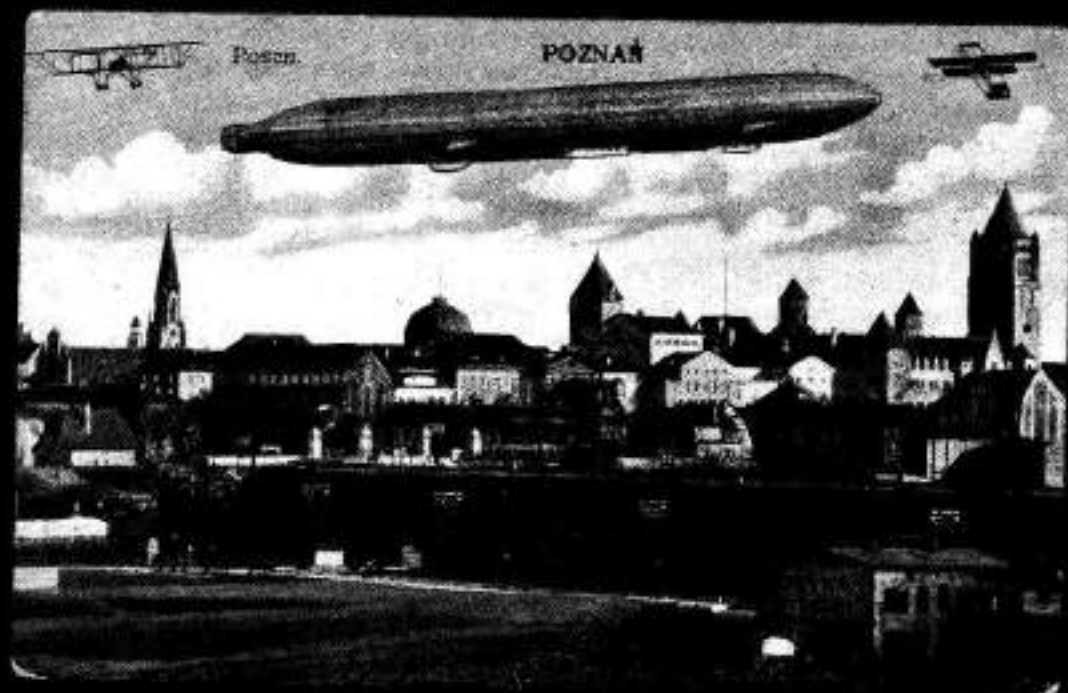
A decir verdad, no lo sé.

A decir verdad, la Gran Guerra apenas me rozó, de la misma manera que apenas rozó mi ciudad de Poznań. Pero la posguerra fue un mierdero sanguinario.

Diciembre de 1917, tengo catorce años y una bicicleta. El gobierno de Lenin acaba de firmar el armisticio con Alemania; Hindenburg traslada el Octavo Regimiento al frente occidental, así que para nosotros la Gran Guerra ha terminado. El padre Florian cierra el anexo del colegio jesuita en Rogalin, y regresamos a Poznań.

Pani Helena envejeció en estos tres años; engordó y sus piernas están hinchadas de venas azules tan sobresalientes que asoman bajo las medias. Dice que tiene *flebitis*, una enfermedad nueva que nació con la Guerra y los soldados amputados, inmovilizados en sus sillas en los jardines de la Ciudadela. Como ellos, *Pani* Helena pasa cada vez más tiempo postrada en una silla de la cocina, mirando el techo manchado de grasa como si fuera un cielo estrellado, sobando sus pantorrillas deformes. Ya no me acompaña en tranvía hasta el Gymnasium de Santa María Magdalena. Enfundado en mi pelliza, con un bonete cuadrado bajado hasta los ojos, pedaleo a través de la ciudad. Me gusta tomar la ruta de los parques y llegar a mi antigua esquina de Ogródowa y Pieraký, para de ahí rodar libremente hasta la plaza de San Bernardo. Por las tardes, me desvío hacia el ghetto. A diferencia del resto de la ciudad, las calles de Wroniecka y Kramarska están siempre llenas de gente. Los barberos, que también son cirujanos, dejan sus puertas abiertas. Parecen fantasmas de blusas blancas en el vapor con olor a jabón de los caloríferos. Las tenderas se sientan en las banquetas, frente a una barrica de patatas o raquítricos espárragos. Siempre hay grupos de niños en torno a los músicos ambulantes y, en los alrededores de la sinagoga, los rabinos del *heder* con sus levitas de colores, sus caireles y sus cofias, viven predicando quién sabe qué catástrofe en su lengua.

Pero el resto de la ciudad parece desolado. Ya no se tropieza con las vistosas procesiones de antaño, con las campesinas que traían ramos de



flores silvestres y frutos de la estación, y se detenían en las puertas de las iglesias. Ahora, casi a diario, se forman largos cortejos humanos en los barrios obreros. Lividos, vestidos con blusas rotas, algunos enfundados en abrigos militares encontrados en los campos de batalla, hombres, mujeres y niños desfilan sin cesar, los rostros carcomidos por el hambre, con los puños cerrados, escupiendo consignas, maldiciendo a los patronos, al gobierno, a Alemania. Tararean en voz baja, ronca, *La marselesa* y *La internacional*, con lágrimas en las mejillas lagañosas, hasta que llega la policía montada. Me les quedo viendo, parado en el manubrio de mi bicicleta. La camisa de lino y la chaqueta de fieltro que Mamusia me confeccionó con los retazos de tela que mi padre guarda ocultos en el sótano de nuestra casa, el canotí que rescaté de un armario, me dan vergüenza. Aislado en la banqueta, protegido por mi bicicleta, me siento atraído por esta masa que aúlla como un solo individuo. Quiero hundirme en ella, zambullirme en ella, olvidarme de mí mismo.

Qué diferente es nuestro Grunwald. Ahí, todo es quietud y silencio. De vez en vez, una larga fila frente a una panadería. Colegiales desfilando en sus uniformes grises. Una enfermera abrazada de su maletín seguida de un cura despeinado por los vientos del Warta, apresurándose hacia el lecho de algún moribundo. Los expendios de carbón están cerrados. Los mercados, prácticamente vacíos. Los meseros del Gran Café del Hôtel de Rome esperan en vano algún cliente detrás de la puerta giratoria. Los alrededores de la Estación Central están llenos de escombros, y no falta algún tranvía descarrilado, abandonado al lado de la vía en la Głogowska.

Pero eso sí, las iglesias están llenas. Es como si el fin de la guerra no hubiera atraído la paz en mi ciudad, sino el advenimiento de un ansia indefinible. Lo que yo no sé aún es que los rumores de independencia nacen en las sacristías, se diseminan de fila en fila por los bancos de la Catedral, cruzan entonces el Warta, resuenan en San Adalberto, en Corpus Christi y en Santa María Magdalena. No sé por qué, pero sigo esa tendencia: encadenó mi bicicleta en la puerta de la parroquia de San Florián, me siento en las últimas filas, viendo los ángeles de estuco que bajan del cielo pintado, los rayos de colores que se pierden en los fulgores del atardecer a través de los vitrales; husmeo el polvo que contiene resabios de incienso.

En la casa de la calle Ułańska también muchas cosas cambiaron en estos tres años. Mamusia ya no toca el piano con la misma frecuencia, ni se encierra tardes enteras a dizque remendar calzones descosidos o a tejer bufandas para las esposas de "nuestros obreros envilecidos por las penurias". Tampoco pasa las tardes inclinada sobre la Remington. Desde que mi padre regresó de Berlín, casi no nos habla. Dariusz Dąbrowski desaparece en el Mercedes Benz que perteneció a un capitán del Octavo Regimiento, y adquirió por una ínfima cantidad después de la derrota. Mi padre tiene ahora manchas cobrizas en el rostro, como las de las obreras de la fundición, y usa cremas para disfrazar estos signos de una vejez prematura. Se viste apresuradamente por la mañana y se lanza a la calle sin despedirse. *Pani* Helena me cuenta con una mueca de desaprobación que "se reúne con conspiradores". Si le pregunto quiénes son estos

"conspiradores" es probablemente por la "pésima influencia" de las novelas de Karl May que compro ahora en la librería de Szczerbiński en el Mercado Viejo, a espaldas del Ayuntamiento.

Mi padre lee el *Kurier Poznański*. Siempre hay una pila de periódicos en el piso, al lado de su sillón. Ahora que mi madre se niega a quitarle las botas y desabrocharle el cinturón, los comenta en voz alta. Lee un párrafo, y grita. Luego propina un puñetazo en el asiento. Grita: "Helena, mi té", o bien, "Helena, mi whisky", porque ahora toma whisky escocés en vez de *miód*, y fuma puros de La Habana como cualquier capitalista americano. "¡Justyna, escucha esto!", y mi madre viene a sentarse dócilmente en una banca cerca de su sillón. Adopta lo que entonces se llamaba "resistencia pasiva", pero yo aún no lo sé. Eso sí: me doy cuenta de que está fingiendo. Finge padecer una de aquellas enfermedades patológicas producto de la guerra: el "histerismo". No toca el piano, no abre un libro, no escribe. No oye los gritos de su marido. Se queda en su banca, los brazos cruzados en el pecho, meneando la cabeza.

Creo que mi padre, a veces, se compadece de ella. Se queda callado, mirándola mientras ella observa los mirlos que habitan el sauce llorón del jardín. Entonces los ojos de Dariusz Dąbrowski se llenan de lágrimas. Para sacarla de esta depresión, la invita a paseos crepusculares. Ella lo acompaña en silencio, sin resistencia aunque sin convicción. Cruzan el Jardín Botánico —que todavía no se llama parque Wilson—, caminando del brazo entre otras parejas en el mismo caso, sin dirigirse la palabra, porque ya, desde hace mucho tiempo, no tienen nada que decirse. Otras veces se sienta en el asiento trasero del Mercedes, y mi padre la lleva a recorrer los lagos.

Cuando mi padre, finalmente, se encierra en su cuarto, Mamusia se sacude. Se limpia la boca. Me sonríe y dice: "Ya se fue el imbécil." Lo dice en francés, en voz muy baja: "*Il est parti, ce connard.*"

Cumplo quince años. Le digo a Mamusia que me gustaría invitar a Józef Fiedler, pero no sé dónde encontrarlo. Le digo: "¿Tú sabes, madre, qué le pasó a Józef?" Me dice: "Sí. Pero no lo veas aquí. Te voy a decir dónde lo puedes encontrar. Pero, por favor, no lo traigas aquí."

Voy en mi bicicleta. Subo por la Fredry solitaria. Los naranjos de la plaza Wolności murieron en sus macetas, y nadie siquiera se tomó la pena de arrancarlos para quemarlos en una estufa hambrienta de leña: así es cómo Poznań desprecia ahora los obsequios de la Comisión de Colonización. Atravieso el Mercado Viejo; cruzo el Warta por el puente de Chwaliszewo. Encadenó mi bicicleta a un poste, en un amplio patio, frente a la escalera C. Voy a subir a un tercer piso. "No —me dice Madame Fiedler—, Stefan, por favor, no subas. Yo le voy a decir a Józef que estás aquí." Simone Fiedler: tengo ganas de abrazarla, pero ya desapareció por la escalera C.

Józef ha crecido. Ahora es mucho más alto que yo. Dice: "Hola, qué gusto verte" y me extiende una mano callosa. Una mano de obrero, con las uñas sucias de grasa. Y luego: "¿Ya regresaste del internado?"

Józef va a cumplir diecisiete años, y desde hace varios meses trabaja en la fábrica de Hipolit Cegielski que parece una catedral en la ribera del Warta, con chimeneas más altas que la Catedral al otro lado del río, y

vitrales en las ventanas y frescos en los muros de los talleres en encomio a los obreros de Hipolit Cegieslki, que pintaron los mismos artistas que decoraron la iglesia de Corpus Christi. Józef trabaja diez horas al día, en el turno que empieza con la noche, a las cuatro de la tarde.

Dice: "Tienes una bicicleta..." Luego se queda callado. "Me da gusto verte."

Vuelvo al Grunwald por el bulevar, siguiendo la vía del tren desde la estación de Garbary, los ojos llorosos, no sé si del viento o del hollín que esparcen los campanarios humeantes de Poznań y regresó desde que llegó la paz.

Sí, recuerdo que aquella noche de mis quince años Mamusia entró a mi recámara y se sentó al borde de la cama. "Fulste a ver a Józef, ¿verdad?" Leyó en mis ojos la triste respuesta. "Espera. Ten paciencia. Los verdaderos amigos siempre vuelven." Luego me cuenta que, poco después de mi ida a Rogalin, tuvo una hija, mi hermanita, a la que llamó Wera. No me cuenta esta vez las circunstancias de ese embarazo fallido; sólo me explica que la pequeña Wera no podía sobrevivir. "Era yo muy débil. No había casi qué comer entonces, ni en ésta ni en otras casas de la ciudad. El *kisiel* no produce leche, y *Pani* Helena ya está seca." Luego: "Me operaron y quedé yerma, y tu padre se fue a vivir a Berlín." Ése es mi regalo de cumpleaños: un amigo perdido y un aborto de hermana.

¿Me pongo trágico a pesar de mi promesa? A decir verdad, aún viene lo peor. Todo empieza con un aeroplano sobrevolando Poznań. Es un Fokker de doble ala y lleva una bandera inglesa. ¡Un Fokker británico en los cielos alemanes!

Estoy en la calle San Martín, a espaldas del Teatro. Me apoyo en la bicicleta viendo las maniobras del Fokker alrededor de la torre del Palacio Real. Desaparece entre las nubes bajas de diciembre que vienen del oeste y traen de Berlín el tufo de muerte de la epidemia de influenza que azota Europa. Los tranvías se detienen, bajan los pasajeros. Dos o tres primero, y luego todo el carro. El Fokker va y viene entre las nubes y el reloj del Palacio Real. Alcanzo a ver las bombas amarradas bajo las alas. La gente abre ventanas a pesar del frío; desciende a la calle abrigándose apresuradamente. Forman pequeños grupos; dos o tres primero. Apuntan al Fokker. Nadie parece temer un bombardeo. Creo que el miedo impide que alguien lance su sombrero al aire y empiece un festejo inaudito. Una de dos, o regreso a la calle Ułańska, o me quedo aquí esperando que algo suceda.

Algo va a suceder, es evidente, y no voy a regresar a Grunwald. Escucho palabras sueltas. "Barricadas." "Independencia." El Fokker inicia un descenso a ras de los techos y esparce papellitos sobre la plaza Wolności. Luego desaparece entre las nubes. Pedaleo hasta la plaza: como copos de nieve, los papellitos vuelan en el viento que sube del Warta. La cuartilla lleva impresa en rojo un retrato de Ignacy Paderewski. Alguien lee en voz alta: el compositor desembarcó ayer en Gdansk. Lo trajo de Londres el acorazado *Concord*.

Los músicos de la Filarmónica instalan sus instrumentos frente a las puertas del Teatro, en plena calle. Empiezan a tocar *Marsyllanka Wielkopolska*, La Marcha de la Gran Polonia.

Veo al padre Krystian cruzando la plaza, despeinado en el viento, los ojos desorbitados, la sotana desabrochada, los pantalones de pana

amarrados con ligas. Lleva una bandera polaca en el cuello de su blusa de obrero. Carga un paquete en los brazos, y distribuye la partitura de la *Marsyllanka Wielkopolska*. "Stefan, ayúdame." Me avienta un paquete de partituras. La gente me las arranca. La gente empieza a cantar. Alguien dice: "Paderewski está llegando a la estación."

De pronto se escuchan disparos en la calle Nowa, detrás del museo. La orquesta calla. Entorpecido por las partituras que resbalan del manubrio, pedaleo cuesta abajo rumbo al Mercado Viejo a contracorriente de una muchedumbre asustada. Rebaso a Tadeusz Perowicz, el hermano mayor de Paweł, quien alza una bandera roja. Grita: "No vayas por allá, están disparando." No le hago caso. La gente me empuja hacia la calle Sieroka. Pierdo mi bicicleta y las partituras, pero sigo avanzando hasta tropezar con una barricada: dos carruajes volteados.

Los granaderos entraron por el Mercado Viejo. Alguien dice que hay combates en el puente de Chwaliszewo y en la Puerta de Berlín; granaderos apostados en los techos del Ayuntamiento y los campanarios de la Parroquia. Estoy escondido detrás de la estatua de San Francisco, y veo varios cuerpos tendidos en la nieve sucia, frente al Hôtel Bazar. Franciszka Ratajczak está boca abajo, la cara salpicada de fango, una pierna alzada, la falda de volantes levantada hasta el culo. Yo no sé aún que su nombre es Franciszka Ratajczak: es sólo el cadáver de una mujer con los ojos abiertos, tendida en el centro de la calle con la falda levantada y un hoyo negro en el pecho. Alguien despliega una bandera blanca y escarlata en un balcón del Hôtel Bazar. La gente aplaude. Se escuchan más disparos en la plaza. Alguien grita en alemán: "Vivan los bolcheviques."

Oigo mi nombre: "Stefan. ¡Stefan Leonard Dąbrowski!"

Józef Fiedler corre hacia mí, los brazos abiertos, agitando su gorra de operario. Luego cae. Cae de bruces en el adoquín resbaloso de nieve pisoteada. Creo que abrí los brazos para detener su caída, pero era demasiado tarde: Józef cae a media calle. La cabeza de Józef percute la banqueta; el cráneo de Józef se abre de un golpe. Estoy arrodillado. Sus ojos me miran. La gente pasa sin vernos. La multitud se cierra sobre nosotros. Alguien alza una bandera sobre la barricada. Oigo el chasquido de la bandera al abrirse en el viento que sube del Warta.

Luego, los ojos de Józef se vuelven turbios. Llevo mi mano a la boca. El sabor de su sangre. Ya conozco el sabor de esta sangre. Luego ya no sé.

En la maleta que Heinrich Winter se llevó a Nueva York, guardaba un billete de diez marcos que llevaba un tieso coágulo de la sangre de Józef Fiedler, mi amigo; esa misma sangre que había probado en nuestro Cuartel General del viejo Arsenal. Nunca supe cómo me hice de este billete de diez marcos. Quizá alguien me lo puso en la bolsa, en el hospital. Mis recuerdos son confusos. Sé que llegaron las ambulancias de la Cruz Roja. Sé que me llevaron junto con los cadáveres de la masacre del Hôtel Bazar. Sé que el padre Krystian avisó a mis padres de mi paradero, y mi madre me describió luego la entrada triunfal de Ignacy Paderewski a la Plaza Wolności. Me describió las banderas blancas y escarlatas. Me describió los cantos de la gente de Poznań, polacos y alemanes y judíos, unidos por la *Marsyllanka*

Wielkopolska y la sinfonía *Polonia* de Ignacy Paderewski. También me dijo que Dariusz Dąbrowski, mi padre, se había encerrado en su cuarto con doble llave, y llevaba tres días sin hablar con nadie, ni probar comida.

Cuando desperté, Polonia existía de nuevo y mi amigo de sangre, Józef Fiedler, había dejado de existir. (¿Quién es el imbécil que dijo que el tiempo sana las heridas del corazón?)

Itzik Falken y yo no éramos amigos. Llegó en pleno diciembre — ¡cómo lo recuerdo! —, y se paró en la puerta del salón con la mochila entre las piernas, la pelliza aún cubierta de nieve, la *jarmulka* entre las manos, examinándonos con sus ojos verdes. Como de costumbre, estaba yo sentado en la última hilera de pupitres, bajo la ventana desde la cual podía observar los movimientos de los trenes al otro lado del parque, y dudo mucho que me descubriera durante este primer escrutinio. Se sentó en primera fila, a la derecha, cerca de la puerta, y en esa banca siempre se sentaría.

Itzik Falken fue uno de los quince o veinte estudiantes judíos que fueron admitidos por nuestra recién "polonizada" Universidad a finales de 1919, en cumplimiento del "acuerdo sobre los derechos de las minorías" que firmó a regañadientes Paderewski para congraciarse con el embajador Morgenthau y así corregir la línea antisemita de su gobierno socialdemócrata. Itzik era, además, un *Ostjude*, uno de esos judíos que llegaban masivamente de las fronteras orientales, huyendo de los pogromos y de la guerra. Lo interrogamos, por supuesto, durante el primer receso, sentados bajo la marquesina del Colegio Menor y abrigándonos de una tormenta de hielo que cubría el monumento a Adam Mickiewicz de un manto blanco. Itzik casi no hablaba alemán (aunque escribía en yiddish), y su polaco estaba plagado de modismos samogitios. Por suerte, hablaba francés con bastante fluidez y en ese idioma nos entendimos, y en ese idioma hablamos todavía en los *diners* de Market Street, en San Francisco.

Su familia había huido del ghetto de Vilnius, semanas después de la masacre de Lwów que desató una oleada de pogromos en Galicia y Lituania. Hijo de comerciantes de Klaipėda, el doctor Oskar Falken se había graduado como cirujano en el Politécnico Latvio de Riga, primero, y luego en la Universidad de Lovaina. Los jóvenes judíos de familias medianamente acomodadas, en los países bálticos, optaban entonces, con mayor frecuencia, por profesiones liberales y, en particular, por la medicina, una carrera que, además de una abnegación bien vista entre los cristianos, permitía romper con las barreras culturales e integrarse con relativa facilidad en la *Bildungsbürgertum*, la burguesía ilustrada. Falken quería — sordamente, quizás — instalarse con todo y su familia en Palestina o, tal vez, en algún lugar de América, Estados Unidos o Argentina, pero cuando llegaron a Poznań en calidad de desplazados, la frontera con Alemania ya estaba cerrada a los judíos de Polonia y, para colmo de males, el gobernador interino, influido por el general Haller, organizaba razzias de judíos, alemanes y simpatizantes germanos en toda *Wielkopolska*. Apenas llegado, el doctor Oskar Falken fue conducido a la *Truppenübungsplatz* transformada entonces en campo de concentración bajo la severa vigilancia de las legiones extranjeras. Porque tenía cierta reputación

como cirujano — y todos los médicos alemanes se habían refugiado al otro lado del Oder después de la Independencia — mal que bien el doctor Falken logró su inserción en aquella Poznań de posguerra plena de rencores antigermanos, determinadamente antisemita pero tolerante de las asociaciones sionistas que perfilaban una solución al problema judío.

El ingreso de los judíos al colegio desató una tempestad, la formación de pandillas, disputas en los recesos, riñas en los pasillos, narices rotas, expediciones a la enfermería e interpelaciones del Rector que, por supuesto, sólo servían para agravar la tirria. Otrora *Sacrum sanctorum* de disciplina prusiana, semillero de la más rancia "aristocracia" pan-polaca, nuestra Universidad se "democratizaba", se "reformaba" y "nacionalizaba" bajo la dirección de Roman Dmowski.

Desde el primer interrogatorio, cercamos a Itzik. Los mayores tiraron chistes que se volvieron chismes, le reprocharon ser un *zido-komuna* "imberbe". Alguien le pidió que se abriera la bragueta, porque quería ver "un miembro circunciso".

Lo que sucedía en los corredores del Colegio Menor de Poznań era el eco de la atmósfera que se vivía en Polonia en esos años. Como los millones de soldados muertos en la guerra no bastaban, ahora el furor se apoderaba de simples ciudadanos. Vivíamos al borde de una guerra civil. Naciones enteras se desplazaban de una frontera a otra, oscilando como un péndulo amarrado a los destinos de Gdańsk o al capricho de un mapa que se expandía o encogía cada semana. Nadie parecía entender lo que sucedía, pero todo el mundo opinaba, y en estas opiniones fueron emergiendo odios atávicos, "fuerzas primarias", toda clase de resentimientos. Muchos colonos alemanes de *Wielkopolska*, particularmente entre la clase comerciante y la *intelligentsia* — como mis maestros de física y matemáticas, *Fräulein* Herwig y *Herr* Samuel Bottstein —, habían decidido quedarse en Poznań después de la guerra, en vez de emigrar al oeste del Oder. En algunos casos, como los de Simone Fiedler, *Fräulein* Herwig, el fotógrafo Köhler o el librero Weiß, se quedaron porque sus familias llevaban casi ciento cincuenta años viviendo en Poznań, y habían adoptado la lengua polaca (que siguieron usando en su intimidad a pesar de la interdicción de 1906). Otros, quizá, prefirieron quedarse porque la repentina libertad de prensa, la histérica pasión polaca por reconstruir su nación a partir de nada, la eventualidad de inventar una auténtica democracia, les parecían menos opresivas que la "dictadura prusiana" de Potsdam. Esta "cuna de la raza polaca", como se decía entonces, había sufrido menos que otras provincias de mi reinventada patria, y atrajo por lo tanto a muchos refugiados de las ciudades que arrasaron las legiones de Haller y más tarde los cosacos de Trotski, pues era obvio, desde las primeras semanas de la reconstrucción polaca, que el régimen de Moscú no iba a tolerar esa "mano negra" de los "aristócratas blancos" en lo que ellos seguían considerando dominios privados removidos de un plumazo por el Tratado de Versalles. (¿Acaso la marejada de pogromos que devastó Lituania y Ucrania en el otoño de 1918 fue provocada para desatar esa guerra?) El caso es que estos alemanes polonizados, estos judíos arrancados de los ghettos y los *shtetls*

de Lituania, Ucrania y Volhynia, acabaron siendo los más entusiastas defensores de Józef Piłsudski; en la anarquía de un país que nunca había existido levantaron granjas donde no había qué cosechar, perforaron minas en las ciénagas, fundaron iglesias sin parroquianos, clubes teosóficos sin ectoplasma, partidos políticos sin programa, células fabriles sin sóviet, religiones sin dios, y el KWPP, el Partido Comunista Obrero de Polonia.

Aquello, no obstante, no parecía afectar a Itzik Falken: jamás lo vi defenderse de los insultos, ni tomar partido en las discusiones o en las riñas. Llegaba puntualmente, se sentaba en su pupitre en primera fila, con la cabeza inclinada sobre su cuaderno, llenando páginas de notas. Luego supe que apuntaba todas las palabras que no comprendía y las memorizaba pronunciándolas en voz alta. Dos o tres meses más tarde, es cierto, ya hablaba correctamente polaco, y su alemán también había mejorado.

Nunca fui buen estudiante. Aprender me aburría, y mis calificaciones dependían casi siempre de un fervor oculto, de un entusiasmo íntimo por algún maestro. Si en sexto despunté en latín y en historia, sólo fue por mi admiración por el padre Krystian Cieszyński. Debo mi francés a los bizcochos de Madame Fiedler, y mi inteligencia de las matemáticas al quijotismo del "profesor rojo", Maxim Walecki. Fuera de eso, jamás tuve honores, nunca una medalla. No podía fijar mi atención más de unos minutos, y me la pasaba mirando por las ventanas cómo caía la nieve sobre los techos del Palacio, o los movimientos de los trenes en los desvíos de la Estación Central.

Inclinado en su pupitre, en primera fila, Itzik Falken garabateaba continuamente, colmaba a los maestros con sus preguntas, se quedaba después de clases en los salones, repasando sus notas. No se juntaba con nosotros ni en los recesos, ni después de clases cuando deambulábamos por la Fredry o nos sentábamos a tomar helados en los quioscos del parque Mickiewicza. Yo lo veía, parado en la esquina de San Martín; se apoyaba en un fresno mientras esperaba el tranvía, y leía.

Itzik Falken lo tenía todo: alto, rubio, el traje siempre impecable con el pliegue del pantalón perfectamente marcado, las uñas pulidas, era sin duda uno de los estudiantes más guapos, elegantes y premiados del Colegio Menor. Esa necesidad de estar siempre al frente provenía quizá de su condición de judío acorralado por polacos germanizados.

Pronto se ganó un apodo: *Niemowa Falken*, Falken el Mudo. Así desquité mi asombro, y mi rencor también, porque si Itzik Falken "lo tenía todo", desde luego le faltaba sentido del humor.

Ando en bicicleta, en ese aburrimiento infinito que entumece a la ciudad un domingo de invierno y me encuentro con Itzik en el parque Wilson. Itzik lleva el uniforme gris del colegio, impecable. Me presenta a su hermana Ruth. Acompañan a sus hermanos más chicos, Iaakov y Moshe, al invernadero.

Ruth Falken es una réplica de Itzik, con dos diferencias: es tan morena como yo y tiene el cabello corto *à la garçon*, algo que aún no se ve mucho en las calles de Poznań. Fuera de eso, son idénticos: los mismos

ojos verdes, duros, impermeables; los anchos hombros y la cintura delgada. Piernas largas. Las de Ruth asomaban bajo un vestido recto *à la parisienne*. La misma elegancia. La misma autoridad. Y esa indescriptible *nonchalance* que compensa lo que en otros sería arrogancia.

Ruth fuma de una larga boquilla. Dice: "Stefan, ven a casa un día de éstos." Luego repite: "Itzik y tú se ven todos los días, pero yo... Ven a casa un día de éstos."

Otro día veo a Itzik en el puente Teatralny. Está sentado en la balaustrada, los pies en el vacío. Solo, en medio del puente, viendo los rieles del ferrocarril. Llega el expreso de Berlín, y desaparece en la humareda de la locomotora. Cuando se disipa el vapor, ya no hay nadie en el puente.

A partir de mayo, íbamos a nadar en la piscina municipal de la esclusa de Schilling sobre el Warta. Era una vieja construcción de madera sobre una barcaza flotada en el río, a cien metros de la Estación de Garbary. En la orilla alta había un gran cobertizo de madera que servía a la vez de bodega para guardar canoas, y de gimnasio los días de lluvia. Lo flanqueaba un quiosco que parecía una caja de caramelos, tapizado de anuncios de chocolates, de malvaviscos de menta verde, de espirales de orozuz del color del petróleo, de papelillos argentinos refulgiendo en las vibraciones de luz de la tarde, y una terraza con anchas sillas de rattán y tapetes de lona donde nos podíamos asolear. Ahí ejercitábamos para los encuentros escolares.

Me encontré con Itzik en Schilling. Formaba parte del Club de Remo Wioślarski, uno de los más antiguos de la ciudad desde los tiempos del Gran Ducado y acérrimo competidor del Germania que entrenaba en el lago de Solacz. Itzik Falken era uno de los mejores *singles* del equipo Tryton. Yo nadaba con la cuadrilla de la Universidad. Y no era malo.

Saboreando un sorbete de frambuesa en la terraza, observo a los remeros en medio del río. Itzik está sentado en segunda posición en el *four oars* (fácil de reconocer en su jersey negro con una franja amarilla). Escucho los gritos de Marcin, el timonel, un chico de doce años que limpia los vestidores por las tardes y ayuda al Tryton el resto del tiempo. El estilo de Itzik es impecable; impecable su ritmo, como todo lo que hace.

Decido inscribirme a clases de remo. Luego, Itzik se inscribe en el equipo de natación.

Itzik y yo nunca nos saludamos. Nunca sonreímos. No nos dirigimos la palabra. Cuando coincidimos en los vestidores, me mira de frente bajo el largo fleco que le cae sobre la nariz. Se asea largamente, cuidadosamente, intercalando pausas entre las diferentes operaciones. Yo reto sus ojos verdes. Como él, alzo la cabeza. Lo observo. Nos observamos. Sólo así, mirándonos de cara con lealtad, podemos continuar nuestro ceremonial. Me volteo para doblar la chaqueta gris de mi uniforme, y él se voltea y dobla su chaqueta al lado de la mía. Irreprochablemente doblada. Hace una pausa, y sigo su ritmo. Se quita la corbata; yo desanudo la mía. Empezó a desabotonar mi camisa, y sus dedos siguen a tientas el dobladillo de la suya hasta dejarlo pendiente fuera del pantalón, sin dejar de mirarme a los ojos.

Itzik tiene pesados ojos verdes sin ninguna expresión, como una barrera infranqueable. El cabello rubio un poco más largo de lo que permiten en la Universidad. Yo también, a pesar de las reprimendas, llevo muy largos esos enredados rizos, y los ojos negros que heredé de mi madre. (*Pani* Helena no pierde ocasión de lanzarme desde una boca que desapareció entre pliegues de grasa y el rosario que le cubre los ojos: "Tú, *schwarze* Stefan, mientras más creces, más pareces hebreo.")

Iniciado el protocolo, no podemos escapar. Las miradas cruzadas nos encadenan. Llegamos imperturbables a la parte más difícil: sin dejar de vernos a los ojos hay que inclinarnos y bajarnos los pantalones. Compleja operación en la que tardamos a veces largos minutos. La ejecutamos como autómatas, espejo uno del otro. Si alguno hubiera dicho algo, si alguno hubiera siquiera sonreído, se habría estropeado todo. Nos tenemos que aguantar, viéndonos a los ojos, totalmente desnudos uno frente al otro. Un metro y medio, apenas, nos separan, y sólo los tablones laqueados de blanco de los vestidores nos aíslan de los atletas en el gimnasio en pleno ejercicio: uno, dos, tres... Cuatro, cinco, seis... La sangre fluye en mi bajo vientre. Siento el ardor de esa inmensa erección, pero no puedo desviar la mirada y comprobar si Itzik comparte la misma emoción.

Itzik usa un bañador de jersey negro de una pieza con una franja amarilla. Modesto, o quizá refractario, traigo pantalones cortos de lino azul y una camisa blanca que sólo me quito al llegar al tanque.

Coincidimos pocas veces en el equipo de remo: Itzik en *singles*, en la parte media del Warta, yo progresando en *eight oars*, cerca de la orilla, atento a las correcciones del entrenador. Cuando nuestros botes se cruzan, oigo su canto reverberando en la superficie del río. Doblado sobre mi remo con los ojos ardiendo de sudor, con el cabello pegado a la nariz, no alcanzo a verlo. Volvemos a encontrarnos al regreso del entrenamiento. Itzik descabellado, agitado, las pupilas desbordadas, los párpados llorosos. Exhaustos ambos, acaso somos incapaces de pronunciar una palabra. Corremos a las regaderas, nos enjabonamos dándonos la espalda uno al otro, furiosamente.

Recuerdo una vez que nos toca entrenar juntos en *four oars*. Después de dos horas de *sprint*, escuchamos la campana e Itzik se deja caer hacia atrás en el kayak, con la cabeza entre mis piernas, la mejilla pegada a mi muslo húmedo. Yo también me inclino hacia atrás, electrizado por el calor de su rostro sobre mi muslo, mientras nos deslizamos por inercia en la corriente del Warta. Veo pasar las nubes, los sauces, un bosque que ya no es. Un bosque en el que quise construir un refugio con viejos tablones desde donde atisbar los remolinos en los recodos del Warta, y al que invitaría a Itzik, sólo a Itzik. Pero eso, nadie lo supo, ni siquiera el mismo Itzik. Penso: "¿Cómo hacerle para que esto no acabe nunca?"

Comparando su tez bronceada, cobriza, ese ancho pecho terso, me avergüenzan los brazos cetrinos, el torso desmedidamente largo, los gruesos labios, la herencia de Justyna Dariuszowa. Soy más alto que él, es cierto, ya en esta pubescencia. El color de mi piel nunca cambiará, aunque sí puedo mejorar mi constitución. Exasperado, empiezo a practicar pesas

en el gimnasio del Colegio Menor y en las instalaciones de Schilling. Y así me voy convirtiendo en el atleta que soy.

¡Qué nos importa el grito del general Tukhachevsky, el brazo armado de Trotsky, que se caga sobre el cadáver de Polonia Blanca en la gaceta del día! ¡Qué nos importan la invasión de Ucrania, la marcha de los bolcheviques sobre el Vístula! ¡Los *shtetls* incendiados por los cosacos en las marismas de Volhynia! ¡La Legión Extranjera del general Haller! Es 23 de junio, víspera del día de San Juan, y arden los márgenes del Vístula. Festejamos los primeros *Wianki* desde la restitución de Polonia, la fiesta de San Juan y de las guiraldas. El cielo de verano aún arde en el crepúsculo que dora la perspectiva en cascada de edificios que se desprenden de la Ciudadela, pero ya las calles de Varsovia están iluminadas con quinqués de colores. Hay orquestas en los muelles y en barcas amarradas en el río. Varsovia canta y baila.

Y nosotros también bailamos y cantamos con Varsovia. Los equipos de remo de las tres antiguas particiones de Polonia por primera vez compiten entre sí sobre el Vístula. Nos enfilaremos río abajo hacia el estuario, porque ésta es la fiesta del mar, y vamos a recuperar Gdańsk que nos quitaron los señoritos de Versalles. Las terrazas sobre el río están cubiertas de gente; cientos de miles de polacos en trajes de Silesia, de Mazuria y de los Tatras, o en sus uniformes de gala, formados en los parques del Vístula y sobre sus puentes, en el eterno crepúsculo de San Juan, esperando la noche que anuncia la llegada del verano. La noche más corta, cálida e intensa del año.

Estoy en medio del Vístula, en la misma canoa que Itzik; sentado dos remos detrás de Itzik. Hace tanto calor que los rizos se me pegan en la frente y no puedo sujetarlos con la cinta de Winnetou. El estandarte del Club Wioślarski ondea en la popa, enlazado con la bandera blanca y escarlata. A nuestra izquierda, los *eight oars* de los Halcones del Círculo Militar Sokół, nuestros rivales. Por fin, los torreones del Belvedere se tiñen de violeta en el último rayo de sol, llega la noche acompañada de una ligera brisa. Las orquestas callan. Comienzan las regatas. En la cubierta de un pequeño vapor a la altura del puente Poniatowski, un cuadro alegórico representa la muerte de Wanda, la doncella que se ahogó para que su pretendiente prusiano no la llevara al lecho. Detrás van lanchas remolcadas, cubiertas de ramas entrelazadas, flores, guiraldas y linternas chinas, estandartes y banderas. Parecen islas a la deriva emergiendo silenciosamente de la oscuridad en el haz de un enorme reflector. Las muchachas en los vestidos distinguidos de su comarca dejan caer flores en el río, y en poco tiempo el Vístula entero se convierte en un prado multicolor.

Nos lanzamos entonces, remando a toda fuerza a través de este vergel flotante que huele a lodo, a cerveza rancia y a primavera. Cuando surgimos encandilados bajo el puente Poniatowski, Itzik volteo hacia mí. Sus ojos enigmáticos brillan en el fulgor de los reflectores. Pierde el ritmo por tratar de levantar el fleco que le tapa los ojos. Marcin lo reprende. Remamos como desquiciados. Marcin arranca las banderas que estorban nuestra avanzada y las lanza al río. Remamos bajo los fuegos artificiales que rocían el río oscuro y las riberas boscosas de Praga. Nos cubren de centellas que

se mezclan con las estrellas fugaces y distraen nuestro ritmo. Aún así, la multitud aplaude y nos aclama: "¡Poznań-Wioślarski-Wioślarski-Poznań!" ¿A quién le importan entonces las hordas de cosacos que marchan sobre Varsovia? No sabemos aún que esa misma noche el Ejército Rojo tiñe las aguas del Beresina con la sangre de trece mil polacos cuyos cuerpos putrefactos en la canícula de San Juan derivan río abajo hacia el Báltico mientras nosotros remamos entre rosas, amapolas, primaveras y claveles, sofocados, rumbo a la ensenada de Gdańsk que será nuestra. ¿Y qué más da? Polonia es una sinfonía de Ignacy Paderewski, un poema de Adam Mickiewicz, un fresco de Jacek Malczewski, el reflejo de un cerillo en las pupilas de Itzik Falken. Polonia, su águila, su sangre, sus nubes, sólo existen en la imaginación de aquellos que creen en el Cielo Redentor.

Llegamos en cuarta posición de la competencia, y el equipo entero, yo el primero, reprochamos este fiasco a la falta de atención de Itzik, pero esto no altera nuestro humor. Desfilamos para recibir el ramo de rosas blancas y rojas de manos de Madame Paderewska, en el estrado sobre el puente Poniatowski, y nos perdemos luego entre burgueses de Varsovia, soldados de reserva en sus uniformes de gala rojo y blanco, chicas de las aldeas en sus trajes de fiesta, bandas de sin empleo que se llaman Sangre de los Tatras, Piratas del Kronstadt, Luz del Norte, RevKom del Báltico y visten la boina soviética, cargan banderas rojas y una estrella roja en la solapa. Tomamos *miód* y cerveza y vodka aromatizado en los quioscos, ballamos en los parques de Praga y no sabría decir si nos quedamos dormidos, porque amaneció antes que cualquier cosa, y nos sentimos atrapados entre la canícula y el alba, en un recoveco del Vístula.

Lo que sí recuerdo es que fumé mi primer cigarrillo. Reclinado en un árbol retorcido sobre el río, Itzik Falken lo forjó entre sus dedos, lo encendió en su boca y me lo colocó entre los labios en este lento y pálido amanecer.

"¿Cómo hacerle para que esto no acabe nunca?"

Llegó el otoño y el Warta, como todos los años, se tornó gris. El clima ya no nos permitía nadar en la esclusa de Schilling, ni remar en los torbellinos del río crecido. Desde las ramas secas de un sauce, miraba la esclusa de Schilling cubrirse de hojas doradas. Seguía a los erizos mientras hurgaban entre los hongos, y miraba a las cornejas que arrancaban fibras de los abedules para estofar sus nidos.

Empecé a vivir en la muda espera de la clase de gimnasia de los jueves. Temía, de viernes a miércoles, que algo sucediera —cualquier cosa: un resfriado, un castigo— que me impidiera lanzarme en el arzón al lado de Itzik, escalar la cuerda a su misma cadencia, deslizarme a su lado en las regaderas. La víspera de la clase de gimnasia, apenas podía dormir aunque sabía que el insomnio me restaría aquellas fuerzas que le destinaba.

Pero no fue así. Ni él ni yo nos enfermamos ese invierno, y tampoco fuimos castigados. Nos encontramos, jueves tras jueves, e Itzik siempre estuvo ahí cuando lo necesitaba. Cuando ganaba una competencia, era el primero en felicitarlo. Si él perdía, me sentaba a su lado, y ponía mi mano

en su hombro. La única vez que gané en los cien metros, me dio un beso en la mejilla. Sí, en la mejilla, muy cerca de los labios, y quise detener ese momento para siempre.

Nuestra guerra era célebre en toda la escuela, y no faltó quien corriera el chisme de que peleábamos el amor de cierta chica, una tal Mirra, hija de un capitán del Octavo Regimiento cuya familia se había quedado en Poznań después de la Restitución, y cuyas tetas eran el chisme del colegio. Nadie, que yo sepa, pensó nunca que nos peleábamos un único amor.

Me enteré mucho después de estos cuentos. Por lo pronto, envidiaba la capacidad de retención de Itzik Falken, ese modo desgarrado de alzarse apoyando los puños en el pupitre para contestar las preguntas de los profesores, cómo sacudía la cabeza para alzar el fleco que le caía sobre la nariz. Al otro extremo del salón, bajo la ventana, yo me hundía en lecturas que nada tenían que ver con la clase, o simplemente miraba las ramas negras de los plátanos del parque Mickiewicza emborrachadas por los ventarrones del otoño, y añoraba el sábado en que íbamos a remar entre los témpanos del lago de Solacz.

Yo soñaba e Itzik cumplía.

Una tarde, escuché el rechinar de la bicicleta de Itzik Falken en la banqueta de la calle Ułańska. Era la primera vez que se aventuraba hasta nuestro barrio, pero lo reconocí enseguida, probablemente porque era un ruido que esperaba y que había imaginado tardes enteras, acostado en mi cama, descifrando el sabor del tiempo en las sombras movedizas de las cortinas de tul floreado. Lo vi desde la ventana, con las piernas abiertas para detener la bicicleta. No llevaba el uniforme, sino un pantalón bombacho de ciclista y la *rubashka* anaranjada que ahora usaban los obreros sin empleo. En su arrogancia, no levantaba la mirada. Forjaba un cigarrillo cabizbajo, la *jarmutka* enfundada hasta los ojos. ¿Se atrevería a decirme que se encontraba casualmente en el Grunwald? Mi desconcierto tropezaba —o quizá se agrandaba— con estas evasivas.

Itzik sabía que mi padre no recibía judíos en la casa de la calle Ułańska: afirmaba que no deseaba despertar la ira de *Pani* Helena, aunque estoy seguro de que era un simple disfraz del *sereno desafecto* adoptado cuando el gobierno interino encerró en el campo de concentración de la Truppenübungsplatz a todos los industriales que habían colaborado con Alemania. Mi padre evadió el oprobio valiéndose de quién sabe qué alianza, o quizá a cambio de una delación. Itzik lo sabía. Se lo había contado un día que nos asoleábamos en la terraza de Schilling. ¿Entonces?

Itzik silbó y levanté la cortina. Le hice una seña y bajé a abrirle. Dijo: "Hola, Stefan. ¿Quieres ir a mi casa?"

Dijo: "Festejamos el Sabes, como cualquier familia hasídica. Me gustaría que nos acompañaras." Luego: "Ruth, mi hermana, quiere que vengas."

¿Quería acentuar así nuestras diferencias? ¿Exponer el antisemitismo de mi padre? No lo dudo, y no tenía manera de eludirlo. Pero además, debo ser sincero, no quería perderme tan anhelada invitación. Dije: "Voy a pedir permiso."

Mi padre no estaba en casa. Creo que andaba en una de sus *giras de trabajo* en Berlín o en Frankfurt, y Mamusia apenas levantó la mirada por encima del teclado de la Rémyngton: "No llegues demasiado tarde."

Los Falken vivían cerca, en el vecino barrio de San Lázaro, a espaldas del Zoológico. Ocupaban un amplio departamento que daba a la calle —gran lujo— en el segundo piso del 10 de la calle Szamarzewskiego, con un pórtico decorado de leones y balcones de hierro forjado *Jugendstil* sobre la fachada y cuatro patios más largos que anchos, unidos por túneles, al fondo. El consultorio del doctor Falken ocupaba la mitad de una planta. La otra mitad era un caos. Desde el momento en que se entraba, se respiraba un aire distinto. Se podría decir: la atmósfera del ghetto. Empezando por el ruido: un gramófono tocaba sin cesar; Iaakov y Moshe, en pijama, se perseguían con sables de madera por un laberinto de corredores; alguien cantaba, una puerta azotaba. Silbidos, gritos en la cocina por cuya puerta siempre abierta emanaban olores acidulados, fragancias de col y cebolla, anís y canela, tabaco y vapor de samovar.

Qué diferencia con la casa de la calle Ułańska, siempre quieta desde que mi madre había dejado de tocar el piano, siempre en penumbra, siempre *correcta*. Aquí, nunca había suficientes sillones para todos, y los huéspedes se recostaban en las alfombras que cubrían el piso de pared a pared, el codo en un cojín. Ruth Falken iba y venía, enfundada en un apretado traje negro de dos piezas, con la boquilla entre los labios. Iba de la cocina al gramófono, cambiando los discos de música americana antes de que concluyeran las baladas. El doctor Falken se dejaba deslizar de su sillón de cuero para jugar baraja con Iaakov, o contaba con gestos de profeta historietas heredadas de Israel Ba'al que dejaban a los chicos boquiabiertos. La abuela Falken, en su silla de ruedas, mascullaba órdenes en yiddish, pero nadie le hacía caso. Llegaban otras gentes, parientes más o menos legítimos, vecinos del edificio acaparado desde los sótanos hasta las mansardas por refugiados litwaks, compañeras de Ruth, un rabino de curvas patillas rojizas y levita negra que sacaba un acordeón de su estuche y ponía a la concurrencia a bailar. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo. Ruth subía el volumen del gramófono para callar el canto lúgubre de rabí Goldman. La señora Falken aullaba desde su cocina: las papas se estaban quemando y un humo agrio llenaba el departamento. Itzik corría a la fuente con un cubo por agua. El incendio se ahogaba antes de su retorno y todos reían: comeríamos sin las papas, era todo. Sin dejar de tirar la baraja, el doctor Falken me preguntó cómo andaba en la escuela; ya en confianza, le pedí que me describiera el pogromo de Vilnius: ¿era cierto lo que decían ciertos periódicos liberales, que los legionarios franco-polacos habían matado a tres mil judíos, incendiado la sinagoga, obligado a las mujeres a caminar descalzas por ciénagas heladas? ¿Que rasuraron a los rabinos? ¿Que desnudaron a los niños y los marcaron con hierro caliente? El doctor Falken se reía. Sólo fueron treinta los muertos. La sinagoga está en pie. Las mujeres sanas y ningún niño puede ostentar una estrella de David tatuada en la frente. Todo eso no es más que propaganda antipolaca inventada por capitalistas pan-germanos. (Mi padre era un capitalista pro-americano que se las daba de nacionalista polaco.)

Itzik dominaba ese *capharnaüm*. Con un gesto era capaz de silenciar la sala. Se colocaba el *tallith*, soplabla el *shofur*, encendía la Menorah, abría la *Torah*, recitaba los versículos, invitaba a la concurrencia a pasar a la mesa del comedor. Descorchaba una botella de vino. Servía a su abuela y le deslizaba gotas de vino entre las encías, con una cuchara. Regañaba a sus hermanos.

Y yo, el *goy* acostado en una esquina de la sala, sorbiendo un vaso de *miód*, quería tener un gramófono, quería tener hermanos, quería tener a Ruth Falken entre mis brazos, quería tocar el acordeón, y quería ser judío.

La primera vez que llegué al *Sabes* en el departamento de la calle Szamarzewskiego, faltaba lugar en la mesa y Ruth, sin siquiera pedirme permiso, me empujó con la nalga y se sentó en mi propia silla abrazándome por encima del respaldo y echando el humo de su boquilla en mi nariz. En ese momento me enamoré de Ruth Falken. En el tumulto de esa noche de sábado, no sabía si mirarla a ella o mirar a Itzik. Ruth iba y venía del gramófono a la mesa, de la mesa a la cocina. Se sentaba a forjar un cigarrillo. Se levantaba para ayudar a Itzik a limpiar la boca del pequeño Iaakov. Le dictaba órdenes a su padre, interpellaba a su madre, se burlaba de las visitas. A la única que no ayudaba, era a la abuela Falken: eso era privilegio de Itzik que recogía de aquellas encías fétidas la memoria de la estirpe Falken desde su huida de Palestina, siguiendo la sombra del ave gigante que apuntaba a las inmensamente ricas planicies de Ucrania en que se restauraría Israel.

Así que cuando Ruth Falken me empujó con la nalga para sentarse incómodamente en mi misma silla y se abrazó del respaldo rozándome con el codo desnudo, me ruboricé. Un temblor recorrió mi cuerpo. Sentí ese ardor en el bajo vientre y me apresuré a jalar la servilleta sobre mis piernas para esconder una erección atrapada en los pliegues del calzón, que no cedió el resto de la cena y me dolió hasta que decidí ir al wc en el entrepiso, a masturbarme.

¿Cuánto me habré tardado en el wc del entrepiso? De repente, alguien tocó en la puerta, y la voz burlona de Itzik Falken: "¿Necesitas ayuda?"

¿Oyó mi jadeo?

—No —le dije a punto de eyacular.

—Ábreme, Dąbrowski.

—Salgo enseguida.

—Dąbrowski, vas a ensuciar tus calzones.

No sabía decir si eyaculé primero y lloré después, o lo contrario. Cuando regresé al departamento, Itzik y Ruth bailaban un fox-trot en medio de la sala. Me sonrieron al verme entrar: dos sonrisas idénticas, espejo la una de la otra. No sé si los odié o empecé a quererlos por igual.

Cuando me fui, por fin, algo borracho de *miód* y de tantos cigarrillos que Ruth forjaba para mí e Itzik encendía con el mechero de benzina, ella me dio un beso en la comisura de la boca que me hizo temblar.

Itzik me acompañó hasta el pórtico; ahí me tomó del cuello para abrazarme y, al tomarme del cuello, su mano se deslizó bajo mi camisa y me hizo temblar, y tiemblo aún al recordarlo.

Pedaleé a través de la noche hasta el Grunwald. Oí rugidos sombríos en el Zoológico, luces en la jaula de las águilas. Llegué a mi cuarto, me tumbé

en la almohada, y me comí las uñas hasta que me sangraron los dedos pensando en Ruth Falken. A decir verdad, no recuerdo ahora si pensaba en Ruth o en Itzik Falken, pero da lo mismo: por lo pronto no quería que esto terminara nunca.

He decidido aprender a tocar el acordeón. Mi madre me dice: "¿Para que quieres tocar el acordeón? ¿Para ir a pedir limosna en la puerta de la sinagoga?"

Pani Helena deja su rosario y pone el dedo en la sien: ella ya sabe que estoy perdido, y no desaprovecha la ocasión de recordárselo a mi madre.

Escondo mis manos y mis uñas sangrantes en las bolsas del pantalón.

Ahora me quiero convertir al judaísmo, estudiar la *Torah* con rabí Goldman en el *heder* de la calle Wroniecka, aprender a interpretar la *Midrash*. Aprenderé hebreo, e ingresaré con Itzik a los Halutzim. Juntos cruzaremos Europa como judíos errantes, caminando por carreteras, durmiendo en granjas, tocando el acordeón y haciendo malabarismos en las plazas y frente a las sinagogas. Nos embarcaremos como Joseph Conrad en un vapor en el Danubio, que nos llevará hasta Sulina en el Delta, y desde ahí, un carguero parchado nos dejará agobiados después de diez días de travesía por el Mar Negro y el Bósforo, en las playas de Haifa. Levantaremos nuestra casa en Eretz Israel; tendremos un vergel en las laderas de Jerusalén.

Observo mi prepucio y anhelo el escalpelo del barbero Weissmann, prueba suprema de la integridad y veracidad de mi pasión. No hay quien me quite esa obsesión de la cabeza. Por lo pronto, leo a Theodor Herzl y me convierto en sionista.

En la casa de la calle Ułańska se desayuna, come y cena a intervalos fijos. Aun ahora que vive recluida en las humaredas de su cocina, Pani Helena marca las horas con la precisión del reloj de la torre del Palacio. Ni siquiera los domingos infringe esta regla, aun cuando el horario de la comida está determinado por la extensión del sermón del obispo Stablewski.

Si bien algunas veces mi padre organiza veladas, idas al teatro, a un concierto o a la ópera, y se toma luego una copa en el Café Hütte, siempre cena antes de salir. No podía, sin embargo, ante sus nuevos clientes polacos, desestimar la inauguración del Teatro Nowy con que la ciudad quiso conmemorar el renacimiento de la Gran Polonia: tenía que exaltar su muy cuestionable parentesco con Jarosław Dąbrowski, el jefe de la Columna Dąbrowski, el héroe de las barricadas de La Comuna de París, el libertador de Haití, cuya calavera (real o supuesta) importada de París a cuenta de la fábrica de fósforos de Swarzędz, se exhibe en un nicho de la cripta de San Aldaberto (el nombre de mi padre encabeza los anuncios de la inauguración de la cripta insertos en los periódicos).

El sastre Zimbel me confeccionó un *smoking* a la americana, con solapas de raso rematadas con un hilo de oro. Cenar en un restaurante es un privilegio raro que no he disfrutado desde que Simone Fiedler nos llevaba a cierto salón de té de la plaza Kolegiacka, donde me zampaba *éclairs au chocolat* y *calissons d'Aix*.

Mi padre había reservado una mesa en el Goldenring, el mejor y uno de los más antiguos restaurantes de la ciudad, al que llegamos después de la representación del *Konrad Wallenrod* de Mickiewicz. La casualidad quiso que el doctor Falken, su mujer y los mayores de sus hijos estuvieran a unas cuantas mesas de la nuestra en el Salón Dorado que aún conservaba rastros de fausto prusiano, no obstante las banderas polacas entrelazadas con las americanas colgadas en la puerta de las cocinas. Itzik y Ruth, además, estaban sentados exactamente frente a mí, y me sonreían. ¿O será que yo sonrei cuando los descubrí, e Itzik entonces me devolvió la sonrisa?

En la mesa de los Falken, había una botella de champagne. Itzik levantó su copa en mi dirección y tuve que hacer lo mismo con mi *bol's* de vodka aromatizado. Me puse de pie, incliné la cabeza y junté los talones al modo polaco. Luego me volteeé hacia la señora Falken, e hice lo mismo, y también con el señor Falken, y luego con Ruth.

"¿Juden?" —balbuceó mi padre en alemán, rompiendo con la regla tácita desde la Restitución de nunca utilizar la lengua de los antiguos ocupantes. Proclamé no saberlo —era obvio, sin embargo, y la pregunta de mi padre, innecesaria.

Después de cenar, fuimos al salón de fumadores, y mi padre me extendió uno de aquellos puros de La Habana que siempre traía de sus escapadas a Hamburgo. No pude disfrutar el tabaco, aunque, ya medio ebrio, me dejé llevar por el delicado sabor de una *crème de menthe* opalina. Al poco rato, llegó el doctor Falken. Itzik y Ruth lo seguían. Itzik se sentó a mi lado en un profundo sofá, mientras Ruth se apoyaba en la repisa de la chimenea. Se levantaba la falda como para calentar sus muslos, aunque a decir verdad, más bien quería incomodar a mi padre exhibiendo sus pantorrillas en el contraluz de la hoguera (una estrategia que aprendí esa noche, y siempre le agradecí).

Estornudé al aspirar el puro. Ruth tosía en las humaredas de la chimenea. Itzik forjaba un cigarrillo y Oskar Falken interpelló a mi padre como si lo conociera de toda la vida. Sin preámbulo le preguntó si pertenecía a alguna agrupación política, afirmando que él y sus hijos eran miembros de *Paole Zion*, una de las sociedades judaicas más activas en la izquierda.

Ruth dijo: "Taté, Monsieur Dąbrowski es católico, como su antepasado, el libertador de Haití."

Mi padre carraspeó y me miró de reojo. No podía creer que estos hebreos supieran su nombre y detalles de su genealogía. Me hundi en mi sillón, aspirando el puro para levantar una nube de humo que escondiera mi rubor. Sentía los dedos de Itzik en mi cuello: jugaba con mis rizos en la nuca aprovechando la penumbra del salón de fumadores.

Buen perdedor, mi padre convidó una botella de *fine* y, a su "modo americano", derivó la conversación hacia la asimilación de los judíos en la nueva Polonia y sus consecuencias económicas. Dijo: "Fuera ideologías: hablemos de hechos." Acercó su sillón al del doctor Falken y le preguntó, con un dejo de fingida curiosidad, qué pensaba de la afirmación de un miembro judío de la *S'jem* (Schneider, creo), sobre la "traición polaca" a los judíos: ahora que detentaban el poder de su magra "democracia" apuñalaban a todos aquellos que, durante ciento cincuenta años, habían luchado junto a ellos por la independencia.

Ruth no quería intervenir en la disputa en ciernes; abandonó la chimenea y se sentó frente a nosotros. Dejé de prestar atención a la conversación. Quizá motivado por el alcohol, me entretuve removiendo las brasas con la ganzúa. Itzik me alcanzó; se sentó en la alfombra a mi lado. Era delicioso volver a ser "chicos", desentendernos del "mundo de los adultos" y sus querellas. Nos quedamos, creo, adormecidos frente a la chimenea.

Mamusia no pronunció palabra mientras caminábamos rumbo a nuestra calle Ułańska, los tres tomados del brazo. Mi padre glosaba su "inverosímil" discusión con un médico hebreo de Lituania que sabía más de economía que muchos políticos polacos. Casi al llegar a nuestra puerta, me asestó una palmada en el hombro: "Los tiempos han cambiado, qué se le va a hacer."

Mi madre no contestó. Abrió la puerta, dejó pasar a su marido. Pero cuando se despidió de mí al pie de la escalera, me guiñó el ojo e hizo la "V" de victoria.

Durante semanas, mi padre insistió en invitar a comer al doctor Falken, su esposa y sus hijos; pero el doctor siempre estaba muy ocupado, de citas en cirugías, así que, por fin, Ruth e Itzik visitaron sin sus padres nuestra casa de la calle Ułańska. Desde que nos sentamos a la mesa ante una botella de vino francés "importada de Copenhague", mi padre, confundiendo una inconclusa conversación, volvió —insistente, tenaz— en el asunto de la *Judenfrage* en la Constitución y la necesidad de crear un Estado hebreo, donde fuera, en Palestina, en el África negra o en alguna región semidesértica de Asia Central, a fin de evitar más tensiones en Polonia. Salpicaba su discurso con vocablos en *argon* que, supongo, había aprendido entre los litwaks que trabajaban ahora en la cervecera y la nueva fábrica de fósforos. El tema no me interesaba, pero la pasión que Itzik puso en defender la postura de *Agudat Israel* me llenó de admiración. ¿Sería yo capaz, alguna vez, de defender una causa con esa convicción? La cena fue eterna. Itzik, puro argumento, hablaba con el tenedor en la mano, olvidándose de comer. Mi padre exhibía su repertorio de chistes judíos. Ruth fumaba y apagaba los cigarrillos en su plato mientras discutía en voz baja con mi madre, quien me miraba con una especie de devoción como si adivinara mi impaciencia. Yo no tenía nada que argumentar ahí, y no había aprendido aún a encubrir mi agitación; tal vez se notaba la exasperación en mis dedos jugueteando con migajas de pan, en la boca que traía, como siempre, abierta (con un golpe de quijada, desde el otro lado de la mesa, mi madre me incitaba a cerrar los labios). Fue ella quien nos invitó a abandonar el comedor, después de la compota de rubarbo.

Cuando por fin llegué a mi cuarto, me tumbé en la almohada, y me comí las uñas hasta la sangre.

Itzik y yo seguimos siendo enemigos en la escuela, compitiendo por trofeos que ni siquiera nos interesaban. Me cambié, de cualquier modo, cerca de la puerta, en primera fila. Con sus silencios, Itzik me inculcaba una disciplina de la que carecía por carácter.

Se hizo costumbre: bajo pretexto de estudiar, los viernes después del entrenamiento, cenaba en el 10 de la calle Szamarzewskiego.

Ando muy mal en matemáticas. Terrible. Pésimo. Mis peores calificaciones. Reproches de mi padre. Mirada furibunda de mi madre. Una citación del rector Ellemann. Es que me aburre. Es que prefiero la gimnasia.

Es que estoy enamorado.

El profesor Walecki... Antes de seguir, debo decir quién es el profesor Maxim Walecki, de la Universidad de Gante.

Un genio de las matemáticas, discípulo de Voronoy, Einstein y Sierpiński, compañero de León Trotski y acérrimo opositor de Rosa Luxemburgo, crítico de Józef Piłsudski y por ello veinte veces encarcelado en la Ciudadela de Varsovia, fundador del SDKPiL, el alma detrás del Congreso de Zimmerwald, un paladín de la nación polaca y mi maestro de matemáticas en el Colegio Menor, Maxim Walecki era un experto de la "teoría de los números": pasó años y quizá aún sigue —sea donde se encuentre ahora—, tratando de resolver el último teorema de Fermat. Maxim Walecki, "el profesor rojo", me propone un "entrenamiento particular" si sacrifico mis vacaciones de Navidad y lo acompaño a una isba en Zakopane, en las laderas de los Tatras. Insiste: "Stefan, no es que no sepas de matemáticas, es que no sabes qué hacer con ellas."

Y luego: "Matemáticas por la mañana. Esqui al mediodía. Matemáticas por la tarde, y una buena cena regada de vino para desatar las lenguas. Te ofrezco quince días inolvidables, y la seguridad de que pases tu *Matura* con honores."

Luego: "Ya hablé con *Pani Ożarowska*."

Luego: "No vas a estar solo, Bogdan Dzięgiel, Krzysztof Górny e Itzik Falken vienen también."

Bogdan Dzięgiel es el mejor en matemáticas y en física; Krzysztof Górny obtuvo una medalla de honor en ciencias aplicadas el verano pasado; *Niemowa* Falken es el más aplicado de mi salón y siempre le hace la barba a los maestros. ¿Y yo, el *cancre*, el poeta que sueña con el Apocalipsis, qué hago en todo eso? "No estaría mal que hablaras un poco con tu madre", responde el profesor Walecki. "Pero estamos en democracia, la primera verdadera democracia de Europa, así que tú eres quien decide."

Luego: "Aquí está tu boleto. Expreso de Cracovia, 15 de diciembre, seis cuarenta de la mañana, andén 2, carro 17, asiento 64."

Aún recuerdo las palabras exactas de la carta, impecablemente mecanografiada, que mi madre entregó al profesor Walecki, y leí por primera vez en el vagón del ferrocarril, mientras Krzysztof, Bogdan e Itzik miraban con suspicacia los rasguños en mis brazos y el rostro, el ojo amoratado y la mejilla hinchada, secuelas visibles de una furia que me llevó —desasosegado, ciego y a pie— hasta la esclusa de Dębińska, en cuyas orillas pasé la noche, abrazado de unas raíces, temblando de fiebre y de cólera.

Poznań, 14 de diciembre de 1920.

Hijo adorado,

Aún estoy turbada, y te escribo esta carta con el corazón partido, aunque tengo la esperanza de que la leas con mejor ánimo que cuando te fuiste. Cuando llegaste anteayer con las uñas arrancadas, el cabello enredado, la

camisa rota y las mejillas tumefactas, sólo pensaba en la manera de curar tus heridas. Tus heridas físicas, ya que no tenía —ni tengo— manera de acceder a las llagas de tu alma. Siempre supe que este momento llegaría, y he sido torpe contigo, lo sé, y tienes razón ahora que me acusas de conspirar a tus espaldas. Sí, mi querido Stefan, me escondí todos estos años; quisiera ahora que entendieras que no fue por falta de confianza en ti, sino para que no delatases, desde tu inocencia juvenil, mis actividades secretas. Lo que te dijo Max Walecki es cierto: soy, desde mi primera juventud, activista comunista. Una *bydłak komuch*, como diría tu padre en su lengua soez. Algún día te contaré (o me preguntarán, si tienes ganas) cómo acabé casándome con tu padre. Por lo pronto quiero que sepas, en contra de lo que Max pueda decir, que mi Dariusz no era la persona en que se fue convirtiendo de frustración en frustración y, sobre todo, como quizá te habrás percatado, después de la guerra, con la pérdida de sus clientes en Prusia.

Tampoco te he dicho, y no lo viviste puesto que estabas en Rogalin, la batalla que tuve que librar para que no nos mudáramos a Berlín o a Hamburgo. En esa disputa, que duró meses, me desgasté tanto que perdí a quien hubiese sido tu hermana, y quedé yerma para siempre. Tú me gritaste "mala madre", "asesina", me reprochaste haber querido deshacerme de ti cuando empezó la guerra y te envié con el padre Florián. Me culpas de haber matado a tu hermana. Acepto todos tus reproches, hijo mío: en alguna parte de ti, en los silencios que nos separan, penetras verdades que oculté muchos años, muy a pesar mío, debes creerme. La muerte de la pequeña Wera, unas cuantas horas después de nacer, quizá fue providencial para ti. Tu padre se ablandó, y si bien se fue a vivir a Berlín hasta que lo expulsara la derrota alemana, dejó de reñir conmigo. Mi relación con tu padre no ha sido fácil, bien lo sabes, y le tengo miedo. He tratado siempre de eludir sus accesos de violencia y, antes que cualquier cosa, protegerte de sus cóleras. No lo he logrado del todo. Ése es mi pecado.

Yo quise —aún quiero—, Stef de mis entrañas, que seas un verdadero polaco y honres a tu nombre de Polonia, y deseo, mi sangre, que nuestra nación renazca después de tantos años de yugo, de tantas degradaciones y traiciones. Por eso, por los ideales de tu abuelo, me lancé a la lucha a los quince años. Cuanto tenía dieciocho, y naciste, tuve que empezar a mentir. Ése es el resultado de mis mentiras.

Sé bien que te fuiste a Zakopane para huir de esta casa, para alejarte de mí. Tengo plena confianza en Maxim Walecki, y comprendo que él sabrá hablar contigo. Puedo confiarte ahora que él debió haber sido tu padre, pero la vida política no lo permitió.

Tuve miedo, mi Stefan querido, cuando desapareciste durante tres días y tres noches: sentí que te había perdido para siempre. Ahora, me siento incapaz de enfrentarte y no sé qué decirte o, mejor dicho, no sé cómo decirte todo lo que tengo que decirte.

No me queda otra que escribir esta carta. Se la llevaré más tarde a Maxim Walecki. Espero que, después de leerla, me perdones ciertas cosas. Lo que he hecho, lo hice por amor a ti y con la esperanza de que tu vida sea plena, colosal.

Te enterarás de muchas cosas en Zakopane. Ya eres un hombre, sabrás comprender lo que Maxim te dirá. Espero que aprendas a comprenderme

también. Maxim confía en ti, y yo confío plenamente en él: lo conozco desde hace muchos años: trabajamos juntos, peleamos juntos, juntos fundamos el Partido Socialista, juntos nos enfrentamos con Rosa Luxemburgo sobre la cuestión polaca. Juntos hemos sacrificado los mejores años de nuestra vida en esa lucha, y perdimos a nuestros mejores amigos, sin que ello nos quitara las esperanzas. Cuando Maxim fue liberado y regresó a esta ciudad, me vino a ver: tuve que intervenir para que lo aceptaran en la Universidad, a pesar de la oposición del rector Ellemann que temía la injerencia de comunistas en el Colegio Menor. Pero ya ves, vivir en democracia tiene su precio... Te tocó por casualidad ser su alumno. Soy una conspiradora, sí, pero le creí cuando me decía, después de nuestras reuniones secretas, que eras un "desperdicio", una inteligencia prodigiosa dilapidada por nuestra época sangrienta.

Hablaremos a tu regreso, si así lo quieres. Si no, tendré que atenerme a las consecuencias de mis errores.

Quizá tengas ganas de escribirme. Esperaré todos los días la llegada del cartero.

Te deseo un feliz año 1921.

Tu madre,

Justyna Dariuszowa

Poronin, 19 de diciembre de 1920.

Madre querida,

Le escribo ésta desde Rogalin, cuatro días después de haber llegado, con la muy sincera esperanza de que se encuentre bien. Tardé en responderle, porque las emociones y ambigüedades de estos últimos días no me han dejado en paz y, aún ahora, me tengo que esforzar en poner en claro mis ideas. Esta carta, quizás, escrita en la soledad de la cocina de la isba de Rogalin me ayudará tal vez a aclarar mi confusión. Trataré, pues, de empezar por el principio.

El doctor Walecki nos esperaba en la estación de ferrocarril en Zakopane y, durante el recorrido en trineo a través de los bosques de pinos centelleantes de escarcha, me extendió su carta, que leí apresuradamente en el camino, protegiéndome del viento bajo el capuchón de mi abrigo. Luego, Walecki se encerró conmigo en el despacho de la isba. Mis compañeros se quedaron sorprendidos, y me miraron de importuna manera cuando bajamos a la cocina, al cabo de dos horas de un denso *tête à tête* que nunca olvidaré.

El doctor Walecki me contó cómo se conocieron, Usted y él, en Zagość, y describió los días intensos y apasionados de verano que pasaron ahí. Usted conoció ahí y, por lo que pude descifrar por los silencios del doctor Walecki, flirteó con algunas de las figuras de mis ensueños idealistas. Quedé aturrido, algo descorazonado. Luego, cuando me relató cómo transmitía mensajes escritos con tinta simpática en los días de la insurrección de 1905, empujando mi cochecito por la Plaza Wolności con la dignidad de una aristócrata de estirpe eslava enfrentada a la Comisión de Colonización, junto a *Pani Helena* quien calentaba mis botellas de leche en su regazo, y de cómo se detuvo frente a la barricada de la que cayó Jan Doga muerto de un certero balazo en el corazón, me quedé tieso. Ahora que lo pienso, debería haber llorado, pero no lo hice. Me quedé seco y mudo, leyendo a la velocidad de una locomotora

lanzada a todo vapor el brutal silencio del profesor Walecki. Me llena ahora de orgullo saber que la sangre de Jan Doga, que salpicó su vestido gris y el abrigo de ante, rebotó en mi cuna, y quizá manchó mis mejillas descubiertas.

Mientras Maxim Walecki hablaba, iba recordando poco a poco, sin darme cuenta de su significado esencial, la muerte de Józef Fiedler, que cayó a mis pies rompiéndose el cráneo en las mismas circunstancias en que Usted recibió el cadáver de Jan Doga, y escucho en mi fuero el silbido de las balas que mataron a Jan Doga y a Franciszka Ratajczak y a Józef Fiedler, y a tantos otros insurrectos. Madre, no sé si estoy entendiendo lo que esto significa, ni lo que significará para mi futuro, pero aquí estoy, renovado, y esperanzado.

Cuando bajé a la cocina, ante la mirada curiosa de mis compañeros, me sentí orgulloso de ser quien soy, de ser su hijo, y me arrepiento ahora de tanta incompreensión. Tengo muchas preguntas que hacerle, y quisiera que estuviera conmigo, aquí, en ese momento. Pero ya tendremos tiempo para hablar. Por lo pronto, sólo quiero que sepa cuán mortificado estoy de no haber entendido lo mucho que me quería, ni descifrado los lazos que nos unen más allá de la sangre.

Le tengo que decir: ¡vivo en la casa de Lenin! ¡Sí! En esta isba a veinte minutos de trineo de Zakopane en la que Vladimir Illich reunió a los conspiradores bolcheviques en el verano de 1913.

El profesor Walecki nos tiene a raya: nos saca de la cama a las cinco de la mañana, y hacemos gimnasia en la cocina durante una hora antes del desayuno (vivimos en la cocina: es la pieza más cálida de toda la isba gracias al horno que ruge día y noche; y ahí comemos, estudiamos, leemos, y pasamos las veladas). A las siete, aseados, empiezan las clases, que duran hasta la hora de la comida. El profesor Walecki llena sin cesar el pizarrón con ecuaciones que debemos resolver antes de que termine... y habla sin parar, de todo un poco, y mucho de política. Luego, si el tiempo lo permite, salimos a esquiar o a trotar por la meseta. Queremos llegar hasta el lago de Czarny Staw, pero ha estado nevando casi continuamente, y no hemos podido ir más allá del Dunajec. Ilna y su marido, Tikhomirov, se encargan de nuestro alimento, ordeñan las cabras y la vaca, mazan la nata, fabrican quesos, mezclan el *kisiel*, *trouhan* y acarrear los leños, barren la nieve del pórtico y, por las noches, cantan viejas canciones e himnos revolucionarios en su dialecto. Nuestras veladas siempre terminan con *La internacional*.

El profesor Walecki nos preparó un intenso programa de lectura, y trajo una buena biblioteca, así que pasamos las tardes leyendo. Por lo pronto, estoy totalmente ensimismado en el *18 Brumario de Louis Napoleón Bonaparte*. Casi lo acabo. Voy a empezar *¿Reformismo o revolución?* Nos acostamos temprano, a las ocho u ocho y media de la noche, aunque Itzik y yo a veces seguimos hablando hasta las diez en nuestra habitación.

Itzik y yo dormimos en la cama de Krupskaya, en el cuarto más alto de la casa, bajo el techo. El profesor Walecki ocupa el cuarto de Vladimir Illich; Bogdan y Krzysztof comparten el de Kamenev, en el primer piso. Hay una fotografía de Lenin en la cocina, en que aparece apoyado en su bastón al borde del río Dunajec. Lleva una especie de sombrero blando, y se le nota bronceado. El doctor Ganiecki nos visitó hace unas cuantas noches, y nos contó que Vladimir Illich acostumbraba nadar en el torrente al mediodía, después de escribir, o escalaba el monte Rysy, y que ésta fue una de las

épocas más felices de su vida. Ahora, a pesar de la fuerza de los rápidos, el Dunajec está cubierto de témpanos y la nieve es tan espesa que es imposible meterse en la selva. Esquiamos pues, después de clase, en el camino claro de Zakopane que pasa frente a la isba.

Querida madre: no me va a reconocer cuando regrese a Poznań. Esta última semana ha sido capital, determinante; tantas cosas aprendí, sobre mí, sobre usted, y de la vida... Espero que disculpe mis violencias y mi indiferencia.

Mi querido Itzik le envía una cordial salutación.

Su hijo,

Stefan Leonard Dąbrowski

Poznań, 20 de diciembre de 1920.

Querida madre,

Antes que nada, reciba usted mis sinceros deseos de paz para esta Navidad que se nos avecina.

Ayer por la tarde tuvimos una larga discusión en nuestra cocina-comedor-estudio. El profesor Walecki empezó diciéndonos que la paz con Rusia se debía antes que nada a la intervención de Trotski. Itzik Falken empezó a protestar: Itzik, más que nadie, sabe quién dispuso los pogromos el año pasado, en Lwów y en Grodno, en Vilnius y en Minsk. Por eso su familia tuvo que emigrar a Poznań. Bogdan compartía la opinión de Itzik, pero el profesor Walecki logró convencernos de lo contrario. Nos leyó recortes de *Pravda*, una carta en la que Sikorski reconoce que Trotski organizó la propaganda pacifista en Ucrania. Otra en que Karski relata el enfrentamiento de Trotski con Lenin sobre la continuación de la guerra después de la derrota de Białystok. Walecki afirma que Pilsudski y Sikorski declararon la guerra a Moscú para afianzar su poder y preparar un *coup d'état*. Es cierto, y a todos nos consta, que el prestigio de Pilsudski creció con la derrota del Ejército Rojo. No logramos comprender, sin embargo, por qué *l'homme fort de la Pologne* se retiró en Sulejówek. No hace sentido. Walecki insiste en que "espera su momento". Bogdan y yo seguimos hablando del asunto después de la cena. Creo que está más perturbado que yo con estas revelaciones.

Madre: he tomado graves resoluciones: quiero ser un hombre íntegro, hacerme de honores aunque me cueste sangre, abrirme paso por la vida sin pedirle favores a nadie. Nunca más permitiré que me transporten arrebatos de violencia o de pasión. Ni una lágrima manchará mis cartas. Me hundiré en los estudios y trataré de ser digno de su integridad, nobleza y amor.

Tengo tantas cosas que contarle, y tan poco tiempo para hacerlo. Reciba con ésta la garantía de mi eterno cariño.

Le deseo lo mejor.

S. L. Dąbrowski

Itzik y yo compartíamos el cuarto más alto de la isba, bajo el techo de tablillas de dos aguas. Una viga maestra atravesaba esa pieza baja, inclinada; las trabes de sostén cruzadas y los plafones inclinados sólo permitían moverse en un estrecho espacio alrededor de una cama alta de latón, a la que se accedía por un escalón. Había un baúl donde guardar la

ropa, un aguamanil de peltre con su jarra en la esquina cerca de la única ventana, y dos velas atornilladas en cuellos de botella en una cornisa.

Aquella primera noche, después de esta larga conversación con el profesor Walecki que despertó la curiosidad de mis compañeros, fui subiendo leña por la estrecha escalera que conducía a nuestro desván. Tropecé en la oscuridad, porque los últimos escalones eran más altos que los demás, y me caí al entrar al cuarto. Colgado de la viga, Itzik hacía tracciones, y se burló de mí al verme arrodillado en el piso. Alcé los hombros; me dispuse a meter leños en el horno vertical que ocupaba una esquina de la habitación. Un aire helado se colaba por una rendija. Itzik había desempacado minuciosamente sus prendas; sus camisas y sus calcetas estaban perfectamente alineadas en la parte izquierda del baúl abierto, con una mitad libre para mis pertenencias. Agregué unos leños al horno, aticé el fuego y lo observé de reojo mientras desempacaba mis prendas, colocándolas en el mismo orden que las suyas en el baúl. Sólo llevaba su camisón de noche, que flotaba como una vela alrededor de su cuerpo colgado de la viga.

Itzik no me preguntó nada, pero intuí que moría de curiosidad de saber porque me había quedado tanto tiempo encerrado en el despacho de Vladimir Illich, con el profesor Walecki. Me recosté contra los almohadones, apagué la vela, estiré el espeso edredón sobre mí, y me quedé mirando como se alzaba de la viga con la sola fuerza de los puños.

— Mi madre, Justyna Dariuszowa, es una heroína de la insurrección de 1905, y sólo hoy me enteré... Eso es lo que Walecki me quería decir.

Itzik se dejó caer de puntillas, y me miró a los ojos: "¿Qué dices?"

Se sentó en el borde de la cama. Apagué la vela. Se lo conté todo —todo lo que entonces sabía, fragmentario y de segunda mano—, pero agregué unos detalles de mi invención, juntando mis recuerdos de la liberación del 18, con la insurrección de 1905. Itzik, acostado a mi lado, me escuchaba con los ojos cerrados, sin intervenir en ese intenso monólogo que sólo tenía un motivo: entender qué me estaba sucediendo. No sé en qué momento se quedó dormido con la boca abierta. Las pausas de su respiración acallaron mi divagación.

Pero no podía cerrar los ojos y me quedé viendo las llamas en el horno, con la vaga esperanza de que me hipnotizaran. Lanzaban alarmantes sombras sobre las tablillas barnizadas, y la cortina vibraba por la corriente de una rendija oculta.

Itzik se había volteado y me daba la espalda. Escuchaba el silencio de Poronin, aún más inquietante después del tumulto de esta noche de revelaciones. Mi inquietud se debía a la vez, debo reconocerlo, a la aprehensión: todos los sentidos avivados por la cercanía de Itzik, acechaba su respiración, la temperatura de su cuerpo que se desparramaba bajo el edredón, las vibraciones de sus muslos, un movimiento de la cabeza en los almohadones.

La tranquila respiración de Itzik me serenó, la fogata agonizaba, la nieve se acumulaba en el borde de la ventana, una brisa helada recorría la habitación pero se desvanecía frente a la chimenea, y mis ojos se fueron cerrando sin que yo mismo me diera cuenta; pero la inquietud no me abandonaba.

Ya no percibía el aura de su fiebre; de manera indefinida, sentía que había dejado la cama. Abrí los ojos: fuera de un vago destello de leños carbonizados, no distinguía nada en la tiniebla olorosa a cenizas y a cera.

No vi, más bien advertí, un fino desliz entre los maderos; pude distinguir o tal vez inventé un elfo a la manera de los cuentos proféticos de Oskar Falken, patinando con los brazos extendidos. Planeaba a unos milímetros del piso, porque las tablas no crujían a su paso. Se detenía entre cada movimiento, como para escudriñar la oscuridad. Luego empezó a girar lentamente a la manera de un derviche. Como una amplia chilaba, el camisón de Itzik pareció inflarse en esa espiral. De una sola tracción de los brazos, se elevó hacia la viga mayor, y se sentó ahí, con los pies en el vacío, canturreando como un rabino, meciéndose de un lado al otro, a punto del equilibrio. El camisón blanco flotaba encima de mí. Me enderecé en la cama como si una fuerza sobrenatural me arrastrara hacia el techo. En dos saltos, llegué al baúl. Con la precisión de un gato, brinqué sobre un madero. Itzik se columpiaba aferrado con una sola mano del ojo de buey más alto. Una luz arcana, azulada, como el ectoplasma de nuestra carne hirviente, flotaba sobre la pista microscópica de nuestro circo somnábulo. Una cabriola me dejó en el trapecio, atado entre los pliegues de mi camisón. Mis pies desnudos se enredaron en los cabos, mientras mis manos se bamboleaban a mil metros de altura. Deslizándose por una invisible soga, Itzik aterrizó entre las sábanas; dos maromas de pies y manos, librando el barandal de latón, y nos encontramos arrodillados sobre el edredón. Nos quedamos así, figuras orantes frente a frente en esa inmensidad invernal. Oíamos cada copo de nieve resbalar contra los vidrios de la ventana, escuchábamos los últimos lamentos de los leños carcomidos en la chimenea. Los ojos blancos que nada veían en esa opacidad deletérea frenaban los imanes que guiaban a tientas nuestras manos inconscientes.

El hálito de Itzik estremeció mi labio; su vello electrizaba mi vello. Nuestros labios hipnotizados nos vencieron.

Desgarró mi labio con los dientes, y nuestras bocas se llenaron de sangre, y nos atragantamos de sangre. Rasgué su cuello con mis uñas y sentí gotas de sangre perlar entre mis dedos, y bebí esa sangre como si me perteneciera. Mi jugo oloroso a espinacas cocidas se extendió en el camisón, y unas gotas escapadas de la tela deslizaron sobre su vientre sin manchas. La vergüenza me ahogó; me prendí de sus labios otra vez para esconder mi sonrojo mientras apretaba rabiosamente sus hombros.

Nos hundimos así en la dulce carne del edredón en el que despertamos horas más tarde abrazados, los labios pegados, sin pudor alguno, erectos, dichosos, magnetizados, sobre el *ring* desprotegido de esa noche indestructible. Me dijo al oído "Stefan, *mon frère*" antes de sumergir su cara entre mis piernas y batirme de esperma desde la cintura hasta la frente.

Desperté muy tarde aquella mañana, solo en nuestra cama hipnótica. Cuando bajé a la cocina, el profesor Walecki me regañó: "Está bien por hoy, pero acuérdate que aquí la jornada empieza a las cinco."

Itzik lavaba trastes y me daba la espalda, y en todo el día no me dirigió la palabra, ni alzó los ojos hacia mí.

Trata, si puedes, de comprenderme.

Había ese viento. Un viento que se colaba por las rendijas del techo, sacudía las piedras que mantenían las tejas y, a veces, las precipitaba cuesta abajo. Los chillones resonaban en la habitación, la llenaban de fantasmas, emborrachaban nuestros cuerpos, deshidrataban nuestras mentes. ¿Esperábamos la salida de una luna?

Era como si una multitud inmensa de ánimas inhumanas llenase el cuarto con sus pasos y sus corredurías, etcétera.

Y ahí me perdí, etcétera.

Cuánto tiempo te esperé, *Niemowa Niemowię*. No sabes, Itzik, cómo me dolías, etcétera.

En Poronin, sólo dormíamos tres horas cada noche. A pesar de mis esfuerzos, no lograba concentrarme en las clases del profesor Walecki. Tú, Itzik, no me dirigías la palabra. Como si no existiera para ti. Te observaba de reojo de una punta a la otra de la mesa de la cocina que nos servía de pupitre por las mañanas. El profesor Walecki cubría el pizarrón de ecuaciones. Doblado sobre tu libreta, las resolvías en segundos. Decidí que, a pesar de las afirmaciones de Walecki, estaba negado para las matemáticas. Me preguntaba a qué había ido a Rogalin; a la vez, no podía imaginar no haber ido. Te observaba, Itzik, y mis dedos temblaban; el ardor me invadía, mis ojos se llenaban de lágrimas.

¡Otro día sin hablarme! Trato de rozarte cuando nuestros caminos se cruzan, y me evitas. Estiro con timidez la pierna bajo la mesa de la cocina, y acaricio tu rodilla con la mía. Retiras tu pierna.

Furioso, pido permiso de aislarme después de comer, en vez de ir a esquiar. De todos modos, está nevando, y no tengo ganas de salir. No quiero verte. No quiero estar cerca de ti.

Nuestro cuarto olía a sudor y a esperma. Olía a ti, Itzik Falken. Me senté en la ventana. Los vi alejarse. Esquiaban rápido hacia el río Dunajec. Justo antes de desaparecer en la neblina —¿lo recuerdas, Itzik Falken?—, volteaste hacia la casa y observaste nuestra ventana.

Luego regresas y escribes algo en la nieve con tu bastón. Escribes: "Estamos en esta selva remota, y aquí te amo."

Los copos de nieve borran las letras detrás de ti, etcétera. Tomo la resolución, entonces, de no demostrar más mis sentimientos; nunca más lloraré. Me siento feliz, y al mismo tiempo, estoy desamparado.

Itzik, no me diriges la palabra. No me miras. No existo. Cuando, por fin, nos retiramos en nuestro desván, te volteas para desvestirte. Te cubres con el camisón antes de quitarte los pantalones y te lanzas en la cama. Te provooco desnudándome frente a la chimenea, pero tú te volteas y "te duermes" enseguida.

"Despertamos" más tarde. Abro los ojos y encuentro a Itzik parado en la viga maestra, desnudo, meciéndose de atrás hacia delante al límite del equilibrio. Nos encontramos en el piso, rodamos sobre las duelas. Luchamos como gladiadores en una arena silenciosa. Itzik me dice al oído: "Así es como se aman los hombres." Lo miro, pero él cierra los ojos.

Amanezco con un moretón en el costado de un abrazo que fue como un golpe en las costillas. No aguanto más.

Me aguanto, me aguanto y me aguanto. Trago saliva. Me pincho la mano en la bolsa del pantalón, pero no le dirijo la palabra ni levanto la mirada hacia él —incluso y sobre todo cuando siento que me observa. Duermo en el piso, frente a la chimenea, arropado en mi pelliza. Me esmero en la cocina, sin embargo: como si fuera su esclavo lleno su vaso de *miód* apenas está vacío, le sirvo una doble ración de ciruelas en aguardiente.

Anoche, se acercó a mí. Se arrodilló a mi lado, y sin decirme nada, me abrazó. Así quedamos, frente a la chimenea, abrazados. Miré al piso, miré las llamas en la chimenea. Su contacto, a decir verdad, me estremecía. Traté de aguantar, pero sabía que iba a ceder. Dijo: "Stefan, mírame." Dijo: "No está bien, Stefan. No debemos hacerlo más. Stefan, te quiero como a un hermano, pero no debemos hacerlo más. ¿Me entiendes? Está mal." Luego me dijo: "Stefan, por favor, no me odies."

Lo miré a los ojos: se recostó contra mí, evadiendo mi examen. Apoyó las manos en mi cadera, pegó su mejilla a mi vientre como un cachorro abandonado.

Dejé que jugara entre mis piernas. No tenía nada qué perder. Fue quizá la última vez. Decidí amarlo. Luego lloré mientras me comía las uñas.

Iba a deslizarme bajo el edredón cuando alguien tocó en la puerta. Itzik se enderezó inquieto y me miró a los ojos. Oímos la voz del profesor Walecki: "¿Puedo pasar, o ya están dormidos?" Itzik: "Pase, profesor."

Walecki estaba parado en la puerta, abrigado en una piel de borrego, con la linterna de petróleo en la mano. Sus ojos brillaban detrás de los lentes redondos, en ese contraluz. Me dijo que quería hablar conmigo. Lo seguí en camisón, apenas cubierto de una manta, hasta el despacho del primer piso. La estufa gemía. Me ofreció una copa de aguardiente de manzana que acepté con gusto. Se sentó en el escritorio de Vladimir Illich con los codos sobre la madera, y encendió un cigarrillo. Me observaba fijamente acariciando los delgados pelos de su barbilla.

—Stefan, ¿qué le está pasando? Se comporta de modo muy extraño desde que llegó.

Senti cómo el brote de llanto me subía en la garganta. Estuve a punto de decirle la verdad, de contarle todo. Acepté: "No me siento bien. Usted me repite que soy dotado para los estudios, pero la verdad, no le creo. Soy una nulidad. ¿Cómo compararme con Itzik, tan aplicado, tan brillante, o con Bogdan, que resuelve todas las operaciones en minutos? No entiendo nada. No entiendo por qué me trajo aquí. Soy una nulidad, profesor Walecki, y su voluntad no me cambiará. Quiero ser poeta, aunque eso no sirva para nada."

Walecki alzó los hombros. "No sabes lo que dices. Te conozco, te he estado observando todo el año. Ahora bien, desde que llegamos aquí, no eres el mismo." Luego: "Tengo grandes planes para ti. Pero tienes que confiar en mí."

Cuando regresé a nuestro cuarto, Itzik estaba sentado en la cama, fumando. Me lanzó una mirada ansiosa. "¿Qué quería?" Luego: "¿Le dijiste algo?"

Ahora estoy frente al Itzik perspicaz, al inquisidor sobre su guardia. "¿Y tus crisis de somnambulismo?" Luego: "Eres incapaz de darme la cara, Itzik. Incapaz de amar."

No me respondió. Se volteó y abrazó las almohadas, arrimó el edredón sobre la nariz y cerró los ojos.

No le iba a dar el gusto de llorar. Decidí odiarlo.

Le escribí una larga carta a mi madre, pero cuando le pedi al profesor Walecki que la llevara al correo, me preguntó de qué trataba. Como le dije que era un relato de nuestras conversaciones sobre la postura de Luxemburgo ante la "cuestión polaca", y de sus planes de enviarme a estudiar en la Escuela Militar Especial del general Żbikowski, me dio una ligera bofetada en el cachete y, sin dejar de sonreír, me dijo: "Regla número uno, acuérdate: Nada personal", y tiró la carta en el calorifero.

Para complacer a nuestros caseros, el profesor Walecki nos lleva a la misa de gallo en Zakopane. Tikhomirnov conduce el trineo a través de la noche. Vamos cruzando otros trineos iluminados por sus quinqués. Las calles de Zakopane se llenan del tintineo de las sonajas. Las fuentes están heladas, y parecen monstruosos iglúes en medio de las plazas. Itzik agarra mi mano bajo el cobertor y la aprieta entre sus piernas. "Es la primera vez que voy a misa. Tienes que explicármelo todo, Stefan."

Descubro una exacerbación en los ojos de Itzik en el momento de la Ascensión que me recuerda la manera en que desenaja las órbitas y abre la boca al venirse entre mis brazos. Reconozco la "persona mística" de Itzik Falken: desde ese momento comprendo la persona unidimensional de Itzik Falken, entregado a cualquier forma de obcecación, que hasta entonces sólo ha tenido la forma de una indiferente autoridad, de *ausencia vigilante*, que le permite controlarse en cualquier situación y someter así a sus padres y a sus hermanos, a sus maestros, a sus jefes. Y a sus amantes.

Supe entonces que lo había perdido. Se entregaría, sí, pero su "alma" siempre estaría en otra parte, planeando guerras, organizando crímenes, fabricando héroes, inventando ceremoniales. "*Despote nonchalant*." Me dio miedo. Me estremecí, no sé si de frío o de espanto, pero no pude dejar de adorarlo.

Lo leo en sus ojos en el momento de la Ascensión, cuando levanta una mirada extática hacia el cáliz de oro refulgente en la luz vaporizada por el incienso de miles de quinqués y cirios encendidos; en el tremor del *Hosanna in excelsis*... entonado por cientos de voces confundidas en la parroquia de Zakopane.

Un iceberg me cae encima, hundiéndome en un océano gélido, y quiero refugiarme en aquel "otro" Itzik que dejó de existir: el que yo inventé a lo largo de ese año. Tiritando, me le acerco y siento cómo pasa su brazo por encima de la banca y me atrae hacia él, protector. Arrodillados, le voy dictando la letra de los cánticos, que repite mirándome a los ojos.

El profesor Walecki nos ofreció una botella de vodka después de la misa de gallo, y brindamos ante la fotografía de Vladimir Illich. Luego, bajo el

edredón que había sido de Krupskaya, Itzik me pidió que lo penetrara; se arrojó en la cama y dirigió mi pene hasta engullirlo totalmente, susurrando: "Sí, soy tuyo, tuyo, tuyo, Stefan, tuyo." Luego: "Stefan mío." ¿Quién es de quién?

Itzik y yo nos escapamos mientras el profesor Walecki se despide de Tikhomirnov y del doctor Ganiecki en la estación de Zakopane. Detrás de la sinagoga, encontramos un barbero judío; sin hacer preguntas, nos afeita el cráneo con un escalpelo. Luego nos pone compresas calientes que huelen a colonia y a anís. El fotógrafo de los turistas, en la plaza de Zakopane, nos toma unas placas deslavadas, en las que nos abrazamos frente a la fuente congelada. Sin mis rizos negros, me parezco más a Itzik, y él se parece más a mí, aun cuando sigue tratando de alzar el —ahora imaginario— fleco. Tenemos casi la misma estatura, la misma corpulencia; si me pongo la *jarmulka*, parezco más hebreo que él. Riéndonos, intercambiamos nuestra ropa en el vestidor de la fotografía.

El profesor Walecki nos ve llegar a la estación, y se confunde. Es la prueba de fuego. Bogdan y Krzysztof acarician nuestros cráneos pelados, burlándose de nosotros, aunque en el fondo nos envidian.

(Semanas después, ellos también se raparon y ese distintivo, a través de los años, nos ha unido: "Los Pelados de Walecki", luego sencillamente: "Los Pelados". En la jerga de la *us*, la policía secreta de Piłsudski, un "pelado" es un nuevo recluta, un novato encerrado en los túneles del Belvedere, sufriendo sobre un código secreto falso a manera de prueba.)

En el tren que nos lleva de regreso a Poznań, Itzik y yo nos sentamos juntos. Bogdan Dziegiel, Krzysztof Górny y el profesor Walecki están frente a nosotros en el compartimiento. Nos une un pacto de silencio pero, como estamos solos, Walecki aprovecha para aleccionarnos una vez más. Bajamos del tren en la estación de Nowy Targ. En el quiosco de refrescos, Itzik me dice: "Esto es el fin, Stefan, tenemos que separarnos. No podemos seguir haciéndolo." Luego: "Sabes algo: te voy a extrañar." Luego: "Pero así no se puede."

Por supuesto, le digo que sí. Nunca he podido negarle algo (y ni siquiera ahora, puedo negarte algo, *fripouille*).

Reclinado en la banqueta, con las manos en los bolsillos, cerradas como concha sobre mis testículos como para protegerme de la mirada de Itzik Falken, miro los bosques desfilan por la ventanilla hasta que llegamos a Poznań y me recoge la sonrisa triste de mi madre.

Las primeras semanas del año 1921, para mí, fueron como una estancia en el último círculo del Purgatorio, a la vez atroces y magníficas.

Recuerdo que la pasábamos amontonados en la trastienda de la taberna de Witwe May, en el Mercado Viejo. Era una pieza en desnivel, una antigua bodega de alimentos, arqueada, estrecha, mal iluminada. Apestaba a tabaco viejo. Ahí se reunía, dos veces por semana, la célula comunista de la fábrica del gas urbano; el resto del tiempo, era nuestra guarida secreta. Éramos seis muchachos entre dieciocho y veinte años, y nos sentábamos alrededor de una mala mesa de madera analizando pilas de documentos

incomprensibles, proyectos estratégicos de batallas ya libradas, criptogramas simples, de doble o triple nivel, sustituciones homofónicas, fórmulas de encubrimiento.

Maxim Walecki presidía aquella hermandad secreta. Llegaba del Instituto de Matemáticas cargando cajas de papeles, nuestra faena del día. Eran mensajes ya viejos y manoseados, garabateados a lápiz entre líneas, anotados al calce. Una de nuestras tareas consistía en revisar ciertas interpretaciones, basadas en hechos ya divulgados, para aprender a discernir en qué medida los criptógrafos habían logrado desviar la atención del "fondo" del mensaje. Pasamos horas enteras revisando el caso célebre de la nota del ministro Zimmermann al embajador de Alemania en México, en la que le prometía al presidente de aquel país la luna, Texas y California, a cambio de protección para los *U-Boots* que saldrían de las profundidades marinas para bombardear Nueva York. El "mensaje Zimmermann" había precipitado el fin de la guerra, no tanto porque cambió el rumbo de la Historia, sino porque Alemania perdió ahí a algunos de sus mejores aliados. Aquellos informes no sólo despertaban fantasías a la manera de Karl May, nos abrían una certeza que el profesor Walecki remachaba: "Las próximas guerras no se librarán en las trincheras, en los océanos o en los cielos, sino en las instalaciones subterráneas de los departamentos de transcripción." Nos preparábamos pues para ser estos héroes del futuro.

Trabajábamos con ganas en la *Chiffriermaschine*, "la máquina de escribir secretos". Era una variante comercial, eléctrica, de la máquina de Koch que sólo fue presentada en público durante unos días y pronto "retirada" de circulación. No sé cómo Walecki le habrá hecho para conseguirla, pero era nuestro tesoro, una joya tecnológica. Fue uno de los primeros modelos equipados con veintiséis rotores conectados al teclado; las conexiones en sí eran prodigiosamente complejas y Bogdan, nuestro "jefe de ingenieros", pasó muchas noches desmenuzándolos hasta penetrar sus arcanos. Luego aprendió a modificarlos y adjuntó las series de conmutadores que despistaron a los criptógrafos del Biuro Szyfrów del general Stanslicki, y ahora han sido adoptados en todas partes.

Las matemáticas, por fin, le daban sentido a mi vida pero mi vida no podía ser más rutinaria y por ello, quizá, no tengo recuerdos muy precisos de estos meses. Después de clase, entrenábamos durante tres o cuatro horas en el gimnasio del Colegio Menor. Luego, corríamos a nuestra guarida del Mercado Viejo, de la que salíamos a las diez de la noche. Algunas veces, nos teníamos que quedar hasta más tarde, hasta la una o dos de la mañana. Mi madre desempeñaba bien su papel de cancerbero: bajo pretexto de sempiternos exámenes, me autorizaba a estudiar "en casa de los Falken" hasta la medianoche, y sólo fingía regañarme cuando "se me hacía tarde" y me quedaba ahí a pasar la noche sin haberle hablado por teléfono.

Itzik y yo, en apariencia, seguíamos siendo "inseparables enemigos" compitiendo en gimnasia, arrebatándonos décimas de segundos en los cien metros, tratándonos con esa fachada de desapego que nos permitía la disciplina del Colegio Menor y el trato protocolar de nuestra cortesía

polaca. Algo había cambiado, por supuesto, desde nuestro regreso de Zakopane. Vivíamos al borde de una fractura que, creo ahora, ambos tratábamos de eludir porque revelaría el ímpetu, el ardor que nos devoraba. Los primeros días fueron diabólicos: nos encontrábamos, electrizados, en los corredores del colegio, sentados uno al lado del otro en el salón, frente a los lockers del gimnasio y, por supuesto, en la bodega secreta del Mercado Viejo. Pero no nos "reconocíamos".

Mejor dicho, Itzik no me reconocía.

Deseos, siempre insatisfechos, me abrasaban. Intentaba alejarme de Itzik, sin lograrlo puesto que habíamos construido nuestra rutina desde meses atrás para estar constantemente juntos. Me encerraba, a escondidas, en las letrinas, durante las clases, y me masturbaba una y otra vez, tratando de serenar, aunque fuera por unos minutos, mis sentidos ofuscados. (Descubrí más tarde que Itzik hacía lo mismo, en un desván oculto del colegio.) Yo no rompería el pacto firmado en el quiosco de refrescos de la estación de Nowy Targ. Itzik, tampoco. No tenía con quién hablar, no podía hablar, e Itzik, definitivamente, no me hablaría. Mi secreto era un tesoro caro. Mi infinita soledad se convirtió en círculo vicioso.

Traté de acercarme a Ruth Falken. Desde tiempo atrás, desde nuestro regreso de Poronin, sentía mudos reproches en sus ojos. No sabía si atribuirlos a sus celos por mi complicidad con Itzik, o a un amor desesperado. La invité a un paseo por el herbario del parque Wilson. Caminamos tomados de la mano bajo las vidrieras empañadas de rocío tropical, leyendo los nombres de los cactus. Hablamos de Itzik, por supuesto; de lo que Itzik pensaba de mí. Fui descubriendo que me consideraba un "simpático burgués" empeñado en convertirse en "intelectual de izquierda orgánico"; ese "proceso dialéctico" me permitiría quizá llegar a ser algún día un "buen comunista". El rubor me subió a la cara. Solté la mano de Ruth y, por supuesto, abandoné la idea de "confiarle mi secreto". No entendí, en ese momento, que Ruth Falken buscaba así, si no separarme de Itzik, afirmar su preeminencia sobre mí. Lamento ahora que no haya sido más directa, más clara, conmigo. Me hubiera quizá inclinado hacia ella; me hubiera permitido transponer mis emociones; pero Ruth, aunque sin malicia, seguía el juego de su hermano y era, como yo, incapaz de confrontar la "verdad oculta" que nos ataba unos a otros.

Itzik desarrolló en esos meses una nueva especie de malicia, un "cinismo de izquierda" ajeno hasta entonces a nuestra provincia, pero que se hizo común en esos años. La misma mística de profundas raíces hasídicas que vislumbré en el fondo de sus pupilas en la parroquia de Zakopane, sólo que adherida ahora a un dogma: lo único moderno, el invento del siglo XX, es el comunismo. Tal y como lo veo ahora, no era comunismo, menos aún marxismo, sino bolchevismo en estado puro; bolchevismo de "primera etapa", resbaloso porque se basaba en un axioma: si se pudo en Petrogrado, se puede en Varsovia (o en Berlín, o en Shangai, o en Buenos Aires...). Itzik no tenía conexiones con el bolchevismo original, como mi madre o como Maxim Walecki. Todo lo aprendió en las páginas de *Pravda* o de *Die Rote Fahne*, y se convirtió en uno de estos "dogmáticos orgánicos" que más tarde tuve que aprender a temer.

Yo no lo sabía aún, pero ya me era claro que Itzik manejaba un doble —o quizá un triple— lenguaje y, por supuesto, me repugnaba como me repugnaba la época que estaba viviendo, esa posguerra más cruel aún que la guerra, durante la que todo lo que no fue destruido por los cañones, los tanques y las ametralladoras volantes, se fue derrumbando a fuerza de discursos pretendidamente racionales.

Creo que aprendió a detectar los límites de mi paciencia: fueron momentos misteriosos, imprevistos. Breves encuentros de insólita, o tal vez debería decir, de absurda violencia. Me dejaban, sin embargo, despedazado, en jirones. Cuando me "permitía" estar cerca, me sometía a sus "caprichos morales"; el resto del tiempo, lo odiaba y esperaba no volverlo a ver nunca. Me volví insaciable: era mi manera de vencer el círculo vicioso de ascetismo y castidad que me imponía Itzik Falken.

Más de una vez, Ruth Falken, seductora, provocó arteramente aquellas inopinadas citas. Inventaba inexplicables paseos familiares, dejándonos solos en el departamento del 10 de la calle Szamarzewskiego.

Todos los días lo mismo: clases por la mañana, entrenamiento por la tarde, series de números cada vez más intrincadas, transposiciones cada vez más poéticas... Fuimos aprendiendo a leer en clave, detrás de la poesía de letras sin sentido aparente, pero llenas de misteriosas consonantes que nos guiñaban; y se nos volvió automático: al límite, hubiéramos podido desconectar la *Chiffriermaschine*, y seguir cifrando nuestros sentimientos: JBMV IKGWB WUKK FH JFLN OUAXQ JEJ NC Y MEYT. ¿Cuántas veces escribí NC Y MEYT, NC Y MEYT, sin el apóstrofe que todo lo hubiera destruido: ZOYST, NC Y MEYT. Apenas si teníamos tiempo para comer; rara vez salíamos a balles o paseos dominicales con nuestros compañeros del colegio, aunque sí no perdíamos ocasión de descorchar una botella de vodka en la taberna de *Frau May*, que empinábamos con los codos en la barra, después de que se iban sus clientes habituales, y ahí nos peleábamos, por argumentos teóricos al principio, y luego por asuntos más graves que nos llevarían, por un lado, a un punto de ruptura y, por el otro, nos exigirían cumplir unas primeras, intrépidas, misiones secretas. La puerta del ansiado heroísmo.

Itzik y yo "nos reconciliamos", finalmente, al cabo de unas semanas, gracias a la política.

Insidiosa, la política invade todos los intersticios de mi vida en esta primavera de 1921, y opaca todo lo demás. En casa de los Falken, Itzik y Ruth se pelean por asuntos tácticos: "Forzar la Revolución a punta de bayonetas" o crear acciones comunes a la causa obrera, ejércitos de obreros armados en las fábricas. El doctor Falken participaba en las conversaciones: asqueado por la actitud cada vez más chovinista de los socialdemócratas (socialpatrioterros, los llamaba Luxemburgo) se afilió a la *Wydział*, la sección judía del PPS.

Hasta mi padre hizo en esa época un intento de voltear la casaca una vez más, al imaginar para los fósforos *Swarzędz* un nuevo mercado en territorio bolchevique. Pero yo, boy-scout de la guerra subterránea que nos promete el profesor Walecki, ya estoy "regenerado". Mi héroe es Radek, como Max Holtz es el de Itzik Falken.

"Polonia siempre será una dependencia de Rusia", escribió Rosa Luxemburgo, "es la barrera que impide que las ideas soviéticas penetren al Oeste". Se había equivocado, como se equivocó cuando afirmó que la *intelligentsia* polaca sería incapaz de conseguir la independencia y de reconstruir su nación. Itzik replica: "Tu nación polaca es un regalo de Wilson y los capitalistas americanos que derrotaron a Alemania." Sostengo que el "internacionalismo" de Luxemburgo no es incompatible con la idea nacional. Peco quizá de "infantilismo", pero sigo a Radek: "Polonia debe dejar de ser un muro protegiendo Europa de Rusia, debe ser un puente entre Rusia y Alemania."

Itzik Falken, el "dogmático pasional", se alinea con las ideas del profesor Walecki. ¡Cómo me irrita cuando se alza sobre su silla, con el puño en alto, declamando frases recogidas en *Die Rote Fahne* (y traducidas al polaco, por cierto, por mi madre, Justyna Darluszowa)!

Las posiciones de Rosa Luxemburgo ante la cuestión polaca eran nuestra manzana de la discordia en esta fase "teórica" de nuestro aprendizaje, porque nos situamos a partir de ellas, y nos servían, quizá, para ocultar diferencias más profundas que explotaron el día de mi aniversario.

Frau May descorchó una botella de vodka aromatizado acompañado de papas a la mantequilla, pero olvidamos el motivo de este brindis: huelgas en las fábricas del norte de Italia, huelgas en Petrogrado, huelgas en las minas de la Dąbrowa y en Cracovia, huelgas en Stuttgart y los suburbios de Berlín, en los astilleros de Hamburgo... Nuestros corazones vuelan al socorro de la Revolución; leemos, en la prensa burguesa de Alemania, las hazañas de Holtz y su pandilla que asaltan bancos, descarrilan trenes, secuestran industriales, fuerzan las puertas de las cárceles. Nos unimos al Comité Revolucionario de Kronstadt para instaurar la libertad de prensa, "elecciones secretas", la abolición de la leva obligatoria, y no recuerdo qué tantas otras cosas. Repasamos los billetes que los aviones rusos desparraman sobre las ciudades polacas: "¡Basta con el comunismo de guerra!", "¡Abajo con la burocratización!", "¡El poder a los sóviets, no al partido!"

Me peleo con Itzik sobre cuestiones de táctica: los métodos terroristas de Holtz devastan el "espíritu" de la Revolución.

Dice: "Lenin y Trotsky no esperaron todas las condiciones para lanzar la insurrección." Dice: "Hay que aprovechar momentos propicios." Luego nada. Devoramos los periódicos de Moscú, y nada.

Un periódico, en Francia, menciona que unos cuantos miles de "refugiados" del Kronstadt cruzaron a pie los témpanos del Golfo de Finlandia, y fueron internados en Vyborg. Se lo muestro a Itzik; me sonríe y alza los hombros.

Die Rote Fahne se explaya, intenta justificarse. Moscú envía mensajes contradictorios. El momento sí era propicio, pero la larga espera permitió a Luddendorff preparar la contraofensiva. Holtz está en la cárcel. Los cuadros de la Revolución alemana, en fuga. Klara Zetkin ingresó al Reichstag. Los periódicos burgueses están llenos de fotografías de muchachos acribillados

en las calles de Hamburgo. Muchos visten como nosotros, rapados, con la *rubashka* amarrada sobre el pantalón con una cinta de seda. Algunos llevan aretes. Trotsky se exime de la masacre del Kronstadt. Lenin se exime de toda responsabilidad en la insurrección de Hamburgo.

En los vestidores del gimnasio y en nuestras carreras a través del parque Mickiewicz, en el cine Apolo, en el intermedio de película, en la barra de *Frau May*, frente a un *bois* de vodka, incluso durante las clases, pasándonos papellitos cifrados (NC Y MEYT, en clave de 18) bajo el pupitre, Itzik y yo nos peleamos. No pierdo una ocasión de reprocharme mis dudas. No pierdo una de hacerle sentir que "Moscú quiere cadáveres."

Una tarde, llegamos a los puños. En el último instante, algo le hizo retroceder y recibió mi golpe en plena cara. Un chisguete de sangre salpicó la *rubashka* amarilla. Lo vi partir, cabizbajo, con el pañuelo en la boca. No volteo, y siento que esto nunca debió suceder.

Ruth me habla por teléfono, para decirme que Itzik no quiere volver a verme.

El fracaso de la Revolución alemana reafirmó la decisión de Maxim Walecki. Nos iba repitiendo: "Error de Moscú o error de Berlín, el caso es que esto no debe suceder más. De ello depende el futuro del comunismo. Chicos, a trabajar."

Francis Gernlick era un desgraciado. Nunca me había fijado en él. Era pálido como una reseda, tenía una larga nariz, quizá el único rasgo interesante —aunque horrendo— de toda su personalidad, y un mentón huido que trataba de esconder bajo una rala barbita rubia. Me abordó una tarde a la salida de clases, y juntos cruzamos el parque Mickiewicz. Aprovechando una oportunidad en la conversación, mencionó a Itzik. Dijo: "Tu amigo Itzik."

Dije: "Itzik nunca fue mi amigo." Miré a Gernlick, y le dije. "Itzik no es mi amigo."

—Tu devoto, entonces —respondió Gernlick.

Sonreía con sorna. Debí ver un ceño de preocupación en mi frente, porque desvió la mirada, y se fue apartando de mí en unas cuantas zancadas. Corrí tras él, lo agarré del brazo.

Trató de alejarme de un codazo pero lo sujeté del cuello. "¿Qué te pasa?"

—Nada, nada me pasa...

Y luego: "Es que..."

Miraba al suelo, las puntas de sus zapatos.

—Gernlick, me tienes que decir.

—Me llamó Francis. Franz.

—¿Qué está pasando, Franz Gernlick?

—Quiero ser tu amigo, Stefan Leonard, tu devoto... Como Itzik. Mejor que Itzik.

Me miraba con ojos de ardillita asustada. Pero fui cruel. No podía soportar la profanación de mi pacto con Itzik, y menos de parte de ese muchacho demacrado, de nariz corva, profundas ojeras, y una barbilla blanda que denotaba su cobardía. Itzik y yo nos gastábamos en deportes, entrenamientos, acrobacias, pesas; nos hundíamos en lecturas marxistas; nos preparábamos a una "vida en común en un mundo nuevo".

—Quién sabe qué andan maquinando. Van y vienen juntos.

Desaparecen juntos. Se visten igual. Los dos andan rapados. Son la burla del colegio.

Horrorizado, levanté la mano. Francis Gernlick tuvo tiempo de agacharse y se echó a correr a través del parque.

Tenía que privar a Franz Gernlick de toda posibilidad de chantaje. Al día siguiente, fui a decirle que sí, que quería ser su amigo.

Gernlick escupió una especie de risita de triunfo y sus labios enrojecieron de repente. ¿O acaso era la incredulidad? Supe, creo, que ya desde ese momento, había perdido esa batalla.

—¿Sí?

—Sí, Franz.

—Lo tienes que demostrar, Dąbrowski.

—Sí, Franz, te lo voy a demostrar.

Gernlick me dijo: "Al salir de clases, me vas a esperar. Hoy me toca limpiar los pizarrones. Tardaré veinte minutos o una media hora. Cuando salga, ya no habrá nadie en el colegio. Te enseñaré algo."

Ya oscurecía cuando Gernlick apareció en el pórtico. Me hizo una seña y volvió a entrar. Cuando llegué al pie de la escalera, no había nadie en el vestíbulo. Escuché su voz: "Sube... Estoy en el tercer piso."

El corredor estaba a oscuras con la excepción de una rendija en un pasadizo generalmente cerrado con llave que permitía el acceso de los desolladores al techo del colegio. Gernlick me esperaba ahí, sentado en un escalón.

—Cierra la puerta. Corre el pasador.

Obedecí.

Dijo: "¿Nunca entraste aquí?"

Me dijo: "Chúpamela como se la chupas a Itzik Falken." Se desabrochó el cinturón.

—Yo no se la chupo a nadie. Ni a Itzik Falken ni a ti ni a nadie.

—No mientas, Stefan Leonard.

—No miento.

—¿Qué hacen, entonces, cuando se encierran en las regaderas?

La vergüenza empezaba a intimidarme. Temía que, a pesar de la oscuridad, Gernlick se diera cuenta de mi inquietud. Traté de afirmar la voz pero lo que salió de mi garganta fue un parco: "Nada. ¡En las regaderas, nada!" (Lo cual era cierto.)

Se me ocurrió algo; era absurdo, arrogante; era una delación y tendría graves repercusiones, pero fue la única coartada que se me ocurrió. "Quieres que te diga, Franz, pues hablamos de filosofía."

—¿De filosofía?

—Sí, Franz, de filosofía política. Estudiamos marxismo. Formamos parte de una hermandad secreta que prepara la Revolución bolchevique en Polonia. Eso es lo que pasa. ¿Estás contento?

(Me odié a mí mismo desde el momento en que pronuncié estas palabras. Sentí la mirada de Itzik en mi espalda; sentí su desprecio por el "simpático burgués" que nunca llegaría a ser "comunista orgánico".)

—¿En las regaderas del salón de gimnasia? ¿Marx en los vestidores de la alberca de Schilling? ¿Y en los bosques de Solacz? ¿Y cuando andan tomados de la mano en la última fila del cine Apolo?

—¿Gernlick, me has estado espiando?

—No es necesario espiarte, Dąbrowski. Todo es tan evidente. Desde que llegaron de Zakopane rapados...

Se había levantado y el pantalón le cayó abajo de las rodillas. Se acercó bruscamente y me puso la mano en el hombro. "¿No me vas a golpear, verdad, Stefan Leonard Dąbrowski? Tú no me vas a golpear como golpeaste a Itzik Falken..." A pesar de mi rabia, accedí: "Franz, nunca te voy a golpear."

Se arrimó contra mí. No pude disfrazar el temblor que recorría mi espalda, el sudor frío que resbalaba en mis sobacos.

—Estoy tan celoso, Stefan Leonard, tan celoso de tu amistad con Itzik. Te quiero tanto, te admiro tanto... Los admiro tanto. Pero ustedes ni siquiera se dan cuenta de que existe el mundo a su alrededor. Viven el uno para el otro, se miran el uno al otro, todo el tiempo, cada vez que están juntos... Estoy tan celoso, Stefan Leonard.

Gernlick agarraba mi mano y me obligaba a cerrarla sobre su pene. "Ayúdame", me susurraba al oído, "¡Ayúdame, por favor!"

No le ayudé esa vez. Se masturbó de pie, pegado a mí. No vi ni sentí nada que no fuera el sofocón sincopado. Tardó mucho. Percibí la tibia secreción sobre mi mano, y la restregué contra su loden.

Caminamos juntos unas cuerdas, en silencio. Antes de separarnos en el puente Teatralny, me dio un rápido beso en la mejilla. "No se te ocurra decirle nada a Itzik —balbuceó antes de despedirse—, tú sabes cómo te rechazaría...", y fue hacia San Lázaro.

Pleno ahora que las emociones me turbaron. Me daba asco a mí mismo, Gernlick me daba asco, las ausencias de Itzik me daban asco. Estaba a unas cuantas cuerdas apenas de la casa de los Falken y, en esta vergüenza que me causaba mareo, decidí pasar a ver a Itzik. Al fin y al cabo, es mi amigo, mi único amigo, mi cómplice. Me va a comprender. Necesito limpiar mi delación, es la única manera de cortar el camino a Gernlick.

Acaso Itzik me estaba esperando, porque ni tuve tiempo de tocar: abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí?

Se lo conté todo, en tres frases entrecortadas, de pie en la puerta del departamento de la calle Szamarzewskiego que Itzik bloqueaba con el brazo abierto.

—¿Cómo te atreves a contar nuestras cosas?

Luego: "Nadie, me entiendes, nadie jamás debe enterarse de lo que tú y yo hacemos... De lo que hemos hecho. Y ahora te largas de mi casa, y nunca vuelvas aquí sin estar invitado."

La advertencia de Franz Gernlick fue innecesaria: Itzik ya no me hablaba. A pesar de los mensajes que deslizaba en la rendija de su locker, a pesar de nuestros mutuos pactos, ya no nos vimos en violento secreto.

Itzik cambió, sin avisarme, el horario de sus entrenamientos, y ya no coincidimos en los vestidores del gimnasio ni en la piscina de Schilling.

Las veces que, desertando de una clase, lo esperaba fuera del colegio o bien, como acostumbrábamos, en el parque Mickiewicza, tomaba la otra acera, caminaba hacia la Fredry, se perdía entre las familias que deambulaban frente al Palacio, o fingía estar charlando con alguna muchacha y pasaba delante de mí sin siquiera saludarme ni levantar la vista. Había dejado de existir.

Ruth tampoco contestaba mis llamadas telefónicas.

Dejé de dormir. Pasaba largas horas tirado en mi cama, sudando frío bajo el edredón, mirando las manchas de humedad del cielo raso, contando las flores del papel tapiz, soñando en las mil maneras de congraciarme con Itzik.

Yo también cambié los horarios de mi entrenamiento. Itzik esperaba probablemente alguna estratagema de esta clase, y no se inmutó cuando me vio en los vestidores, agresivamente desnudo, mirándolo a los ojos. Pasó delante de mí, desnudo también, charlando animadamente con su equipo de remo. Como si ya no existiera. Empecé a vigilarlo.

Yo espiaba a Itzik Falken, y Franz Gernlick me espiaba a mí.

Lo esperaba escondido detrás de la letrina de la Yeshiva de la calle Szamarzewskiego, casi frente a su balcón, o en el arco de un edificio vecino. No tenía manera de justificar mi presencia durante tanto tiempo en una calle tan poco frecuentada como la Szamarzewskiego, entonces me inventé una "profesión" —mi primer disfraz—: compré una tela, una paleta y unos crayones en la librería de Szczerbiński, y me senté con el lienzo sobre las rodillas, copiando más mal que bien las arboledas del Zoológico. Manchas verdes reminiscencias de arboledas concéntricas a la Tytus Czyżewski, el pintor extravagante que mi madre frecuentaba en secreto. Me salía sin demasiado esfuerzo. Se me acercó una niña con trenzas y blusa de cuadros; vino a sentarse a mi lado sin decir palabra, mirando los trazos de mis crayones. Luego, trajo su propio cuaderno y, en la misma posición, copió mi dibujo —con más gracia, quizá.

Si no había nadie en la calle, ni veía que me estuvieran observando detrás de las cortinas, simplemente me quedaba viendo la puerta del 10 de la calle Szamarzewskiego, mi obsesión.

Vi salir a Ruth, del brazo de su padre, charlando muy animada.

Vi cómo Iakov y Moshe paseaban a su abuela por el Zoológico, empujando la silla de ruedas.

Vi pasar a rabí Goldman, con los ojos enrojecidos de tanto repasar sus filacterias.

Por fin, vi a Itzik, irreconocible en pantalones de lino blanco, zapatos de dos colores, un saco en el hombro, la camisa de seda gris abierta y el *canotier* coquetamente deslizado hacia atrás. Ruth lo seguía. Caminaba meneando un largo abrigo gris con cuello de armiño. Llevaba un discreto maquillaje, los pómulos rosados, una boca redondeada de lápiz carmesí, un sombrero en forma de campana, un collar de perlas en el cuello. Pensé que podría ser una actriz del teatro. E Itzik, ¿su chofer?

Avanzaron hacia mí y temí que me hubieran visto, pero doblaron en la Wawrzyniaka, rumbo al Teatro Nowy. Aventé el lienzo, la paleta y los crayones por encima de la barda, y fui corriendo hacia la esquina, pero

ya habían desaparecido. Llegué a tiempo a la Dąbrowskiego para verlos meterse en un Panhard & Levassor blanco.

El sol aún estaba muy alto, y tomé el tranvía 4 en la Dąbrowskiego, frente al teatro, para ir al Mercado Viejo y emborracharme solo en la taberna de la Witwe May. Franz Gernlick subió al carro en la primera parada de la Fredry. ¿Qué haría a esta hora en un tranvía vacío? Supe de inmediato que me había estado vigilando; me vio perseguir el Panhard & Levassor, me vio llorar frente al Teatro Nowy, bajo la marquesina que anunciaba el estreno de la versión cinematográfica de *Las mil y una noches de Arabia*, de Feska, con Max Reinhardt, Pola Negri y Paul Wegener, y me vio subir al tranvía... Él mismo, de alguna manera, se delató, deliberadamente quizá. Después de saludarme, me miró fijamente y dijo: "Acabo de ver pasar a tu amigo Itzik Falken..."

—No es mi amigo —repetí mecánicamente.

—... Iba en un Panhard & Levassor, el Panhard de Pola Negri. Paul Wegener iba manejando, Itzik estaba sentado a su lado.

Me le quedé viendo. Luego:

—Están en el Hôtel de Rome. Si quieres, vamos a tomar una cerveza y ahí los encontraremos.

—¿El Hôtel de Rome? No nos van a dejar entrar.

—A mí solo, no. Pero contigo, seguramente sí. Aunque sea por guapo.

(Fue la primera vez que alguien me dijo que yo era guapo; no presté atención al comentario en el estado en que me encontraba.)

Alcé los hombros, pero bajamos en la plaza Wolności y fuimos al restaurante del Hôtel de Rome, y efectivamente nos dejaron entrar, nos dieron una mesa en el patio bajo los tilos y nos sirvieron cerveza y, efectivamente, a los pocos minutos, apareció Itzik Falken entre Max Reinhardt y Pola Negri, y Ruth los seguía del brazo de Paul Wegener y de la mano de Asta Nielsen.

Aún ahora no lo puedo creer. Era como si la mitad de la Friedrich Straße se hubiera aparecido en nuestra Poznań provinciana. ¡Vanina en el Hôtel de Rome! ¡Y del brazo de la Negri! Los violinistas en el estrado dejaron su *bock* de cerveza y tocaron *Valencia*.

Muchos consumidores llenaban las mesas del restaurante esa noche, con la esperanza de ver a nuestra máxima actriz en su visita a nuestra ciudad. Pola Negri saludaba, firmaba autógrafos. Aparentaba estar en su casa en el patio del Hôtel de Rome. La gente se levantaba a su paso, le hacía caravanas, le besaba la mano. Ella intercambiaba miradas cómplices con algunos hombres, susurraba misterios al oído de Reinhardt. Miraba a Ruth. La tomaba de la mano. Llamaba a Itzik que seguía a prudente distancia, y lo presentaba a sus admiradores. Sin los espesos maquillajes del Golem, Paul Wegener se veía más viejo que en las pantallas, pero a pesar de las finas arrugas en los ojos y una nascente calvicie, el Estudiante de Praga seguía conservando esa mirada infantil, esa *naïveté* del adolescente que entregó su reflejo al diablo por los ojos de una mujer. Era muy pálido, de cutis casi transparente, en contraste con sus cejas negras, el cabello liso, negro azulino, la barba cerrada, el pecho —que le gustaba enseñar en el escote de la camisa abierta bajo la corta corbata— muy

velludo. Parecía intimidado por las miradas que le lanzaban de todas las mesas, en la terraza y el interior del café. Asta Nielsen le puso la mano en el hombro.

Ideales andróginos, Itzik y Ruth se tomaban de la mano y se miraban el uno a la otra. Gernlick empezó a carcajearse. Se apoyó familiarmente en mi hombro. "Ahí lo tienes, preparando la Revolución bolchevique."

Los actores tardaron casi diez minutos en recorrer la terraza y llegar a la mesa que tenían reservada cerca del estrado. Por supuesto, en un momento dado, Itzik me descubrió. Debo escribir: nos descubrió.

¿Nuestras caras conocidas fueron su salvación? Dejó a Pola y Wegener discutiendo, y en dos zancadas estaba frente a nosotros. En su excitación, olvidó su hostilidad, aunque la recordó en el momento de tenderme la mano. Percibí en sus dedos una corriente eléctrica. Algo fugaz cruzó por su mirada.

Recobrándose, nos observaba alternativamente a uno y otro. "¿Qué hacen aquí?"

—Tú sabes, no podíamos dormir, entonces dimos una vuelta —respondió Gernlick con un aplomo que me dejó sorprendido (no le había dicho nada de mis insomnios).

Itzik iba a decir algo. Por la manera en que nos veía, supuse que sería algún comentario cruel sobre mi "amistad" con Gernlick, pero Paul Wegener se presentó en ese momento en nuestra mesa, me miró con detenimiento de arriba hacia abajo. "¿Itzik, no me vas a presentar a tus amigos?"

Gernlick me dio un codazo de triunfo cuando el actor nos invitó a pasar a la mesa de honor. Champagne, bordeaux, patés de liebre, ciervo, con su acompañamiento de alubias, una *bavaroise* que Monsieur Bit (pronúnciese "Bi"), el cocinero del Hôtel de Rome, había tenido que preparar a la carrera... Una docena de comensales. En aquellos tiempos, eso era un festín. Wegener distribuía puros y cigarrillos. Encargó coñac a Monsieur Bit. La orquesta volvió a tocar *Valencia*, la canción preferida de Asta Nielsen.

Wegener no se dirigió a Itzik en toda la noche; me preguntó quién era, qué hacía, dónde vivía, cuáles eran mis intereses en la vida, mis ambiciones para el futuro y para el destino de nuestra Gran Polonia. Se sentó en el piso del salón de fumadores, arrimando sus largas piernas debajo de la mesa baja. Reclinado en el sofá, con una mano en la rodilla de la Nielsen, la otra prendida de su copa de coñac, me miraba con audacia. Me preguntó si me interesaría visitar estudios de cine. Me habló de su temor a la cámara, que todo lo deforma, lo amplifica y lo vuelve monstruosamente grotesco. Me explicó que el *Estudiante de Praga* era una metáfora de la condición del actor del cinematógrafo que entrega su imagen a una máquina diabólica a cambio de una efímera ovación en un teatro atiborrado de "amantes anónimos". Con un dedo me acarició el cachete y me obligó a voltear la cara para contemplar mi perfil.

—Ven a visitarme a Berlín, chico. Te llevaré a los estudios Bioskop. Vives a tres horas de Berlín, ¿y no la conoces?

Alcé los hombros, no por fastidio, sino porque esta eventualidad me parecía inalcanzable.

Reinhardt lo observaba con los ojos llenos de furia.

—*Gut, da haben Sie ihn* —dijo Wegener, y se retiró del salón.

Sentía que había vivido hasta entonces en un mundo aislado, donde nadie era nadie y cada quien se esforzaba en conservar el anonimato que correspondía a una humilde perseverancia —herencia de la Suecia calvinista—: levantarse por la mañana, entregarse a la faena, cumplir con rituales sacros, ofrendar días de guardar, prometer eterno quebranto, efectuar actos sexuales sin deseo ni placer; ser, al fin, un digno representante de una digna comunidad. El individuo (insisto en esta palabra) más célebre que me había tocado ver (ni siquiera conocer) era el teólogo de Lublin, Antón Woroniecki durante una homilía en Santa María Magdalena. Mi madre, es cierto, conocía a Klara Zetkin, se carteaba con Krupskaya, le había besado la mano a Rosa Luxemburgo en 1915, cuando vino a dar aquella conferencia en el Círculo Literario (y escuché a mi padre pronunciar la palabra “comunista”), pero esos para mí sólo eran nombres, espectros en una vida que mi madre mantenía en secreto.

En la penumbra del salón de fumadores, de repente, estaba rodeado de nombres impresos en los periódicos, en mis libros de texto, en mis pasiones musicales y en mis fantasías del cine Apolo. Adquirían rostros, fisonomías, personalidad, sustancia; se volvían amables o detestables, deseables. Me miraban y me deseaban.

Pola Negri, vestida de frac, se apoyaba en el brazo de la Nielsen. Paul Wegener despertaba los celos de Max Reinhardt.

Gernlick hablaba con Itzik Falken. Itzik me miraba, y empujaba un vodka de un solo trago. La mano de Gernlick descansaba en su muslo y ambos me miraban. Itzik le susurraba algo al oído. Me moría de curiosidad, pero Wegener me agarraba del cachete y me obligaba a verlo a los ojos. Itzik seguía a Gernlick al baño, pero Wegener me obligaba a quedarme sentado a su lado.

Fuimos al cuarto de la Nielsen. Unas mascaradas tamizaban la luz: el papel tapiz, los muebles rojos, la alfombra, todo lo recuerdo dorado. Monsieur Bit había dejado dos cubetas con champagne. Tomamos. La Negri vestida de hombre circulaba una pipa de opio...

—No, no es opio. Paul ya dejó el opio. Es hashish. El mejor hashish de Bakú que conseguimos en Varsovia.

—Te gusta el vodka, Stefan Leonard...

—Eres hermoso, Stefan Leonard, no iba a dejar que Paul te hiciera daño como es su costumbre.

No recuerdo quién me dijo eso. ¿Daño? ¿A mí? Y luego: “¿Hermoso?”

—Sí, Stefan Leonard, eres hermoso, pero como aún no lo sabes, eres aún más hermoso...

—No entiendo.

—*Le chantre de Poznań*.

Vimos el amanecer. Ruth había desaparecido con Reinhardt. Itzik estaba borracho, con los ojos turbios, la cabeza reclinada en una mesa. Gernlick y yo tuvimos que cargarlo hasta la suite de Paul Wegener, y aun asistirlo en vomitar entre los crisantemos blancos que adornaban el cuarto de baño.

En otras circunstancias, me hubiera quedado con él, lo hubiera cuidado, me hubiera sentado al pie de su cama, vigilando su sueño, acariciando su

mano, acariciando su cabello, pero Paul Wegener no me lo permitió. Cerró la puerta del baño con una mueca de asco, y se recostó en la cama. Encendió una larga pipa que nos extendió. Nos abrazó; pasó cada uno de sus brazos por nuestra cintura, y nos sujetó con sus manos finas de pianista sin instrumento. Tarareaba *Valencia* lentamente mientras le llegaba el sopor.

Tardo en llegar. Algo me detiene en el puente Teatralny. No recuerdo que fue. Tal vez sólo miedo. Es una hermosa tarde de fin del verano, tibia y húmeda, que huele a tierra espesa y a hierba recién cortada. Altos cúmulos se elevan detrás de las torres del Palacio, augurando una tarde lluviosa.

Escucho aún la voz de Ruth Falken en el auricular. Esa noticia que me deja atónito, aunque, en alguna parte de mí mismo, sabía que llegaría: ¡la familia Falken se muda a América!

Pago la entrada al Zoológico. Me quedo viendo el vapor que se eleva sobre el estanque del hipopótamo. No tengo prisa. Itzik puede esperar. Me puede ver desde lo alto de las rocas falsas de hormigón que flanquean la jaula de las águilas blancas. Me pongo coqueto: lustro mi zapato, aliso el pliegue del pantalón, estiro la *rubashka* anaranjada bajo la cinta de seda negra. Enciendo un cigarro y me acerco a la jaula.

Itzik está sentado en las rocas, los pies colgando en el vacío, mirándome. Ha observado mis maniobras, pero las ignorará durante la conversación. También lleva la *rubashka* anaranjada pasada bajo la cinta de seda negra, los pantalones anchos, la boina inclinada sobre el ojo.

Me saluda friamente y me siento a su lado, las manos bajo los muslos. Las muchachas que pasean bebés en carriolas y niñas con la cara sucia de sorbete se detienen a mirarnos. De lejos, debemos parecer dos aves de rapiña de plumaje naranja trepadas en esta roca artificial en medio del Zoológico. Paso mi brazo por encima de su hombro. Percibo la corriente eléctrica, aunque intenta separarse. Mi mano cae sobre la roca, entre nuestros muslos, y así me quedo.

Digo: “No puedo creerlo. ¿Qué voy a hacer sin ti?”

No responde. Después de un rato, le pregunto si sigue enojado. La pregunta más tonta que se le puede hacer a alguien que retira su mano de la tuya, pero...

—¿Dónde pasaste la noche? —es su única respuesta.

—Estabas muy borracho, te dejamos en el cuarto de baño de Paul Wegener.

—¿Dormiste con él?

Volteo a verlo.

—¿Metió su pito gordo y apestoso en tu culo?

—Itzik, por favor.

—¿Lo metió o no? —aulla Itzik.

—Itzik, estaba borracho...

—Pues a mí, cuando me lo metió, no estaba borracho.

Si hubiera hundido un escalpelo en mi pecho, no habría sentido tal dolor. Me deslizo de la roca, con la cabeza entre las rodillas, y vomito en la arena.

Itzik me deja. Lo veo alejarse mientras me limpio la boca que entre lágrimas de dolor me sabe a ácido úrico.

Itzik se aleja de mí. Tengo que alcanzarlo, explicarme. Tiene que explicarse. Lo pierdo de vista detrás del corral de las jirafas. Grito su nombre, varias veces.

Empieza a llover. Las muchachas se retiran corriendo arrastrando a niños llorosos. Los guardias cierran las jaulas de los animales tropicales. El elefante barrita. Los monos saltan de una rama de hormigón a otra.

Encuentro a Itzik acostado en la hierba detrás del corral de las jirafas, con la cabeza entre los brazos. Me acuesto sobre él. Lo volteo y tomo su boca en la mía, golosamente.

No pronunciamos una sola palabra. Nos golpeamos. Me golpea en la cara, en el mismo lugar que lo herí semanas antes. La sangre salpica nuestras *rubashkas*. Me aplica una llave greco-romana, hunde mi cara en el lodo mientras me penetra por primera y última vez.

Me dice: "Te extrañé tanto."

Me dice: "Vivir sin ti es imposible."

Me dice: "¿Por qué lo hiciste?"

Me dice: "Creo que te quiero..."

Le digo: "Nunca, nunca, nunca, nunca más sin ti..."

Desde su corral, dos jirafas mojadas de lluvia observan la batalla oculta en los arbustos.

Es todo.

Como convenido, fui con rabí Goldman a recoger el minúsculo paquete que Ruth me había dejado antes de partir. Sólo contenía un libro, *The Songs and Poems of William Shakespeare*, en la edición en cuero repujado de Duckworth and Co., y el mechón torcido del cabello de Itzik que guardaba en un medallón desde el día de su *bar mitzvá*. Así supe que Ruth Falken siempre supo todo de nosotros.

Días para ver caer la tarde y seguir el curso del Warta porque los reflejos verdes de la luna en el agua me recordaban los ojos de Itzik, sus susurros y sus besos.

No podía sufrir la pérdida de Itzik Falken. Me declaré "enfermo" para no ir al colegio. Deserté de nuestra sociedad secreta. Subía y bajaba sin cesar las escaleras de nuestra casa de Ułańska, azotando puertas, insultando a *Pani Helena*, lanzándole miradas de odio a mi padre; cruzaba Poznań de punta a punta para sentarme en el viejo sauce de la esclusa, desde donde miraba durante horas los remolinos del Warta compactándose de nieves frescas, y luchando para no acabar en témpanos inertes; deambulaba por el rumbo de la sinagoga en espera de una aparición de rabí Goldman con sus caireles rojizos y su *hallith* bordado; daba vueltas por San Lázaro, escuchando las ruedas de mi bicicleta rechinar en los adoquines, sin decidirme a regresar a casa.

Me sentaba en la banqueta de la calle Szamarzewskiego mirando las ventanas vacías del tercer piso del número 10, como saboreando la ausencia de las cortinas de encaje, que me dolía, y me quedaba ahí, horas enteras, viendo caer las primeras nieves.

Me restregaba la cara en la nieve hasta lacerarme los labios.

No tuve que simular mucho: me dio pulmonía. Amanecí un día con fiebre, los ojos inyectados, el pecho ardiendo. Vi en el espejo manchas rojizas



en mi cuello. Vomité sangre. Alarmada, Mamusia llamó al médico. Me hizo una sangría. Recetó no sé cuántas medicinas. Llegó una ambulancia y me llevaron al hospital.

No recuerdo cuántos días estuve en ese estado: fueron noches y días turbios de los que sólo tengo muy vaga conciencia, salpicados de intermitentes alucinaciones. Mi madre permaneció casi todo ese tiempo sentada en esa habitación pintada de verde, colocándose compresas en la sien para reducir la fiebre, obligándome a tragar insípidas infusiones y espesos menjurjes. Tarareaba antiguas canciones de cuna como para aliviar mis ensueños. Como un amante, me susurraba al oído: "Stefan, mi Stefan, mi Stefan... ¿qué haré sin ti?"

Un día, mi madre trajo una carpeta de cuero que, según me dijo, conservaba en un cajón oculto de su escritorio; estaba llena de dibujos y puntas secas. Algunas representaban simples escenas domésticas (una muchacha lavando ropa al borde de un río, un actor maquillándose como Pierrot), pero la mayoría eran imágenes obscenas, escenas captadas en la oscuridad de un lupanar, mujeres y hombres desnudos en posturas inequívocas, entregados a juegos sádicos. Todas las mujeres eran altas y delgadas, algunas conservaban su sombrero, o dejaban entrever las piernas entre los pliegues de sus mantos. Los hombres, por contraste, parecían gnomos. Una punta seca, en particular, llamó mi atención, y aún la recuerdo como si la tuviera ante los ojos. Dos muchachos, dos adolescentes, apoyados en un escritorio cubierto de libros, hojas de periódicos y otros papeles (sería el "estudio del artista"). El que está adelante tiene la cabeza inclinada y la frente en un libro. El otro lo abraza o, mejor dicho, lo sujeta por la espalda mientras lo penetra.

En otro dibujo, una muchacha desnuda sentada en un diván fastidia con la punta del pie a un hombre desnudo que se revuelca en el piso, besando sus zapatillas. No había lugar a dudas: se trataba de un retrato de Justyna Ożarowska a los diecisiete o dieciocho años.

Ahora que recuerdo esta escena, pienso que mi madre intentó "confesarme" al sincerarse conmigo y contarme episodios ocultos de su juventud.

Mi madre conoció a Czesław Kuźma en la Sociedad de Bellas Artes de Franciszek Kwilecki, en los últimos años del siglo pasado, cuando sólo tenía dieciséis años y, como yo, quería ser poeta. El pintor de Zagość ya era un anciano entonces, y frecuentaba los salones literarios apoyándose en su bastón. Le gustaba rodearse de "muchachas en flor", las adolescentes apenas púberes que inspiraron los grabados del *Libro indevoto* y causaron una alharaca cuando fueron presentados, primero en una galería del balneario de Łądek Zdrój, y luego en Varsovia. Subyugada por las exquisitas ceremonias de Kuźma, mi madre pronto accedió a posar para el maestro, primero una vez, y sólo por un retrato en pie; luego una segunda, porque necesitaba una figura adolescente en una gran composición al fresco que le había encargado el *starosta* de Giezno, una variante de la serie de cuadros tempranos sobre los deportados polacos o quizá otra alegoría de la muerte de Wanda. Esta *intelligentsia* frecuentaba

entonces el estudio de Kuźma, y mi madre se vio muy pronto complicada en los enredos de esa camarilla. A lo largo del verano, mientras chupaba los duraznos del jardín o caminaba por las veredas que rodean el lago con el pintor apoyado en su hombro, Justyna Ożarowska conoció a Feliks Dzierżyński y a Henrik Brand que habían fundado junto con Kuźma el Partido Socialista de Polonia, a Adolf Warzawski, a Julian Leszczyński, a Eleazar Solntsev y, sobre todo, a Marianne Koszutska, que también había sido egeria de Kuźma. Casi naturalmente, se volvió amante del pintor, y casi naturalmente, entre una visita amorosa y una sesión de pose, empezó a participar en las discusiones y las actividades del grupo. Modestas "misiones": relatorías y traducciones, luego el acarreo a través de las Particiones de panfletos cifrados, escondidos bajo amplias faldas de campesina.

Mi madre me confesó su desenfadada pasión por el anciano pintor, sus sutiles fetichismos, sus celos cuando encontraba una "rival" tendida en el diván del estudio... Sus reticencias, sus huidas, sus desapariciones, la melancolía que le había dejado esa remota aventura, y el fastidio cuando, después de verse abandonada por otra promesa de la poesía polaca, decidió casarse con mi padre, como una manera de redimir sus culpas.

Volvió a guardar los grabados en la carpeta de cuero, y nunca más hablamos del asunto. Ni de los míos.

Una tarde, en mi ensueño febril, oí voces detrás de la puerta de mi habitación, y creí reconocer la voz de Itzik Falken. Me volteé en los almohadones, tapándome los oídos, pero la puerta se abrió y Franz Gernlick entró detrás de Mamusia.

—Voy a buscarles té —dijo mi madre.

Nos dejó solos. Franz se sentó al lado de mi cama y tomó mi mano entre las suyas. Nos quedamos así, sin pronunciar palabra. Él me miraba con una extraña sonrisa desdibujada en los labios que terminaban en esa singular y grotesca cicatriz que la rala barba trataba de esconder. Se quedó algo más de una hora, sorbiendo su té y contándose chismes de nuestros compañeros del colegio. Antes de irse, me dio un beso en la frente, y me dijo que tenía que restablecerme porque pronto tenía que entrenar para el pentatlón anual del colegio.

Llegaba a visitarme en el hospital, después de clases y, si por algún motivo, no podía pasar a verme, me enviaba un recado. Tardé otras dos o tres semanas en recuperarme del todo. "Estás muy flaco", me dijo el primer día que me vio tambalearme sobre unas piernas que habían olvidado su función.

Mamusia me dijo: "Nadie conoce a sus verdaderos amigos hasta caer enfermo."

Gernlick era insaciable, y me contagió su perpetua insatisfacción; me enseñó los trucos, las estratagemas. Aunque no me gustaba, era astuto y competente; si no lo aprendí "todo" con él, con él me despalilé. Supo atizar mis deseos; juntos nos extenuábamos en abusos sexuales, en obsesiones. Las desproporciones de su alma me hechizaban, por

supuesto. El exceso de savia que hinchaba su cuerpo, los tufos agrídulces con resabio a tabaco de sus sobacos, la fragancia caseosa de su sexo ancho, pellejudo, tan distinto del miembro circunciso, blanco, higiénico, de Itzik Falken, dejaban su huella indeleble en mi ropa, me penetraban, y me persiguen a través de los años.

Teníamos, por supuesto, asiduos encuentros. Lo único que le gustaba era que tragara su pene. Tenía que ocurrir, de preferencia, en algún lugar oculto, en las letrinas o en un recoveco de los corredores del colegio en el que pudiera arrodillarme a sus pies, pasar mis brazos alrededor de sus piernas, hundir mi rostro entre los vellos. Ello no impedía amplios e íntimos preámbulos, largos besos en los que pegaba su lengua rasposa a mis encías, generaba mucha saliva que me llenaba la garganta de un sabor a océano y me atragantaba de placer.

Pronto, nuestra intimidad nos hizo descubrir otras afinidades, los llamados atávicos del celo...

Aprendí a reconocer un brillo en los ojos de un coronel paseando del brazo de una muchacha en el parque, o la manera en que un padre de familia se desprende tímidamente de su esposa, para voltearse a mi paso. Ensayábamos nuevos recorridos en nuestra ciudad. Nos sentábamos en las bancas de la plaza San Francisco. Rodeábamos las murallas de la Ciudadela. Nos guiaban los efluvios del hashish y tropezábamos en la oscuridad con un sable desenvainado sobre un uniforme vacío. Descubrimos matorrales hirsutos, masa de arbustos secos, que disimulaban nidos oscuros, profundos y felpudos, llenos de confusión, de gestos misteriosos, de miradas brillantes, opalinas en las tinieblas. Nos sentábamos sobre los cartones, las pieles, las hojas secas o la nieve dulce y tibia, arropados en nuestros capotes de invierno. Gozábamos instantes de una existencia ilusoria. A veces nos dormíamos sobre la nieve amortiguada, mientras otros salían a tientas y regresaban a sus casas en esa intensa tiniebla que precede al alba.

Una mirada, a veces, basta, o el roce de una caricia inconclusa: me inclino ante el deseo ajeno. Más de una vez, "me dejo seducir" por un oficial más que maduro, o por un chico de las fábricas, para saberme deseado, soñado, imaginado, adorado. Ofrezco citas en lugares públicos, en la Estación Central o en alguna de las iglesias de la ciudad, por el solo placer de observar a mis víctimas y descubrir su impaciencia, su inquietud al seguir las manecillas en el reloj del andén, la expectación que impulsa a voltearse cada vez que cruje la puerta lateral. Desde mi oculto pedestal, me vengo sin poderme controlar, dentro del pantalón. Tiro fuerte y alto. Como resulta peor tratar de limpiar estos derramamientos, dejo que se acumulen, como pastura de cucarachas famélicas.

Aunque Gernlick desarrolló ese temprano afecto hacia mí, creo que se debió, antes que nada, a una necesidad de protección (que luego compartimos). Cuando Itzik se fue, y dejó de ser un imposible y siempre reticente rival, resultó obvio que su interés estaba condicionado a una admiración ajena al sexo, pero que reparaba el abatimiento de mi Yo, y me dejó llevar por su orgullo. ¿Cómo decirlo? Acaso todo se reduce a esto:

Gernlick me exhibía. Aprovechó mi inexperiencia, mi intrepidez y mi belleza para satisfacer su vanidad.

Tengo la sensación de que alguien me sigue. Desde que salgo de casa hasta llegar al colegio, desde el colegio hasta los vetustos cuartos en el quinto piso de un edificio pegado a las vías del tren, en Śródka, en que fuimos a refugiar nuestro seminario secreto cuando el profesor Walecki consideró que la bodega de *Frau May* ya no garantizaba nuestra seguridad; otra vez, cuando pedaleo por el bulevar para llegar a tiempo a mi entrenamiento, o al abordar el tranvía 18 para reunirme con Gernlick en el cine Apolo.

Pongo el pie en la banqueta, me inclino fingiendo componer la cadena de mi bicicleta, observo de reojo a mi alrededor, acecho a los automóviles que pasan por la calle, escudriño los oscuros pasajes de los edificios, interpeleo con la mirada a un cochero en su calesa, pero la calle parece vacía, en calma.

Un estudiante con su mochila, cabizbajo, avanza contra el viento apretando el capote. Un estudiante insignificante, la mochila llena de cuadernos sujeta contra el vientre.

Otra vez lo rebaso, pero en otra calle, cerca del Mercado Viejo, y una vez más, en la parada del tranvía 4 en la Fredry. Le lanzo una mirada de reojo acompañada de una sonrisa. No responde a la insinuación.

Encadeno mi bicicleta a un poste del parque San Martín, y voy serpenteando por las alamedas arenosas. Cuido mi paso. Me detengo a observar las ramas. Enciendo un cigarrillo.

Espero a la sombra del túnel, detrás del primer arco. Se detiene en el quicio, silueta negra, atisbando las oscuridades del túnel. Se quita la gorra. Avanza, tímido. "Ven a mí, guapo, acércate..." Sale disparado. Desaparece entre los matorrales y me quedo solo en el parque San Martín, enfadado.

Bogdan revela que, desde hace unos días, tiene la sensación de que lo están siguiendo. No puede precisar más. Es sólo una sensación. Tiene la difusa impresión de haberse cruzado con un estudiante insignificante.

— ¿Los vieron llegar aquí?

Bogdan y yo nos miramos. ¿Cómo saberlo? No voy a confesar, por supuesto, mi lance temerario. No me voy a delatar.

Como todos los edificios que se construyeron en los últimos años de la Colonización, este edificio de Śródka tiene varias escaleras que comunican entre sí a través de estrechos pasadizos por las zonas de servicios. Nunca llegamos por la misma escalera. A veces, tenemos que rodear el patio hasta llegar a nuestro escondite. El profesor Walecki organiza la partida. Desmontamos la *Chiffriermaschine* y el aparato de radiocomunicación; guardamos sus elementos en cajas de madera, que pasaremos a recoger más tarde. Quemamos documentos en la estufa. Volvemos a colocar los muebles en su lugar. Maxim Walecki es el primero en irse, baja directamente hacia la calle, las manos en los bolsillos. Krzysztof Górny sigue veinte minutos más tarde. Debe cruzar el puente del Cybina y detenerse en la plaza de la Catedral, en un punto convenido en que lo podamos ver, para indicarnos que la vía está libre. Cuando aparece en el puente, hablando animado con un muchacho en sotana de seminarista, dejo a Bogdan y me deslizo por el corredor.

Luego, todo es muy rápido. Me esperan en el descanso de la escalera B, uno de cada lado de la puerta. Me lanzo de cabeza por la escalera, resbalo sobre la rampa, mis pies tropiezan con los escalones. Mi capote se enreda en los barrotes, doy vueltas sobre mí mismo y caigo en el resquicio. Me agarran de los brazos, me tumban contra el piso, me restriegan la cara contra la duela y me ahogan en los pliegues de mi capote. Me cargan afuera, ciego. Me empujan en una ambulancia.

Luego, estoy acostado en una tabla, en una pieza oscura, en el silencio de los calabozos del Arsenal. Aún no sé que estoy en esos calabozos del viejo Arsenal donde venía a recoger balas de cobre con Józef Fiedler. Pero sé que soy prisionero de la policía secreta de Józef Piłsudski.

No sabía decir cuánto tiempo permanecí ahí, acostado en un camastro de metal, arropado en mi capote, en el silencio y la oscuridad. Me quitaron el cinturón y las botas, así que sólo puedo caminar deteniendo el pantalón que me cae sobre los tobillos, y prefiero quedarme echado de costado, con las rodillas levantadas, las manos cruzadas bajo la nuca a manera de almohada, escrutando el silencio. Pienso en el falso estudiante que traté de "seducir". Mis sentidos me engañaron. Ningún estudiante, jamás, carga una mochila tan abultada apretada sobre el pecho. ¿Cómo no me di cuenta? Descubro qué fácil puedo caer víctima de mis deseos. Me ridiculizo a mí mismo en la oscuridad, y me como las uñas hasta sangrarme los dedos. Pienso: "¿A ver ahora cómo salgo de ésta?"

Perdí la noción del tiempo. Las horas pasaban en un letargo intermitente, entrecortado con sentadas en la letrina (me dio una diarrea incontenible) y la aparición espectral de un guardia mudo, silueta negra detrás de la lámpara de petróleo, que me extendía un tazón de sopa de papa y un trozo de pan a través de la rendija.

Trotando en mis calcetas, deteniendo el pantalón con las manos, llegué a una pieza amplia, cuyas ventanas abrían sobre las hayas frondosas del cementerio luterano. Estaba deslumbrado, después de tantas horas en las tinieblas, pero reconocí el Cuartel General de mis juegos de infancia, las oficinas altas del viejo Arsenal de la guerra de 1867. Los guardias me empujaron y me obligaron a sentarme ante una mesa. Ahí estaban las cajas de madera, con los elementos desmontados de la *Chiffriermaschine*, el aparato de radiocomunicación y una pila de papeles. El coronel Jan Kowalewski, con las botas cruzadas sobre la mesa, me miraba de pies a cabeza.

Me extendió un cigarrillo y empezó el interrogatorio. ¿Desde cuándo formaba parte de los *Komsomois*? ¿Acaso no estaba enterado de que el KPP se había pasado "a la ilegalidad" y que perseguían comunistas por todo el país? ¿Por qué se oponen los comunistas al Tratado de Versalles? ¿Cuánto tiempo llevo trabajando con Walecki? ¿Quiénes eran nuestros contactos?

Luego: "¿Dónde se esconde Walecki?"

Luego: "Voy a proponerte un trato."

Dije: "No tengo nada que esconder. Soy comunista. Creo en la Revolución soviética. Estamos en guerra contra el capitalismo internacional. Creo en la marcha de las masas proletarias. El triunfo de la clase obrera organizada está a la vuelta de la esquina."

Jan Kowalewski asintió con la cabeza. "Eso me gusta. Me gusta la gente que sabe lo que quiere en la vida, y defiende su posición." Luego: "¿Sabes cómo armar esta máquina? Tienes dos horas para hacerlo."

Me dejó solo. Los guardias, cerca de la puerta, charlaban entre sí y no me hacían caso. Monté la *Chiffriermaschine* pero no la conecté. Era incapaz, de todos modos, de reintegrar las embrolladas conexiones de los rotores que Bogdan había inventado.

El coronel Jan Kowalewski regresó, seguido de una mujer en uniforme gris que llevaba una bandeja con comida y una botella de vino.

—Es todo lo que puedo hacer —insistí—, no soy ingeniero. No sé cómo conectarla.

Jan Kowalewski me dio una palmada, y me extendió el *Dziennik Poznański* del día. Vi mi fotografía, en primera plana. *La honte*. Mi fotografía, entre las de Bogdan Dzięgiel y Krzysztof Górny, en el centro de la página. El editor se había equivocado, e intercambiado mi foto con la de Krzysztof. Aun así, era fácil reconocernos con el cabello rapado, en nuestras blusas soviéticas. El titular decía: "Célula terrorista en el Colegio Menor de Poznań." "Tres de los más brillantes alumnos de la sección de matemáticas de la Universidad, acusados de preparar una asonada comunista." Mi vida ha terminado, pensé. Nadie me salva de ésta.

—Come —dijo el coronel Kowalewski—, seguro tienes hambre.

Walecki le había descrito a su viejo maestro Mazurkiewicz, el director del Instituto de Matemáticas, los desarrollos de Bogdan a la vieja *Chiffriermaschine* que usábamos desde más de un año, y que desmoronaban las técnicas avanzadas que Stanslicki le "vendió" a Piłsudski para la creación de la Sekcja Szyfrów. Mazurkiewicz y Sierpiński estaban, por supuesto, muy interesados en el invento de Bogdan, pues introducía una nueva noción en sus teorías matemáticas —el hecho de que la máquina pueda discernir, y luego procesar, un *error*, y reinscribirlo en la cadena de cálculos para procesar una siguiente cadena, más precisa que la anterior, y así en adelante, hasta convertir a la máquina de cálculos en un sistema infalible, que se corrige a sí mismo constantemente—, y le ofrecieron apoyar sus investigaciones. Ellos eran académicos muy establecidos, cosmopolitas, muy liberales, y no les importaba en el fondo que su colega fuera un "opositor".

Para ser "opositor" en Poznań, en aquel momento, bastaba con objetar la socialdemocracia burguesa, pro-americana, capitalista y antisemita de Wojciechowski y, por lo tanto, ser piłsudskista. "Ser piłsudskista" significaba entonces apoyar los sindicatos rojos que habían heredado el "alma conspirativa" de las "legiones salvajes" de 1905, especie de sóviets antes del Sóviet.

Mazurkiewicz era un viejo amigo de Piłsudski desde la época de las "legiones salvajes". El general no tardó, por supuesto, en enterarse de nuestros experimentos. La noticia llegaba en buen momento; después de su retiro, Piłsudski y su esposa, Maria, estaban reorganizando las legiones diezmadas por la guerra con Rusia, pero sobre todo modernizaban sus servicios de inteligencia, punta y lanza de un poder oculto. Maria Piłsudska

nos encomendó al coronel Jan Kowalewski. El *raid* contra el "seminario" de Walecki tenía el solo propósito de "ofrecernos un trato" y adquirir nuestros servicios. Pero, por desgracia, Walecki había desaparecido antes de que lo capturaran. Sacrificó a sus discípulos para salvarse.

Con la boca llena, repliqué: "El profesor Walecki es incapaz de esto."

—Entonces, ¿dónde está?

Al atardecer, me devolvieron a los sótanos del Arsenal. Vi el rostro de Bogdan, asomado entre los barrotes, unas cuantas celdas antes de la mía. Estaba sentado en su catre y abrió muy grandes los ojos llenos de lágrimas. Tenía un pañuelo sucio de sangre coagulada alrededor de la frente.

Gritó. El eco de su grito repercutió a través del calabozo.

—Bogdan, ¿qué te hicieron?

Jan Kowalewski puso el sobre en la mesa. "Tuve que leer esta carta antes de entregártela, por supuesto."

Mi querido Stefan,

Hablé esta tarde con el coronel Jan Kowalewski, fue muy receptivo, me aseguró que todo se va a arreglar y me prometió entregarte esta carta. No tengo mucho tiempo, así que voy a ser breve. Como lo puedes imaginar, te despidieron de la Universidad. A ti y a tus camaradas. Hoy nos llegó la carta de notificación del rector Ellemann. También llegó una nota del Klub Wioślarski, diciendo que te eliminaron del equipo y de la competencia. Tu padre la rompió en pedazos de coraje y repite a gritos que nunca más pisarás esta casa. Luego salió azotando la puerta. Lo conoces tanto como yo: la nota del periódico, verdaderamente, lo sacó de quicio. Por lo pronto, es la menor de mis preocupaciones; me preocupas tú, que estés bien tratado, y que logremos resolver este incidente. A pesar de todo, quiero que sepas que yo, tu madre, confío en ti, y confío en que ese malentendido va a arreglarse pronto. Coincido con tu tío, y creo que debes aceptar el trato que te propone el coronel.

Espero abrazarte muy pronto.

Tu madre,

Justyna Dariuszowa

¿Un trato a punta de bayoneta?

El que lucha por la instauración del comunismo no traiciona a sus camaradas. Me enteré mucho más tarde, por boca de Diego Rivera, el pintor mexicano que compartió su habitación en el Hotel Lux, de cuánto tuvo que pagar mi madre por convertirme en combatiente del frente invisible, y entregarme aún en ese estado de mi silente inocencia a su jefe Feliks Dzierżyński, el gran patrón de la Tcheka que había sido su amante. Pero ello ya fue después de su arrepentimiento, después de realizar que no era miembro del Estado Mayor de la Revolución mundial, sino una simple espía de segunda categoría vigilada las veinticuatro horas.

Cuando Bogdan regresó de la enfermería, nos encerraron juntos en una celda más amplia, que tenía un ojo de buey por el que se filtraba una triste reverberación de aquellos días radiantes de primavera, tamizada por el verdor intenso de las frondas del cementerio.

Pasamos la tarde en conciliábulos. Bogdan si creía la versión del coronel Kowalewski. No podía callar su coraje ante la idea de que Maxim Walecki nos había "sacrificado" para poder escapar a tiempo. "Un capitán nunca abandona su nave", repetía. Le mostré la carta de mi madre. "Bogdan, no tengo ningún tío. El único hermano de mi padre murió de tuberculosis antes de que yo naciera, y mis tías viven en Giezno, y nunca las vemos. Ese 'tío' no puede ser más que el profesor Walecki."

No recuerdo cuántos días más duró la negociación. Kowalewski nos mostró la máquina, ya conectada, y los documentos que Krzysztof Górny ya había empezado a descifrar. Reconoci, al primer vistazo, la serie:

OZYAZYJKS TOJSN YVNPJA MFCMZ E UUTSXH JXJJVVY OFEJMQRC DWKNALJM
FXO LOSW XSGNTSEW TNGI TNA RSMUVYQI G MUUK VAHOKIWB A ROIWYZ GUJJ
KRBGEL JGGYOZJNJBZ

KRBGEL JGGYOZJNJBZ significaba que la nota provenía del secretariado de Feliks Dzierżyński. El mensaje, redactado por el *plenum* del Partido Comunista Polaco bajo la presidencia de Trotski, convocaba a todas las organizaciones de izquierda de Polonia a una huelga general para el siguiente mes de noviembre. Todas las fuerzas y elementos de partidos, sindicatos y asociaciones eran emplazados desde ese momento a colaborar en la organización de la huelga.

La maniobra nos reveló de un golpe la personalidad del coronel Jan Kowalewski, su ambición y su astucia, esa manera de querer resolverlo todo a su modo personal pero, sobre todo, la intensidad con la que buscaba conquistarnos. Quería tener absoluta fe en sus colaboradores, y ni las amenazas ni las prédicas le eran suficientes. No le bastó con convencernos, nos involucró psicológica e ideológicamente en su empresa.

No me gusta mucho hablar de Jan Kowalewski, pero tengo que hacerlo aquí.

Tendría entonces treinta y tantos años, y conservaba el estilo característico de aquellos militares chapados a la antigua, formados en la administración prusiana, que desaparecieron engullidos por la Gran Guerra. Usaba monóculo, bufandas de seda, un *accroche-cœur* en la frente y un fino bigote retorcido. Pero Kowalewski no era retrógrado ni refractario: por el contrario, bajo ese disfraz de dandy castrense, era un cosmopolita abierto a las innovaciones, un agitador que no toleraba el estancamiento del ejército, y menos la parálisis social. Entendía seis o siete lenguas, pilotaba aviones, manejaba tanques, tenía un *roadster* americano, bailaba fox-trot con las hijas de los oficiales, y adoraba a su perro, un terrier tan esnob como él que lo acompañaba por todas partes. Ocupaba un amplio departamento frente al lago de Solacz, forrado de antiguos tapetes persas que él mismo había conseguido en mercados de Estambul. Entrecruzados en una pared de la sala, sables, dagas y guadañas de sus antepasados formaban un mándala tan esotérico como el enigma pintado al fresco en el muro opuesto, en el que se mezclaba la Cruz Ansata, la Estrella de David, la Serpiente Uroboros, la Svástica y el Aum de la Sociedad Teosófica. Porque, en su guerra contra la "atracción de las masas", el coronel Jan Kowalewski era gran maestro de la

Hermanidad Universal, y fundador de su rama polaca con sede en Zakopane. Kowalewski buscaba la Verdad en las Letras y en los Números, y poseía una de las más amplias bibliotecas de la ciudad, mil o mil quinientos volúmenes en qué escarbar y "separar la paja del trigo".

El coronel Jan Kowalewski había decidido ser nuestro mentor.

Así fue como nos volvimos agentes de inteligencia del *Urząd Bezpieczeństwa* (UB), el Buró de Seguridad Nacional fundado por Maria Pilsudska, encargado de la organización de una huelga general que, de lograrse, llevaría al poder a las organizaciones pilsudskistas. Aunque los detalles de este eje político se nos escapaban, el coronel Jan Kowalewski nos convenció de que "la orden venía de Moscú" y nos doblegamos. (Extrañaba, en aquellos momentos, la perspicacia de Itzik Falken, quien hubiera podido —aunque a fuerza de peleas— despejar las dudas que me asaltaban.)

Instalamos la *Chiffriermaschine* en nuestro nuevo laboratorio del Biuro Szyfrów, en el último piso del viejo Arsenal rehabilitado como una discreta Escuela Técnico-Militar paralela a la Academia Militar oficial. Volví a ocupar el Cuartel General de mi infancia, ahora limpio de polvo, telarañas y ratas, por cuyas ventanas podía ver el parque San Martín, el viejo cementerio luterano y mi antiguo departamento del 2 de la calle Ogrodowa, el paisaje ondulado al norte de la ciudad, con sus lagos y sus bosques, las nubes del mar y la llegada de las formaciones de ánsares de Finlandia, todo ahogado por el lancinante tecleo de las máquinas.

Ahí, en un escritorio, escribí mis primeros reportes, fastidiosas transcripciones de consignas emitidas por los diversos departamentos de la Tcheka, por organizaciones de diversos tintes ideológicos, alineadas detrás de Radek y Dzierżyński, empeñadas en romperle el hocico a Zinoviev para no repetir el fracaso alemán. Todos estos documentos eran parecidos o, mejor dicho, eran duplicados unos de otros, con variantes ortográficas, reajustes, actualizaciones, repeticiones, copias de copias, transcripciones de transcripciones, como si las diversas agencias, a falta de imaginación, usaran un mismo borrador, aplicando variantes técnicas al texto "oficial", invariablemente emitido por el secretariado de Dzierżyński en la calle Lubyanka en Moscú. Entregaba tres copias: una para la oficina de Maria Pilsudska en Sulejówek, otra para el coronel Jan Kowalewski y la última para la oficina de Julian Leszczyński, entonces, y por poco tiempo, jefe de la Dirección Polaca.

Esta Dirección Polaca era el nombre de guerra de la plana mayor del KPP en el exilio desde la ruptura con la *Sjem* y su paso a la ilegalidad bajo la batuta de Radek y Dzierżyński. Ocupaba un piso entero del Hotel Lux, en la Tverskaya de Moscú a un paso de la Lubyanka, y se había convertido en proveedora de ejecutores para la Tcheka, los hombres de confianza de Feliks Dzierżyński en su abierta competencia con la Comintern de Zinoviev y el *OrgBuro* de Pyatnitzky.

A su vez, ellos nos mandaban cajas de papeles, que se amontonaron en una esquina del laboratorio.

El coronel Jan Kowalewski ordenó nuestra nueva vida de *ilegales*. Para conservar las apariencias, adelantamos nuestro servicio militar y fuimos "voluntariamente" incorporados a los "cuerpos de elite" de la

pow, la *inexistente* organización militar de Pilsudski, que operaba a la sombra del Ejército de Polonia. Esto significaba que, en vez de compartir los dormitorios de la Ciudadela, teníamos a nuestra disposición un departamento en la sección de oficiales, entre los viñedos al este de Sołacz.

Nos llevaron a unos baños de vapor, donde nos restregaron con hierbas y aceites aromáticos. El médico de la Ciudadela nos retuvo tres días, para hacernos no sé cuántos estudios. Un sastre militar tomó nuestras medidas y confeccionó, para los días de gala, el uniforme gris con el rayo amarillo en la solapa de las legiones de Pilsudski, una chaqueta estilo marino, pantalones cortos de jersey para los deportes, y un traje civil, de casimir gris, de finas rayas verdes.

Nos tomaron fotografías, y nos entregaron credenciales. La mía llevaba el nombre de Theodor Pernak.

Con ese nombre, ingresé al Círculo Militar Sokół. Kowalewski me incitaba en particular, a exclusión de los demás, a desarrollar mi fuerza física, y asistía dos o tres veces al mes a mi entrenamiento, apoyado en su bastón, con el terrier acostado a los pies. Me llevaba en el *roadster* a las competiciones en otros clubes de Polonia, y así pude conocer mi país desde Szczecin hasta Białystok y Cracovia. Festejaba mis éxitos con pequeñas fiestas en su departamento, a las que invitaba a sus amigos, artistas de vanguardia, poetas y dramaturgos.

Empecé a especializarme en radiocomunicación. Kowalewski había entendido que el futuro de los servicios secretos pasaría por un apropiado manejo de las ondas hertzianas: no sólo los equipos eran más baratos, sino más ligeros y discretos, lo que compensaba que fueran abiertos a todos los oídos, aunque sabiéndolos utilizar... Meses atrás, los franceses habían iniciado transmisiones de mensajes cifrados "en claro". Es decir, en vez de utilizar trastornadas series de letras, se traducían en palabras que cualquiera podía dictar impunemente en el micrófono. Bastaba con sustituir la criptografía numérica por otra silábica. Me dediqué a crear estas transposiciones multilingües de series de números por series de vocablos. Enviaba por radiocomunicador, en alfabeto Morse primero, luego a través de un triple sistema cifrado basado en las rimas de nuestros más célebres poetas polacos, en partituras de Frédéric Chopin, y más tarde, cuando nos afrancesamos, en cripticos poemas de vanguardia de Guillaume Apollinaire, o el *Albatros* de Baudelaire, las claves básicas de transmutación de los rotores. Era como fabricar, a partir de fórmulas matemáticas preestablecidas, poesía pura.

Aprendí fotografía y litografía. Dos veces por semana, ejercitábamos en el campo de tiro, bajo la severa custodia de Jan Kowalewski, y en artes marciales en el gimnasio militar de la Ciudadela.

Lo sabía desde tiempo atrás, pero no era un tema de conversación "apropiado" y nunca se mencionaba en la casa de la calle Ułańska: las finanzas de mi padre decayeron brutalmente a finales de la guerra, cuando los *Junkers* prusianos decidieron replegar estratégicamente sus industrias al oeste del Oder. Inesperada para muchos, la Restitución de Polonia y el cierre de la frontera fue un segundo golpe a su economía. Mi padre quiso

apoyarse en el nuevo régimen y beneficiarse de las reestructuraciones económicas de Moraczewski que intentaba desesperadamente integrar las industrias, los reglamentos y hasta los sindicatos y las cooperativas de las antiguas Particiones. Pan Dariusz, sin embargo, era de sobra conocido por sus simpatías prusianas, su amistad con Bolesław Piasecki y su apoyo a la revista *Falanga*. Antes de conseguir un contrato con el alcalde de Poznań, antes de hacer antesala en el Belvedere, tendría que hacer méritos. No era el único, en estos tiempos de polonización, en cambiar de chaqueta. En lo que había sido la Polonia prusiana, empresarios, médicos, dentistas y abogados que trataban de salirse con la suya borraron de un tajo su pasado militante en el Partido Demócrata, su antisemitismo y el desprecio a los que llamaban "polacos de segunda". De nada le sirvió a mi padre esgrimir aquel supuesto parentesco con Jarosław Dąbrowski: en tres meses de pacientes maquinaciones y *pots-de-vin* aún menos confesables, lo único que logró fue evitar que lo encerraran en las barracas de la antigua Truppenübungplatz. Asistió, desesperado, a la firma del contrato entre la nueva administración polaca y una fábrica de Cracovia que se dedicaba antes de la guerra a surtir las parroquias de las tres Polonias de biblias, catecismos, imágenes de santos y calendarios. Aunque Dariusz Dąbrowski logró conservar algunos de sus viejos clientes de Frankfurt, Potsdam y Colonia, la fábrica de papel se fue a pique a finales de 1921, cuando estallaron las primeras huelgas. La cervecería iba de mal en peor y sólo la fábrica de fósforos de Swarzędz parecía "un valor seguro". Paquetes de marcos inútiles se apilaban en su despacho; el escritorio se cubría de letras de cambio de desacreditados prestamistas berlineses y de pliegos petitorios de trabajadores que rechazaban una paga inservible, lo llamaban estafador y, adelantándose a las promesas de la *Siem*, querían zlotys de nuevo cuño.

Desde que regresé de Zakopane con el cráneo rapado y recibí una bofetada que me tumbó al piso, mis relaciones con mi padre se habían deteriorado. Seguí saludándolo protocolariamente; me hacía una que otra pregunta sobre mis estudios. Era casi todo. De cualquier manera, casi nunca estaba en casa. Recorría Polonia de punta a punta, entrometiéndose incluso en los confines orientales, tratando de abrirse nuevos mercados hacia el este, aunque tuviera ahora que lidiar con mercaderes judíos y delegados de los soviets.

No lo volví a ver desde que mi fotografía salió en primera plana del *Dziennik Poznański*.

El 15 de octubre de 1923, cuando los periódicos se empezaron a llenar de noticias deliberadamente confusas acerca de la huelga general en Polonia, que desencadenaron una serie de violentos "paros técnicos" en Cracovia y en las minas de la Dąbrowa, unas cuantas semanas después del estallido de la crisis alemana, mi padre apareció muerto de un balazo en la sien en una habitación del Hotel Casino de Sopot. Mi padre murió de su propia mano —o esto fue, por lo menos, lo que dijeron los oficiales británicos del Corredor Internacional. No dejó carta ni mensaje, pero sí facturas sin sufragar, incalculables pagarés, un seguro de vida doloso y seiscientos obreros furibundos trepados en las rejas de la fábrica de Swarzędz.

Era un lunes, lo recuerdo. Uno de esos brillantes días de otoño que nos llenan de nostalgia por el verano ya fugado. Jan Kowalewski me dio licencia, me vestí de civil, me coloqué un bigote falso y un peluquín que me envejecían diez años, y fui como el sargento Pernak hacia la calle Ułańska. Mamusia me esperaba en la puerta, apoyada en el quicio en ese traje recto, gris, que sólo usaba cuando iba al Círculo Literario, y una boina en la cabeza que jamás le había visto.

"Tenemos que tomar el tren en la Estación Central para ir a levantar el cadáver en Sopot." Fue todo lo que me dijo en ese momento, aunque ya solos en nuestro compartimiento, empezó a hablar.

Dos fábricas en quiebra, seiscientos obreros montados en una barricada rojinegra en las puertas de Swarzędz, una carrera política arruinada por la restitución polaca en la que nunca había creído, una esposa comunista (a principios del año, mi padre encontró casualmente una credencial del KPP a nombre de Justyna Ożarowska, traductora), un hijo terrorista en la cárcel, acusado de relaciones "un poco particulares" con "elementos judaicos" y "saboteadores moscovitas" y, vaya sorpresa, una hija bastarda en Potsdam, nacida en la derrota alemana, que ahora le reclamaba una pensión vitalicia. La policía internacional, sin embargo, no se tragaba la versión del suicidio y nos tuvo una semana entera en una habitación contigua a la que había visto morir a mi padre.

Nos subían comida desde las cocinas, siempre acompañadas de una botella de Chablis cortesía del nuevo director, británico también, del Hotel Casino. Mamusia y yo infringíamos la orden, y salíamos a caminar por las calles de Gdańsk. Nos sentábamos en las terrazas, bajo los tilos. Tomados de la mano, mirábamos el Báltico ponerse plateado en las tardes de otoño, las gaviotas deambular en la playa desierta, mujeres recogiendo algas en grandes canastas de mimbre cuando bajaba la marea, muchachos cargando nasas rebosantes de pescados plateados que se arqueaban en los últimos rayos del atardecer; contábamos los barcos que entraban y salían de la ensenada (yo, los *destroyers*; ella, los cargueros del trópico que, según decía, llenaban la brisa báltica con el olor de los bananos). Y hablábamos.

Si hablamos de Dariusz Dąbrowski, mi padre, no fue para recordarlo, sino porque había sido hasta ese momento un elemento en nuestras vidas. No. Mamusia y yo hablamos de nosotros, y nos dijimos todo lo que no nos habíamos dicho.

—Eres joven, muy joven aún, y debes vivir. Tendrías que casarte. Sin matrimonio, un hombre no es lo que es, sobre todo en esta época. Busca una *Weib*, una mujer sólida, que te acompañará en tus viajes, que entienda cuál es tu misión en este mundo, pobre o rica, no importa mientras sea una mujer recta.

Hicimos planes también. Había que rematar las fábricas, liquidar a los obreros, vender la casa, los muebles. Las hermanas del convento de Corpus Christi aceptarían, mediante módica renta, hacerse cargo de *Pani* Helena. Mi nana empezó a perder la razón el día que se atragantó con "algo parduzco" y "mil patas como de cucaracha" que flotaban en la sopa de

poros. Desde ese día (que, según mi madre, coincidió con la muerte de mi hermanita, como si Helena hubiera puesto a prueba su fallida fecundidad en el cuerpo de mi madre) se quedaba sentada en su cocina, rodeada de los encajes blancos que nunca terminaría, la boca hundida en pliegues de grasa que le caían hasta el cuello, pelando papas como uno de aquellos autómatas de la Sociedad Científica.

Luego, sería necesario reconocer a la pequeña Felicja, devolverle el nombre que mi padre le había negado, ofrecerle una educación. Regresaríamos a vivir al centro de la ciudad, en un departamento a la antigua, cálido, acogedor, desde cuyas ventanas veríamos las torres de Santa María Magdalena y oíríamos las campanas de la Catedral. Nos olvidaríamos de estos barrios nuevos, "salubres" quizá, pero tan llenos de "malos recuerdos" y de las trompetas de los Legionarios de Haller. Sí, me dolió que Justyna Dariuszowa me prohibiera llamarla Mamusia: vio que mis ojos se empañaban de repente, se arrodilló frente a mí, colocó sus brazos alrededor de mi cuello, y me besó los párpados susurrándome al oído: "¡Oh!, cómo sufre mi niño, mi Stefan Leonard..."

Miraba el mar; tenía veinte años y un puñal en el corazón.

Regresamos de Gdańsk sentados en el vagón del correo que llevaba el féretro de mi padre y lo enterramos en la fosa familiar la misma tarde. No fueron muchos los que asistieron al sepelio de Dariusz Dąbrowski: ni siquiera mereció el funeral burgués que anhelaba. Anónimo en mi uniforme gris con el rayo amarillo, con la visera de la gorra enfundada hasta los ojos, me quedé atrás de la barda del cementerio católico de San Martín, al lado de mi coronel Jan Kowalewski, viendo cómo mi madre recibía condolencias en su traje gris de dos piezas que despertó chismes y reproches.

La fábrica de fósforos de Swarzędz, otrora una formidable armería al servicio de los *Junkers*, nunca se vendió: erigida en sòviet, los mismos operarios empezaron a administrarla. Justyna Dariuszowa se presentó en las rejas; escaló la barricada de carretas entrecruzadas, negoció con el líder, luego levantó el puño y le entregó las llaves de la fábrica. La dejaron cruzar las banderas rojinegras, entrar a las oficinas, ordenar los papeles del despacho y llevarse las fotografías pornográficas y las cartas de amor y chantaje del cajón secreto. Conservé esa fotografía de la redención de Justyna Dariuszowa después de sus años de silencio, subida en las carrozas volteadas, erguida en su ancho abrigo gris, la frente ceñida de una pañoleta roja, rodeada de los antiguos obreros de mi padre en la puerta de los talleres, con sus boinas inclinadas en el ojo, la camiseta abierta y el cigarrillo colgando del labio.

Logramos rematar la casa de la calle Ułańska a buen precio a pesar de la crisis, pero nunca conseguimos un departamento por el rumbo de Ogrodowa, y mi madre acabó viviendo en un cuarto del Hôtel de Dresde. Felicja recibió su nueva acta de nacimiento, y un solo cheque del Narodowy Bank Polski, por la cantidad de un millón de zlotys, que apenas debió alcanzar para un sorbete de fresa.

Justyna Dariuszowa dejó caer para siempre su apellido; adoptó ese nombre de guerra termidoriano, Madame Jus, con el que firmó sus artículos en *Kommunisticheski Internatsional*, y se vistió de gris rata para andar por las calles de Poznań con las piernas desnudas a la moda

moscovita. Yo creía entonces que nunca se había consolado de haber procreado sólo un hijo y, además, de no haber sido preparada para educarlo como se lo proponía desde los días en que, recién casada, había abandonado la poesía. Ése fue el sentimiento que me impulsó, después del supuesto suicidio de mi padre, a un acercamiento filial que derivó en la confabulación política que me hizo soldado en una guerra invisible. No le guardo rencor por esta fantasía materna a destiempo: en alguna parte de sí misma pensaba que, si podía entregar su vida por la mía, yo debía sacrificar la mía a su Verdad.

No le fue fácil acercarse a mí. Para mí, fue aún más difícil. Tenía veinte años, y si algo me había enseñado era a valerme por mí mismo, defenderme sin pedirle nada a nadie y, es obvio, sin rendir cuentas tampoco.

Si fui solitario, se lo debo a ella y entonces más que nunca, el sexo me exigía independencia.

Ésta es la historia de mis deserciones.

La huelga de noviembre fracasó, y no llegamos a la insurrección general. Esta vez no fue, como dos años antes en Hamburgo, por culpa de la Dirigencia Polaca ni por "órdenes contradictorias" de Moscú, sino porque la situación internacional la volvió inoportuna. La crisis en Alemania, sobre todo, repercutió en el movimiento obrero polaco dejando una estela de escepticismo y una marejada de defecciones en las organizaciones sindicales.

Luego, Lenin cayó enfermo, y el eco de las intrigas en Moscú resonaba hasta nuestro Arsenal. Vivíamos encerrados en nuestro Cuartel General que ahora era a la vez sede de la *Inteligencia* de Polonia y —vaya paradoja viéndolo en perspectiva—, célula local "militarizada" del KPP bajo las órdenes directas de Dzierżyński. Ahí comíamos, cenábamos, dormíamos por turnos sobre un camastro de metal escondido detrás de un biombo. Redirigíamos cables que nos llegaban del mundo entero, partes médicos del Kremlin: temperatura: 39°; pulso... Mensajes de adhesión de París, Londres, Nueva York, San Francisco, Tokio, de Tianjin, San Sebastián, Buenos Aires, de Lima y de México... Listas de nombres. Consignas de Trotski, de Radek, de Zinoviev. Agradecimientos de Krupskaya... No recuerdo qué tanto más.

Madame Jus trabajaba con nosotros, se desvelaba con nosotros, dormía con nosotros. Traducía los reportes de *Pravda*, que remitíamos en todas las lenguas, incluyendo el esperanto, a todos los partidos comunistas del mundo. Madame Jus instaló un samovar. Colgó un retrato al óleo de Lenin encima de nuestra mesa de trabajo. El jefe de la Revolución, parado en el centro del lienzo, aparecía vestido de overol —como yo, en *En el arsenal*— a pleno sol en el patio de una fábrica. Como yo también, llevaba macizos borcuques con elásticos, una boina con visera. Suelto, enérgico, los hombros algo caídos, la amplia frente fruncida, los ojos pensativos de intelectual. Traía unos libros bajo el brazo, y en la mano un panfleto (ilegible en la pintura).

Detrás de él, los muros de la fábrica. Una bandera borrosa, rojinegra. También muy borrosos, los rostros de los huelguistas. Desde entonces, vigilaba nuestros sueños.

Desde que el líder enfermó, Madame Jus estuvo sentada ante la máquina de escribir, traduciendo, copiando, transcribiendo, cables, partes médicos, reportes, listas de adherentes... qué sé yo...

Cuando podíamos, escapábamos de la humareda de cigarrillo, del constante teclear de las máquinas de escribir, del tiroteo del aparato de radio-comunicación. Los tilos del viejo cementerio luterano empezaban a retoñar. Me instalaba en el quiosco, saboreando un *miód*. Ahí leía o simplemente papaba moscas, como era mi costumbre. Lenin murió de todos modos. Mi madre me alcanzó en el quiosco de aguas frescas. "Ya se acabó", me dijo.

Dijo: "Voy a Moscú. La Dirección Polaca me necesita allá. Dzierżyński me llama."

Dijo: "Un mundo se acaba."

Me dijo: "Tú, ¿qué vas a hacer?"

Reabriendo heridas que todo el mundo creía cicatrizadas (las viejas polémicas de 1905 y los rencores contra Rosa Luxemburgo), la "Dirección Polaca" se erigía ahora en un nuevo caso Kronstadt, reclamando elecciones libres y secretas, y transparencia en el proceso de sucesión. El internacionalismo de la Revolución tenía que pasar por las revoluciones nacionales. Cerrábamos filas detrás del camarada Trotski. Cartas sobre la mesa: había que salvar a Octubre de las hienas famélicas que se arrebataban el cadáver de Illich. Inconsolable, Krupskaya se aferraba al féretro de Vladimir Illich.

—Y tú, ¿qué quieres hacer? —me preguntó mi madre.

Miré los ladrillos rojos del Arsenal, la chimenea humeante de la fábrica de municiones, los ventanales de nuestro Cuartel General. Jan Kowalewski nos tenía maniatados, pero Dzierżyński nos convocaba en Moscú.

—Pero puedes desertar —dijo Madame Jus.

No me gusta mucho recordar a Jan Kowalewski, mi mentor. Sé muy bien de donde proviene esta reticencia de mi parte: lo admiré tanto como él me admiraba y, al cabo de aquellos dos años de "colaboración estratégica" que fueron, además, los de mi verdadero aprendizaje, fabriqué un embuste para deshacerme de él, siguiendo razones inescrutables que me dictaba la Dirección Polaca. Perdió su posición por defenderme creyendo que compartíamos el sentido polaco del honor, y acabó acusado de traición a la nación que amaba desenfrenadamente, aun cuando en privado fuera un intelectual cosmopolita. Sólo en Polonia existe esa raza de hombres, remanentes de una época en que la idea nacional consistía en creer a ciegas que todos los conjurados comparten un mismo afecto: una utopía que la Razón de Estado y todas las demás razones del mundo ya se encargaron de destruir. Por decirlo de otro modo: Jan Kowalewski no podía creer que no podía creer en mí.

El don de lenguas, por supuesto, no nace solo: lo acompaña siempre un verdadero, casi innato, gusto por la literatura, y éste fue el terreno de *l'entente cordiale* que me unió al coronel Jan Kowalewski en estos dos años y medio al servicio de Polonia. Leíamos todo, todo lo leíamos y todo lo comentábamos, entremezclando el francés con el alemán, el ruso con

el español, en el *males* de los oficiales, ante una botella de vodka, o en su departamento, saboreando whisky caliente mezclado con miel: libertinos franceses del XVIII, místicos españoles del XVI, románticos alemanes, decadentes ingleses, poetas de vanguardia. Me hizo descubrir *Nowa Kultura*, la revista de Jan Hempel en la que leí a Joyce y a Mayakovsky, a Marinetti y a Tzara. Discutíamos *La esencia del Cristianismo* de Feuerbach para compararlo con los escritos de Marx. Me impulsó a aprender algo de español, para confrontar la desesperación de Cervantes con la filosofía del pesimismo de los románticos polacos (a exclusión de Sienkiewicz) y el *mal de vivre* de nuestros futuristas, en particular el de Bruno Jasieński que acababa de publicar aquella tremenda *Canción del hambre* (era mi envidia: ya no sería "el primer poeta" de la Polonia restituida).

Maxim Walecki me prodigó el amor a los números, pero Jan Kowalewski me devolvió la pasión olvidada por las letras. Volví a escribir, pequeñas bromas dadaístas imitadas de Tristan Tzara o, quizá, de Benjamin Péret, alguna de las cuales fue publicada en un pasquín vanguardista editado en Zakopane, *Papierak lakmusowy*. Era bastante malo, pero indicaba bastante bien mi libertad con las palabras en aquella época en que la poesía se confundía con la pornografía.

Por algún acuerdo tácito que se debió, muy probablemente, a una mutua consideración, el coronel Jan Kowalewski y yo siempre mantuvimos una respetuosa distancia. Nos saludábamos militarmente en cualquier encuentro profesional y, en la camaradería literaria de ese "club de a dos" no olvidábamos el rigor de nuestra educación polaca, incluso cuando íbamos del brazo, enfundados en nuestros uniformes, a los lupanares. Al borde del *delirium tremens*, Jan Kowalewski era siempre capaz de juntar los talones, inclinar la cabeza y decirme imperturbable: "Que tenga buena noche, *Sierżant Pernak*."

—*Do widzenia, Pułkownik Kowalewski.*

Jan Kowalewski me admitió en su círculo íntimo. La misma pasión por la Verdad que lo había convertido a la teosofía, lo incitó a crear el departamento de *inteligencja* del *Urząd Bezpieczeństwa* que le permitía "separar la paja del trigo", y también lo llevaba a frecuentar a los artistas del grupo *Bunt*, "los sediciosos", una asociación de vanguardia cercana al KPP y a organizaciones piłsudskitas radicales, que publicaba un pequeño periódico, organizaba exposiciones, traía conferencistas de Varsovia y de Berlín y, en fin, causaba revuelo entre los pintores de la Sociedad de Amigos del Arte. Kowalewski no se perdía las reuniones del grupo, les ayudaba con la compra de cuadros expresionistas, algunos de los cuales fueron a parar en los muros de nuestro Cuartel General entre la fotografía de Piłsudski y el retrato de Lenin.

Jan Kowalewski gustaba rodearse de mujeres "leídas"; prefería a las que practicaban alguna forma de arte, la pintura, la poesía o el ensayo crítico, y despreciaba a las "musas" y las "organizadoras", que solían ser rancias aristócratas que cambiaron el voto religioso por la religión del arte. Creo ahora que el trato con estas mujeres inteligentes le permitía vencer su timidez, o tal vez disfrazar una impotencia sexual que olvidaba en el alcohol, en discusiones literarias —o en discusiones literarias ahogadas en vodka.

Quise seguir sus pasos, y él me alentó a cultivar la amistad de Jadwiga Zallvski, una estudiante de la Academia de Arte, a quien conocí en una de las inauguraciones del *Bunt*, en un local improvisado de la calle Berlińska.

El padre de Jadwiga, ingeniero, trabajaba en la construcción de Gdynia, el puerto gemelo a Gdańsk, pero en territorio polaco, que nos habían otorgado, como se decía entonces, *ces messieurs de Versailles*. Jadwiga vivía con una hermana mayor en un cuarto del barrio de San Lázaro. Tenía un novio, que también era ingeniero, pero como muchas de las chicas que militaban en la izquierda, consideraba el sexo una gracia que se podía satisfacer fácilmente y en cualquier situación, particularmente en momentos en que la solidaridad lo exigía. Un poco para emular a Kowalewski, empecé a frecuentarla en mis ratos libres. Íbamos al cine; me enseñaba sus progresos en el arte del grabado en madera, discutíamos nuestras lecturas. En esos pocos meses nos volvimos buenos amigos.

La acompañé a Gdynia en Semana Santa. Haciendo alarde de mi pericia en el remo, la llevé en una lancha por el estuario del Vístula y, parado como figura de proa en medio de la ensenada, con el Báltico a mis espaldas, le declamaba a gritos versos de poetas franceses que aprendía de memoria porque me servían entonces para mis códigos silábicos. Comimos huevos duros con pan, y tomamos cervezas que dejamos refrescar en una bolsa de lona colgada bajo la lancha. Nos quedamos acostados largas horas, desnudos en el fondo del bote, mirando al sol de frente, derivando al flujo de la marea.

Jadwiga me habló de su infancia en Varsovia, y de sus tiernos miedos durante la guerra. Me besaba en la nuca, acariciaba delicadamente mi miembro. Finalmente, lo tomó en su boca y lo succionó largamente.

Yo también exploré su cuerpo. Hundí mis dedos en su sexo. Senti el ardor de su vagina cerrarse sobre mi mano y el flujo impetuoso me empapó. Jadwiga gemía, la cabeza hundida en mi cuello. Eyaculé en sus labios. Me abrazó, me dio las gracias. Fue todo.

Más tarde, sentados en la lancha, le hablé de Itzik Falken. En un principio, no me pareció que se opusiera al relato de mis amores masculinos; acaso le intrigaban. Después de oírme, sin embargo, se apartó de mí y me lanzó: "Regresemos a Gdynia. ¡Qué asco me das! No sé cómo dejé que me tocaras..." Traté de explicarme, pero no creo haber sido muy convincente. "Eres víctima de tu educación burguesa — acabó diciendo con un dejo de explícita condescendencia —, estas enfermedades se curan..." Y agregó: "...en Moscú."

Pero aún prendido de mi inextinguible pasión, me alcé en la proa y declamé para el cielo, el mar, el Vístula y la costa de mi Polonia; para Itzik Falken:

*As fast as thou shalt wane, so fast thou grow'st,
In one of thine, from that which thou departest;
And that fresh blood which youngly thou bestow'st,
Thou mayst call thine when thou from youth convertest,
Herein lives wisdom, beauty, and increase...*

"No sea ridículo, Theodor Pernak, quiero regresar a Gdynia", gritó Jadwiga, y me empujó al agua. El verso del poeta quedó trunco. Me dejé caer como piedra, aguantando la respiración. Vi el rostro de Jadwiga por encima de la borda. El rumor del mar se alejaba. Escuché la vibración de un carguero entrando a la ensenada. Emergi, segundos más tarde, al otro lado de la lancha.

Era el último día de nuestras vacaciones. El sol, a la derecha, se ocultaba detrás de las grúas del puerto. La luna se elevaba sobre el Báltico. Una luna redonda, pálida y silenciosa, perseguía los primeros astros sobre el espejo verdoso en la parte más oscura del atardecer. Los versos del poeta se ahogaban en el tufo empalagoso a lodo putrefacto y alquitrán del estuario. El último día de mis últimas vacaciones. Comprendí que nunca, en la larga perspectiva de mi próxima existencia, viviría un instante tan lleno de sensaciones confundidas, que mis veinte años se quedarían aquí para siempre resumidos, y cerré los ojos.

El verso del poeta quedó trunco. Sentí el vapor cálido, oí el runrún del motor, los chillidos de las gaviotas. Discerní detrás de mis párpados fulgores dorados, una lluvia de partículas de oro cada vez más oscuras. El sol de frente. ¿Quedaría ciego? La mano victimaria de Jadwiga sobre mi hombro desnudo interrumpió la añoranza de un presente interminable. Dilatados de luz, de aire y de mar, ebrios de sol y agua salada, los ojos de Jadwiga pestañearon en el último relámpago del día. Escuché el toque de queda en la Aduana, anunciando a lo lejos el final de la jornada. Alcancé los *Sonetos* de Shakespeare, los dejé caer al agua y observé largamente cómo se abrían las páginas del libro en los remolinos, cómo se desprendían los versos en el estuario del Vístula, ahí donde mi tierra se junta con el Báltico.

— ¡Qué necio eres! — me gritó Jadwiga. Sí, quería ser necio. Quería que Jadwiga me detestara, que dejara mi lancha, que se casara con su novio ingeniero y me dejara en paz, sin futuro. Le prometí que nunca la volvería a ver.

Ese momento tiene, de cualquier modo, un sitio privilegiado en la colección de recuerdos que fui almacenando al filo del tiempo, y forman la sustancia de estas memorias.

No se me ocurrió entonces, pero luego tuve que confrontar las evidencias: Jadwiga sí reportó la "espontánea confesión" del sargento Theodor Pernak, y un breve informe del tenor de mis relaciones con Itzik Falken aterrizó en la oficina de Ossip Pyatnitzky. No lo supe de inmediato: mi madre ni siquiera conocía el nombre de "Theodor Pernak", oscuro sargento de la UB y agente doble al servicio de la KPP exiliada, que ahora conformaba el Estado Mayor Combatiente de la Comintern.

La carta tenía sello de Berlín, pero por la textura del papel supe que provenía de Moscú. El billete, obviamente escrito en la inevitable Rémyngton, sólo decía.

Mi hijo,

Nuestra situación aquí es inmejorable. Tu tío habló con el viejo y las puertas de la Academia están abiertas. El padre Anton te contactará de mi parte dentro de unos días. Espero tenerte muy pronto entre mis brazos.

Tu madre que te quiere.

Toqué, un poco intimidado, a la puerta del departamento del coronel Kowalewski. El terrier ladró y empezó a rasgar la puerta. Kowalewski ya estaba en bata, un trago en la mano, un libro en la otra. Me disculpé por interrumpirle tan tarde, pero me hizo signo de pasar y me ofreció un cigarrillo antes de hundirse en su sillón de lectura. "¿Qué sucede, *Sierżant* Pernak?"

Le conté todo, sin tomar aliento: le dije que Anton Krajewski me había contactado. Activista de la primera hora y uno de los fundadores del KPP, Krajewski había desaparecido muchos años, pero ahora se había convertido en uno de los tchekistas más cercanos a Feliks Dzierżyński, y un enlace entre la Lubyanka y la Oficina de Organización, el brazo armado invisible, de la Comintern: la oficina de Pyatnitzky. Me había citado en el Automatic Restaurant de la Berlińska con un mensaje de Dzierżyński, que quería encomendarme una importante misión. Sabía por Maxim Walecki que yo era uno de los criptógrafos más capaces y mejor formados en aquellos dos años de rígida disciplina en la *Urząd Bezpieczeństwa*. No estaría mal, por supuesto, que complementara estos estudios con un par de meses de prácticas en la muy discreta escuela técnica del general Żbikowski, cerca de Moscú, en que sólo se entrenaba a los cuadros del KPP, y otros cuantos en la Unidad para Extranjeros, que dirigía Ossip Pyatnitzky, el gran gurú del *OrgBuro*.

"No tiene por qué contestarme ahora, Dąbrowski. No tenemos prisa. Piénselo unos cuantos días o unas cuantas semanas, y contáctenos", me había dicho Krajewski. Luego: "¿Dónde están sus lealtades?"

—¿Y dónde está su lealtad, *Sierżant* Pernak? —me preguntó Kowalewski.

—Aquí estoy, *Pułkownik* Kowalewski —y me cuadré frente a mi jefe, juntando sonoramente los talones.

"La ocasión que esperábamos. No podía caer en mejor momento", me dijo paternalmente. "Estamos llegando al punto de ruptura con el PCUS. La expulsión de Leszczyński no nos permite seguir. Si sólo Brand fuera un poco más agresivo..." Suspiró. Luego: "Es el momento o nunca. Usted debe aceptar, *Sierżant* Pernak. Usted tiene que ser nuestro agente en el seno de la Comintern." No estoy seguro si dijo "nuestro topo", pero da lo mismo, etcétera.

—Como usted diga, *Pułkownik* Kowalewski —y me cuadré ante mi jefe.

Cada quien por su lado, sin concertarlo, Anton Krajewski y Jan Kowalewski prepararon mi doble desertión.

Recogí, en el depósito de la Estación Central, una maleta de cartón que contenía cuatrocientos dólares americanos y un traje de pana verde a mi medida. En el último momento, salté al expreso de Berlín. Me encerré en el wc y cambié de ropa. Deslicé mi uniforme gris con el rayo amarillo por la estrecha ventanilla; los pantalones primero, luego la camisa, las botas, la visera. Con un gorro blando caído sobre el ojo, el traje de pana verde de pantalones bombachos, parecía un chulo parisiense. Dejé el tren en la estación de Świerbodzin. Cruzé las vías cargando la maleta de cartón que me estorbaba —se veía demasiado *soviética* para mi gusto. Una calesa me esperaba, conducida por un anciano. Me dormí en el asiento mientras cruzábamos los trigales al paso lento de un mal caballo tan viejo como su amo.

Permanecí diez días en una granja de Zozłogi, aislada entre campos de cebolla: los diez días convenidos con Jan Kowalewski para que organizara mi captura, pegara mi fotografía en las estaciones del ferrocarril y los puestos de aduana, lanzara mensajes por radiocomunicación advirtiendo a Moscú de mi fuga, y reportara los nulos avances de esta investigación a Piłsudska en Sulejówek. No traía ningún libro, ningún cuaderno, y no había nada que leer en esa granja inhóspita que administraba una pareja de viejos sindicalistas malhumorados, socialistas de vieja estirpe que habían luchado en 1905 sin lograr nada bueno ni para ellos ni para su región. Paseaba por los plantíos de cebolla, admirando las dulces ondulaciones de mi Polonia, respirando sus efluvios de verano, durmiendo toda la tarde a la sombra de los sauces a pesar de los mosquitos hambrientos y, desde luego, nadando desnudo en un lago plácido de aguas negras como alquitrán.

No sabría decir cuántas horas al día pasé nadando en ese lago negro, aislado entre trigales, plantíos de cebolla y un pequeño bosque de pino que escondía el campanario de la minúscula iglesia de Zozłogi. Los chicos del pueblo venían a sentarse en la ribera y me miraban ir y venir de un lado a otro del lago. De vez en cuando, empujaba un *sprint* en mi mejor estilo español, tratando de romper mi propio récord. Los muchachos me aplaudían cuando tocaba tierra. A veces se echaban al agua a mi alrededor e imitaban mis movimientos entre risotadas y borbotones de espuma.

Nadaba sin dejar casi huella, sin levantar espuma. Era mayor de edad y estaba orgulloso de mi cuerpo. Orgulloso de mi complexión eslava, de mis largas piernas que respondían al menor impulso de mis nervios, de mis brazos bronceados; de la sincronización de mis músculos que parecían funcionar sin depender de las órdenes de mi cerebro.

Tumbado en la hierba, sentía el sol de Polonia encender mi piel. Cerraba los ojos para dejar que los rayos formaran manchas doradas, informes y movedizas, detrás de mis párpados. Sentía la brisa cosquillear entre mis vellos. Mascaba una brizna de paja, y tragaba ese jugo agrio. Me masturbaba y dejaba el semen secarse sobre mi vientre en un revoloteo de moscas. Oía la tierra de mi Polonia, sus tufos de verano, olor a adormidera y a pino recalentado.

No tenía qué hacer y todo era perfecto. Mi cuerpo era una maquinaria perfecta. Mis pensamientos, casi inexistentes. Sin angustia, sin deseo.

Sólo quería que aquello no terminara nunca.

Así me despedí de mi querida Polonia.

Vestido con un overol y una chaqueta de cuero, crucé a pie la frontera, por Katowice, con un simple salvoconducto de tránsito que usan los obreros de la ciudad para ir a trabajar en Alemania. El tranvía salía del centro de Katowice y llegaba hasta el puesto fronterizo. Ahí, todos los pasajeros bajaban, se alineaban frente al oficial de turno, mostraban su salvoconducto, y subían a otro tranvía que atravesaba los barrios fabriles de Beuthen. En cada parada, los verdaderos obreros descendían y se dirigían a su fábrica. La parte difícil fue encontrarme en una ciudad desconocida, pletórica de agentes aduanales y, probablemente, de agentes secretos disfrazados de obreros, sin que ninguno observara mi poca familiaridad con estas calles,

estos edificios... Por supuesto, aprendí de memoria el plano de Beuthen, y un instintivo sentido de orientación me auxilió, pero es muy distinto guiarse por la lejanía de las chimeneas, una esquina conocida, o por la sola memoria de nombres de calles que formaban cadenas silábicas como mis poemas radiofónicos cifrados. Bajé del tranvía en la tercera y penúltima parada, y alcancé a tres obreros que arrastraban los pies de mala gana. Dos de ellos entraron en una taberna y los seguí hasta adentro. En alemán, pedí un tarro de cerveza al dependiente, y me fui a sentar cerca de una ventana que abría sobre un jardín trasero. Los obreros que me precedían empinaron una *Feuerwasser* de un solo trago, y salieron de la taberna. Aguardé media hora, sorbiendo mi cerveza con lentitud, leyendo el periódico que había comprado al cruzar el puente.

Salí y caminé hacia el centro de la ciudad, guiándome por el campanario de la iglesia. Sabía que la estación de ferrocarril estaba al oeste de la plaza. Mi contacto me esperaba en el andén, con una maleta de cartón de corte soviético casi idéntica a la mía. Me coloqué a su lado, encendiendo un cigarrillo, y susurré en voz baja la contraseña. Al poco rato, ella se apartó llevándose mi maleta. Terminé de fumar, y golpeé la colilla con los dedos en una especie de juego balístico: si caía, como preveía, entre dos polines, me cambiaría en el tren; si caía en un polín, me cambiaría en los wc de la estación —que era más peligroso. La colilla cayó en un polín, y fui a los baños. Me cambié de ropa: saco ancho a cuadros, pantalón recto color miel, una boina de la misma tela y zapatos de dos colores.

El pasaporte que llevaba en la bolsa de la chaqueta, impecable, sellado por el ayuntamiento de Hamburgo, me identificaba como Artur Deckert, estudiante. No precisaba, por suerte, qué es lo que estudiaba Artur Deckert, lo que me permitió inventar personas extravagantes sin que se pudieran detectar las incongruencias de mis relatos.

Me subí al expreso de Berlín. Desde la Estación del Zoológico, llamé a Paul Wegener. Temía que el actor no recordara la orgía del Hôtel de Rome, pero no fue así: lanzó una risotada cuando me identifiqué —creo que por última vez— como Stefan Dąbrowski:

—¿*Das Posen Chorkind*? ¡Cuánto tardaste en llegar a Berlín!

Lyda Salmonova, la esposa de Paul, me esperaba en las escaleras de su casa en Charlottenburg. Paul llegaría más tarde de los estudios cinematográficos. Mientras lo esperaba en la sala, tomando té con Lyda, llegó Martin Arnsberg.

Con Martin Arnsberg todo fue diferente, complicado, ambiguo, enigmático. Así era él, doble, a la vez poeta y dentista, anticuario y comunista, incoherente hasta en la manera de morir. Tenía treinta y dos años cuando lo conocí, casi me doblaba la edad. Su manera de vivir parecía regulada, pero en realidad era oscura, impenetrable, y no deseaba compartirla.

Martin Arnsberg había llegado de Viena después de la caída del Imperio, con su madre, dos hermanos y tres hermanas. La viuda Arnsberg se asustó cuando los periódicos de Viena empezaron a llenarse de "preocupaciones judías"; prefirió abandonarlo todo e instalarse en la Hirten Straße, en el corazón del barrio judío de Berlín. Martin se recibió

en 1920 y, con la ayuda de su madre, abrió un consultorio dental cerca de Potsdamer Chaussee, diseñado como estudio fotográfico, con salones de recepción, plantas tropicales, acuarelas en los muros tapizados de lino; una clientela muy selecta, que podía leer *Littérature*, *De Stijl* o *Z*, antes de sufrir la inserción de una fresa en la muela atormentada. De martes a viernes, de diez a ocho, Martin tapaba caries, maquillaba encías ennegrecidas, diseñaba implantes de oro; desaparecía los viernes por la tarde pues le tocaba encender la Menorah en Hirten Straße, con su madre, sus hermanos y el rabí Kaplan. En la madrugada del domingo —fin de fiestas del sábado, desde mi perspectiva—: asaltaba el Adonis Diele, una taberna en la Friedrich Straße cuya estrecha puerta estaba casi escondida por un puente del ferrocarril. Las demás noches, si no era demasiado tarde, si no llovía, daba una ronda por el parque Schiller o ciertas zonas del Tiergarten aledañas al Spree.

Después de la cena, Paul y Lyda se retiraron, dejándome a solas en la terraza con Martin Arnsberg. Con Martin, los preámbulos eran breves; economizaba su energía, así que al poco rato me invitó a pasar la noche en su departamento. Jamás había visto algo así: un piso entero de corredores, puertas y más puertas, que abrían sobre los mismos salones, las mismas recámaras. Cada habitación tenía, por lo menos, dos puertas, si no tres. Rebasaba en extravagancia y saturación la casa de Paul Wegener, aunque compartían el mismo gusto por muebles *Jugendstil*, lámparas de Gallé, mesas de laca china, cacharros, tapetes orientales, cortinas, efesos de bronce, estampas de Kupffer que cubrían hasta los muros tendidos de raso del cuarto de baño dominado por un *tub* de peltre en un estrado como en el proscenio de un teatro en miniatura. Ese laberinto en forma de U parecía articulado alrededor de este cuarto de baño. Una terraza rodeada de hiedra dominaba los techos de pizarra de los edificios circundantes. Ahí se desayunaba, se comía, y ahí pasé tardes de holgazanería a los pies de una copia del *David* de Donnatello. Un museo de inutilidades que compraba en tiendas de antigüedades, bazares, o mandaba replicar con artesanos... Su manera personal de reconstruir la fortuna austro-húngara que la guerra le había arrebatado.

Martin llenó el *tub* de agua caliente. Sin pudor, conociendo la intensidad de su mirada sobre mi trasero, me desvestí y derrumbé mi cuerpo molido después del viaje, mientras se sentaba en una silla, con un balón de coñac en la mano, mirando mis muslos tendidos en el agua tibia, y ese vientre plano que aún no mostraba los nudos musculosos de mis entrenamientos. Los ojos entrecerrados, escuchando su panegirico de la vida berlinesa, me ofrecí a su mirada, obedeciendo su mirada (con Martin Arnsberg, no era necesario usar ardides de seducción; el deseo emanaba de su manera de quedarse parado, un pie delante del otro, la mano en el hombro, los ojos bravos descansando en el único objeto de su apetito, los labios temblorosos). Martin Arnsberg me prestó una bata japonesa y me llevó a una habitación recóndita. Paul Wegener me había predispuesto a pasar una primera noche en esta *chambre de nuit*, pero Martin sólo dijo que me esperaba para desayunar a las nueve, y cerró la puerta. Fue todo: me quedé mirando el plafón adornado de estucos dorados, un foco dentro de

un hongo de vidrio opalino. Estaba en Berlín, no lo podía creer, y el Berlín de Martin Arnsberg rebasaba todas mis fantasías.

Pasaban, creo, de las diez de la mañana, y Martin me sacudió del hombro. Estaba apurado. Tenía que llegar a su consultorio. Me vería a la hora de la cena. "Schlank" me acompañaría todo el día.

Schlank me esperaba en la terraza, tomando café. Era un muchacho flaco, pálido, de ojos llorosos, largas orejas, el pelo lacio, negro; arquetipo de alemán del sur arrollado por la crisis. Me miró de pies a cabeza cuando entré, y sentí su celo y su desprecio. "Das Posen Chorkind": repetía el mote que me había puesto Paul Wegener aquella noche en el Hôtel de Rome. Su mano temblaba cuando me sirvió un tazón de café. "Apúrate, que tengo que llegar a trabajar." Me cuadré. Junté los talones con un ruido seco. Lo saludé con el brazo extendido. "A sus órdenes, mi capitán", y la apretada bata japonesa de Martin Arnsberg se abrió sobre mi vientre. No estoy seguro de que lo hice adrede pero sí rompió el hielo. En una situación como ésta era muy difícil contener una erección; me resultó fácil exhibirla y usarla como arma de algo que ya no era seducción, sino deliberada, concertada, provocación. Aprendí en ese momento cómo acabar con situaciones delicadas, usando el anzuelo de una ojeada cómplice, el cebo de una excitación provocada y, como carnada, mi verga erecta apuntando al ombligo enemigo. Schlank comprendió, se acercó a mí, me besó en la boca y me llevó a la habitación de Martin Arnsberg, la *chambre de nuit*.

Schlank, por supuesto, no tenía más trabajo que atender los caprichos del doctor Arnsberg —como lo llamaba—, así que después de bañarnos juntos, entre risas y meneos, en el *tub* solemne, Schlank me llevó a recorrer Berlín. Nos reunimos con Martin en el Romanische Café, a las ocho de la noche. El Café estaba lleno de extranjeros, ingleses, franceses, muchos americanos. Martin y Schlank conocían a un buen tercio de los presentes. De mesa en mesa, iban saludando a sus amigos. Una fuente de ostras. Muchos tarros de cerveza. Más saludos, ya eran las doce: fuimos a terminar la velada al Eldorado. Luego, Martin me invitó a pasar la noche en el departamento de Führbringer Straße, porque era demasiado tarde para llegar a Charlottenburg y tocar en la puerta de Paul Wegener, y nos quedamos juntos los tres, en la *chambre de nuit* y, por los siguientes cuatro días, siempre fue demasiado tarde para llegar a tocar la puerta de Wegener.

Martin Arnsberg no era egoísta. No es eso, es más complejo que eso. Conmigo, por lo menos, fue el más generoso, el más atento, mi amigo, mi compañero, mi ángel de la guardia, y no sabría escribir cuánto me duele ahora su ausencia, aunque de ser generoso como él lo fue conmigo, no quisiera que viera el mundo que dejó a su salida. Llegaba a la hora de la comida. Nos encontraba en cama, abrazados, el uno dentro del otro. La primera vez, Schlank y yo nos miramos un poco avergonzados, pero Martin Arnsberg no hizo ningún comentario. En el fondo, creo que no le importaba. No sentía celos mientras lo penetrábamos alternativamente. Martin Arnsberg, por supuesto, era comunista: no quería a nadie, pero necesitaba satisfacer sus impulsos sexuales, y por ello era generoso.

Me estaba distrayendo, Berlín era una ciudad fascinante, pero tenía que llegar a Moscú cuanto antes —y, en una parte de mí, deseaba alejarme de

Martin Arnsberg y de aquel absurdo *ménage à trois* con Schlank—, así que abordé por primera vez el nocturno de Hamburgo para embarcarme en un carguero soviético que también llevaba pasajeros "especiales" hasta Petrogrado. Se llamaba el *Kooperatzia* y mis únicos compañeros de travesía fueron, ni más ni menos que Ruth Eisler-Fisher y sus hermanos menores, Hanns y Gerhardt Eisler, con quienes me estaba prohibido hablar... pero no nos quedó otra: durante los tres días de esa travesía del Báltico otoñal nos sentamos frente a frente en el comedor, jugando baraja y ajedrez, tomando vodka ruso, y hablando febrilmente de la situación política en Alemania.

Ruth Fisher y su marido Maslov seguían entonces —era de esperarse— la línea post-luxemburguista de Klara Zetkin y, en ese momento, era del todo opuesta a la línea Zinoviev que adoptó poco tiempo después. La "Gran Dama" utilizaba seudónimos de cantante de ópera, Liene Boßhardt, Lore Müller, Clara Werth en sus misiones confidenciales, y era insuperable en la muy británica y burguesa mesa de bridge. A sus veintiséis años, Hanns Eisler ya era casi calvo, y con su largo rostro pálido, sus orejas desmedidas, la afilada y larga nariz, los ojos vivaces borrados detrás de los anteojos de oro, el amplio abrigo que barría el piso, era como una caricatura del intelectual judío. Hanns era músico o, mejor dicho, compositor y discípulo de Arnold Schönberg, e iba, como yo, a estudiar en la Unidad para Extranjeros —que unos meses después dejó de estar camuflada, y se convirtió en la Escuela Lenin de Acción Política. Hanns era dulce, alegre y apasionado como su hermana mayor y siempre algo ausente, sobre todo en presencia de su hermano Gerhardt. Desde luego, Hanns Eisler y yo nos volvimos amigos: le divertían mis ensayos en el acordeón cuando masacraba en la popa del *Kooperatzia* —para que nadie escuchara mis gallos— una *Internacional* a ritmo de polka. Por el contrario, Gerhardt, el menor de la familia, era un hombre mustio, silencioso y encogido, que no participaba en las conversaciones, sino que jugaba mi as contra tu reina con los ojos fijos en el mantel verde.

Si lo pienso ahora, no imaginaba entonces que Hanns Eisler pudiera hundir a sangre fría un escalpelo en la yugular de un traidor sin dejar de tararear a media voz alguna canción desesperada, pero sí desconfiaba de Gerhardt, cuyas anchas manos de carnicero bien podrían apretar sin esfuerzo un cuello y romper de un gesto la primera vértebra cervical sin dejar de observar las cartas en el mantel verde de una mesa de bridge. Con su elegancia, unas poses aristocráticas que sabía disfrazar de modestia y una sensualidad que afloraba por todas partes, Ruth Fisher era indudablemente una cabecilla capaz de conmovir y transformar a sus seguidores; sus hermanos, por contraste, tanto el brutal Gerhardt como Hanns el inaccesible, eran individuos anodinos.

Y por ello quizá, Hanns Eisler siempre andaría a la sombra de personajes tan impulsivos como su hermana.

Mamusia Justyna Ożarowska me espera en el andén, perdida entre cargadores gritones en camisa de dril, ancianos cocheros de levita, taxistas de boina recta, inspectores vestidos como obreros. Mamusia no está sola, la acompañan dos hombres pelirrojos, de definidos rasgos

eslavos, cuya única tarea aparentemente es indicar — con un marcado acento judío lituano — nuestra dirección al taxista o, simple y llanamente, vigilar esta única *entrevista oficial y personal* permitida con mi madre durante los ocho meses de mi estancia en Moscú. Ni siquiera ofrecen ayudarme a cargar la pesada bolsa durante esta travesía de la ciudad que nos deja en las puertas del Hotel Lux, en la Tverskaya, en el corazón de la ciudad.

¿Qué espero de Moscú en aquella mañana de finales del verano?
¿La visión de una ciudad del futuro? ¿Geometrías constructivistas?
¿La realización tangible del triunfo de la Revolución proletaria? Es una ciudad cualquiera de este lado del Oder: filas de pesados edificios no tan distintas de los nuevos barrios al este de Poznań; calles anchas, llenas de merolicos, vendedores callejeros — las peras, las manzanas, los duraznos, en su esplendor otoñal, llenan la Tverskaya del inconfundible sabor septembrino de mi mercado de San Bernardo —; gitanos de rodillas, ofreciendo a los obreros del Oeste que llegan a los hoteles asignados a extranjeros, samovares de cobre, tapetes del Turquestán, fíbulas afganas, montones de tarjetas postales, libros en cirílico de pastas desgastadas, iconos verdaderos y falsos, hurtos de la Revolución, etcétera. En la puerta de los hoteles, los regidores de botones claman "*I speak English. Ich spreche Deutsch. Prego, prego! Hôtel Savoie, Monsieur! Bienvenue, señor!*" A primera vista, Moscú es la capital cualquiera de un país inclinado hacia Oriente, apenas distinta de Varsovia por los bulbos de las iglesias, los pesados arcos blancos que rodean Kítaí Górá y esconden el Kremlin.

Antes de llevarme a la Escuela Lenin, en la Voroskaya, los lituanos se sientan en la mesa del comedor del Hotel Lux, y asisten al reencuentro de una madre con su hijo. Al otro extremo de la cantina, la familia Eisler-Fisher observa con recelo al anónimo pasajero del *Kooperatziá*, instalado ahora en el *sacro sanctorum* de la Revolución mundial.

Es todo lo que puedo decir.

Ossip Pyatnitsky me mandó llamar. Me esperaba en el minúsculo despacho de un austero edificio de oficinas de la plaza Voskressenskaya, cerca de la Duma. Sentado detrás de un escritorio cubierto de papeles ordenados en legajos, cerrados por cintas de diferentes colores, cruzaba los pies en una estufa que rugía en el silencio del invierno, y sobre la que humeaba un samovar. Había carteles de propaganda en los muros, que llenaban los huecos del papel tapiz roto y deslavado. En una silla, bajo una ventana ciega, estaba sentada una mujer de rostro austero y sonrisa mecánica como la que, años más tarde, le vi a Tina Modotti. Traía una falda corta, que dejaba ver sus anchas rodillas cruzadas, y llevaba el cabello recogido hacia atrás. No habló durante esta primera entrevista, pero luego supe que se llamaba — o se hacía llamar — Iulia Sokolova. En lo civil, era la esposa de Ossip Pyatnitsky, y la madre de su hijo. En la OGPU, el nombre de Iulia Sokolova era aún más temido que el de Helena Stassova, la secretaria del Comité Central del Partido ruso que firmó la expulsión de Trotski del Politburó.

El hombre que azotaba al Comité Ejecutivo de la Comintern, era bajo, redondo, con cara de baturro obtuso y ojos eslavos como los de Itzik

Falken, azules casi grises, llenos de chispa. Pasada la cuarentena, parecía un apacible burócrata, un padre de familia que sólo esperaba la hora de su retiro para cultivar una hortaliza. Por algún motivo, cierta fatiga tal vez, pero que no sabría precisar, me recordaba a mi padre. Me miró de arriba abajo y me extendió una bombonera de una marca de chocolates suizos — una rareza en Moscú entonces. Se levantó para servir el té y, de paso, abrió un archivero del que sacó un grueso legajo que arrojó sobre el escritorio, entre nosotros. Empezó, muy naturalmente, preguntándome cómo me sentía en Rusia, cómo iban mis estudios, qué me parecía la Universidad Comunista, las instalaciones, el gimnasio, los dormitorios. Cómo trataban a los estudiantes de la Escuela Lenin. Qué me había parecido el baile organizado por los *Komsomols* de Lituania, y si el vodka ruso era mejor que el polaco. Coincidimos en que el vodka polaco tiene más carácter que el ruso. La conversación se volvió examen y Iulia Sokolova empezó a tomar notas en una libreta ("¿Puede aplicarse el concepto de 'guerra absoluta' de Von Clausewitz a las tácticas de guerrilla urbana?").

Luego, Pyatnitsky me explicó en breves palabras en qué consistían las operaciones del *OrgBuro*. Las pugnas de facciones en el CC del Partido Comunista de la Unión Soviética, después de la muerte de Lenin, habían perturbado la "línea mayoritaria bolchevique". Los efectos perniciosos de estas polémicas, mal comprendidos por los partidos comunistas del mundo que se aferraban a ideas ya caducas, empezaban a repercutir en una atomización de la idea misma de bolchevismo, que era necesario recomponer en breve. Se volvía necesario, pues, no tanto romper los huesos de los oponentes, sino destruir a todos aquellos que carecían de huesos y, por lo tanto, eran aún más perniciosos. El *OrgBuro* tenía la misión de enviar "instructores" encargados de supervisar "discreta y anónimamente" a los agentes "oficiales" — las embajadas y agencias comerciales soviéticas — e "ilegales" — los "agentes de reserva" de la recién creada OGPU que actuaban como topos en organizaciones comunistas o afiliadas —, y asegurarse que las *Veintiún resoluciones* del último Congreso de la Comintern fueran aplicadas estrictamente. Los hombres de Pyatnitsky, por lo tanto, eran espías de espías con facultad de disponer castigos — exilio, martirio, muerte — a los "desviacionistas". Era necesario "rebolchevizar" a los partidos comunistas, desde China hasta la Argentina, infundirles un renovado "espíritu de masa", su devoción al marxismo revolucionario y a la Revolución proletaria, su naturaleza centrípeta sistemática, y su estructura militar. Una de las tareas de los agentes del *OrgBuro* (la "doctrina Manuisky") era la creación de una arquitectura de células independientes entre sí, en las fábricas, los sindicatos, las oficinas de gobierno, en las asociaciones deportivas y en cualquier otra organización ya establecida y susceptible de ser infiltrada.

Un agente del *OrgBuro* plantado en un país extranjero sólo dependía del Politburó (es decir, del Kremlin), y debía mantener a toda costa su "independencia" con respecto a las organizaciones comunistas en los países "huéspedes".

Pyatnitsky hojeaba mi expediente; las hojas desfilaban como al azar, aunque ahora estoy seguro de que habían sido previamente ordenadas para persuadirme...

"Leí los reportes de sus maestros, *dorogoi* Dąbrowski..." (Interesante. No se servía conmigo del funcional *tovarich* de la Revolución, sino del cariñoso y anticuado *dorogoi*. Como todo en Rusia, Pyatnitzky alternaba, según le convenía, modos y fórmulas del *ancien régime* con distintivos bolcheviques.)

"Algo excepcional. Es usted uno de los jóvenes mejor preparados de su generación. Habla y escribe cuatro lenguas; entiende otras dos." (Era entonces una obsesión de los servicios secretos, todo el mundo aprendía lenguas extranjeras, tres o cuatro al mismo tiempo si era posible.)

"Excelentes calificaciones en matemáticas. Bien en fotografía, medicina forense, en artes marciales. De hecho, veo que es campeón en natación. Sugieren que compita en la próxima Espartaquiada. Eso es excelente."

Luego: "Ah, la teoría. ¿No es su fuerte, verdad?"

Luego: "Entrenado en radiocomunicación y criptografía. Necesitamos hombres como usted, camarada Dąbrowski. El futuro de la Revolución está en manos de jóvenes como usted."

Luego: "La Espartaquiada, eso está muy bien, ¿pero no le parece poco, camarada Dąbrowski? ¿Con su talento?"

Luego: "Tenemos proyectos más ambiciosos. Queremos ofrecerle una misión, Dąbrowski. Una misión muy especial, desde luego, pero..."

Hojeaba el expediente, la cabeza inclinada, sorbiendo su té. De pronto, se detuvo, subrayó una línea con el dedo. Dio una palmada al legajo y, sonriéndome, lo cerró bruscamente. "Sí, definitivamente, usted es el único que nos puede ayudar en esto. Una misión compleja. Necesitará paciencia, mucha paciencia."

Miró su reloj y, como si se hubiera entretenido demasiado tiempo conmigo, anunció que se tenía que ir, que tenía una cita.

—Quédese aquí, la camarada Sokolova se lo explicará todo. ¿Verdad, Iulia?

Y luego, antes de salir de la pieza: "Salúdeme a su madre cuando la vea, camarada Dąbrowski. Una gran mujer, y alguien a quien debemos mucho..." Nunca volví a ver a Ossip Pyatnitzky.

La actitud de Iulia Sokolova se hizo más sedosa en cuanto Pyatnitzky salió de la pieza. Se sentó detrás del escritorio, encendió un cigarrillo que llenó la diminuta oficina de humo, y siguió hojeando mi expediente.

—¿Le ofrezco té, Stefan? ¿O prefiere otra cosa?

Sacó un antiguo reloj de bolsillo: "Ya es tarde. Unas cuantas preguntas y lo invito a cenar." Luego: "Hay extraordinarios restaurantes en Moscú, que seguramente no conoce..."

Me llevó al Na Kryché, un "privado" que sólo frecuentaba la élite del Politburó y sus invitados especiales, periodistas extranjeros, delegados de la Comintern, etcétera, en el último piso de uno de los edificios más altos de Moscú. Nos servimos en el buffet y nos sentamos al fondo de aquel inmenso salón extrañamente iluminado por candiles anaranjados. Un mesero de blusa del mismo tono naranja nos trajo como "cortesía" (¿de quién?) una botella de Bourgogne que me dejó mareado después del segundo trago.

Iulia Sokolova se quitó la chamarra; en su *rubashka* blanca, se veía menos severa. Encendió un cigarrillo, y puso su mano humeante sobre la mía.

"Es usted un joven muy guapo, Stefan Dąbrowski. En realidad, debería decir, hermoso. Esas manos finas. Sus brazos... Déjeme ver sus brazos."

Arremangué mi camisa hasta arriba del codo. Eran palabras de seducción, pero el tono no lo era. Iulia parecía actuar un papel mal ensayado de una pieza teatral infantil.

—¡Qué brazos! ¿Cuánto hace que entrena para la Espartaquiada?

—No, no para la Espartaquiada. Entreno desde que tenía dieciséis años. Por el deporte...

—Sí, es cierto, en el Klub Wioślarski...

Puso sobre la mesa el expediente que se había llevado como si fuera casual. Repasó con un dedo algunas de las hojas; frunció el ceño como de desagrado; cerró el fajo y me lo extendió.

—Vea usted, camarada Dąbrowski. A mí, en lo personal, me repugna... Si fuera por mí...

Ahí estaba todo: desde las maquinaciones de mi padre para congraciarse con industriales alemanes hasta cómo financió la revista *Falanga*; los detalles de su muerte, incluyendo la mención de la visita de una mujer llamada Emperatriz, la noche anterior a su "suicidio", y el reporte de una empleada del hotel, obviamente al servicio de la Tcheka, que escuchó gritos a través de la puerta, fue la primera en penetrar en la habitación y en dar parte a la dirección del Hotel Casino. Los escritos de mi madre, y sus propias notas "estrictamente confidenciales" sobre las actividades de Leszczyński y Henrik Brand.

Cartas del profesor Walecki, que describen día por día mis encuentros y mis peleas con Itzik Falken, y reportes anónimos de mis aventuras nocturnas en los parques de Poznań, con los nombres y apellidos de tiros casuales y apareos en los baños rusos que ni siquiera recordaba. Lo peor fue tal vez el informe "estrictamente confidencial" de Jadwiga Zailvski, que incluía mi "confesión de Gdynia".

En todo el expediente, el nombre de Itzik Falken había sido tachado con crayón graso indeleble. Pensé: "¿También tacharon mi nombre en el expediente de Itzik?"

Me quería morir. Quería irrumpir en el cuarto piso del Hotel Lux, aventar los expedientes de Pyatnitzky a la cara de mi madre. Quería tomar el siguiente tren a Poznań, tocar a la puerta del coronel Jan Kowalewski y contárselo todo...

Iulia Sokolova deslizaba su lengua sobre la copa de vino, mirándome fijamente, viendo cómo me turbaba, cómo me subía la sangre a la cara, cómo mis manos temblaban... Su tono cambió: "Eres una vibora, Stefan, asqueroso, promiscuo, corruptible... Por eso el *OrgBuro* te necesita." De repente, el tono de Iulia Sokolova cambió, se hizo más sensual, más íntimo también. Ahora me miraba a los ojos, sin desprecio, casi con simpatía. Un mesero abrió otra botella de Bourgogne.

—La Revolución mundial, agente Dąbrowski, necesita putas que sacrifiquen su belleza a la victoria del proletariado.

Dijo: "Por ello, la Revolución me necesita."

Dijo: "En esta guerra invisible contra el capitalismo, nuestro frente se encuentra en la cama del enemigo."

Luego: "Stefan, brindemos juntos. A mí, me hicieron lo mismo que te están haciendo ahora... Sé lo que sientes, el horror que sientes por ti

mismo. No te desanimes. Aprovecha esa oportunidad, ya que de todas formas ya eres una puta."

Su mano encerraba la mía. Con la otra, me acarició la mejilla. "Pobre Stefan, no te atormentes, y escúchame. No soy tu enemiga, sino tu cómplice en esta guerra."

Me serví, sin pensar, otra copa de la segunda botella de Bourgogne, mientras escuchaba a Iulia Sokolova. "Una primera advertencia, agente Dąbrowski, debes cuidar más tu persona, tanto en lo físico como en lo mental. Eres uno de los hombres más hermosos que he visto en mi vida, Stefan Leonard Dąbrowski. Debes conservar y cultivar esa belleza. No ahorres, la organización absorberá esos gastos. Comprate ropa elegante, a la moda, que se vea cara, que sea cara y haga valer tu fuerza, resalte los tonos de tu piel, la luz de tus ojos. Cuida tus manos, tus uñas, el corte de tu cabello. Usa, si es necesario, algunos cosméticos."

El índice de Iulia Sokolova recorría mis mejillas, mis labios; se detenía en mis párpados. De un brusco gesto, removió mi cabello. Luego acarició mi mano, mis brazos; hurgaba en el cuello de mi camisa.

"No descartes esa parte femenina tuya, porque atrae a hombres y a mujeres. Deja que florezca, sin exagerarla, por supuesto. Te encontrarás, sin duda, con otros agentes, trabajadores de nuestras organizaciones. Nunca dejes saber quién eres, no confíes jamás en ellos. Nunca reveles la naturaleza de tus misiones, ni siquiera por accidente. Si acaso te toca colaborar con otros agentes de nuestros servicios, no te desvíes un solo instante de las instrucciones de tu *agent de liaison*: es al único a quien debes obedecer, aunque sus instrucciones te parezcan absurdas. Ten en cuenta que él tiene contacto directo con el Comité Central y sus secretariados, es el único que tiene una visión general de lo que está sucediendo."

Se hacía tarde y el Na Kryché se vaciaba de clientes. Los meseros levantaban el buffet, apagaban algunas luces, se sentaban en espera del fin de nuestro encuentro.

"Por tu hermosura y tu condición pederástica, Stefan Leonard, conocerás secretos a los que, de otro modo, nuestros servicios no tendrían acceso. Por eso, eres un eslabón indispensable..." Iulia repitió dos veces la palabra: "Indispensable."

"...indispensable en nuestra organización. El conocer estos secretos nos permitirá reclutar a otros agentes que comparten tu misma depravación, y usarlos en la victoria final del comunismo, etcétera. También convencer a nuestros enemigos de clase que han cometido errores aun si son inocentes, etcétera."

Luego: "Eres el ángel delator, Stefan Leonard."

Senti náuseas. Las copas de Bourgogne se mezclaban con las luces naranja del Na Kryché y el discurso de Iulia Sokolova, y creí perder la razón. Para no caer al piso, me detuve del borde de la mesa.

Luego: "Qué bello eres, Stefan, lástima que no te gusten las mujeres, te llevaría a mi cama en este momento..."

Iulia Sokolova agarró mi cabeza entre sus dos manos y me besó largamente en la boca, hundiendo su lengua entre mis encías, hasta dejarme sin aliento.

Un chofer me esperaba en la puerta del edificio y me llevó hasta el Bolchaya Moskovskaya, el hotel más lujoso de Moscú. Ahí, el jefe de botones me condujo a través de infinitos corredores a un cuarto inmenso del primer piso, donde encontré mi maleta, un traje de tres piezas impecable, tendido en la cama y, sentado en un sillón, mirándome con ojos verdes, un *Komsomol* rubio como los trigales de su Ucrania natal, de torso largo y costillas sobresalientes de campesino desnutrido bajo la flotante blusa roja, que se acostó a mi lado y me acarició tiernamente mientras yo me mordía las uñas, hasta sangrarme los dedos, de rabia, vergüenza y humillación.

Por esta rabia —vergüenza de la humillación—, gané los cuatrocientos metros de dorso contra el campeón de Moscú, el sargento Ivan Dolgikh, y califiqué para representar a los *Komsomols* polacos en la Espartaquiada de 1925. El entrenador me llamó la atención porque festejé mi éxito como un gallito, subiéndome a la tabla de clavados para saludar a los asistentes: "Un buen *Komsomol* no festeja sus triunfos individuales; un buen *Komsomol* es un engranaje anónimo en una maquinaria perfectible."

Desde la tabla de clavados, por última vez, vi a Mamusia Justyna, sentada en la primera fila del estrado, aplaudiendo discretamente el éxito de su hijo.

A pesar de todo, la Revolución es una marejada que todo lo barre a su paso. A pesar de todo, la Comintern confía en mí. La Revolución no necesita individuos sino "miembros" que le permitan triunfar.

Toda sonrisas, Iulia Sokolova, en un vestido de percal blanco, me abordó en los vestidores del deportivo de Samarski: llevaba un sobre que dejó en mi locker: contenía mis instrucciones y una rosa roja que puse en el ojal de mi nuevo traje cuando fui a bailar en un sótano de Rabat, a dos cuadras de la Escuela Lenin, con Sasha, el *Komsomol* rubio como los trigales de Ucrania en agosto, que me regaló la Comisión de Control de la Comintern.

Ya no eres Stefan Leonard Dąbrowski de Poznań; ya no eres el estudiante del colegio jesuita de Santa María Magdalena; ya no eres el campeón de la Espartaquiada de 1925; ya no eres hijo de Dariusz Dąbrowski; ni eres hijo de Justyna Dariuszowa Ożarowska, Madame Jus. Ya no tienes nombre ni madre. Eres una página en blanco sobre la cual la Revolución Proletaria Mundial escribirá su misión. A partir de ahora, no eres nadie. Desde esta hora y hasta la hora de tu destitución, eres un obrero entre mil obreros, un luchador entre mil luchadores, un guerrillero más en la avanzada de la Revolución Mundial.

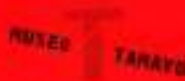
Firma aquí, de conformidad, la obliteración de tus señas de identidad.
Stefan Leonard Dąbrowski

—Me llamo Stefan Leonard Dąbrowski, y estoy aquí por ti, porque no me dejan ser quien soy, porque me quitaron nombre, apellido y me hicieron judío alemán así como tú eres judío lituano. Estoy aquí por ti, Itzik Falken, porque me pidieron que me ocupara de ti. Tengo que hundir tu cuerpo en un pozo de cal viva en un páraje oculto del bosque, y pisotear la tierra cubierta de hojas secas hasta que no quede ninguna huella de Itzik Falken.”

—*Traidor, ¿y tú?* la última novela de Olivier Debrouse (1952-2008), es un recuento ficticio en el que un actor de la escena comunista mexicana de los años veinte se vuelve el personaje principal de una oscura intriga en la que convergen la historia, la política y el arte. La novela comienza en la Polonia de principios del siglo xx, en donde el joven Stefan Dąbrowski trabaja como espía para distintas agencias de inteligencia, mientras descubre su sexualidad en la medida en la que se mezcla y convive con otros agentes asignados a diversas tareas encubiertas en Poznań, Berlín, Nueva York y la ciudad de México.

—*Traidor, ¿y tú?* es una edición póstuma del manuscrito inconcluso en el que Debrouse examina un conocido capítulo de la historia política y artística de México, recurriendo a documentos factuales que le permiten construir una narrativa en la que articula una visión historiográfica poco ortodoxa de las relaciones complejas en las que se reflejan el arte y la sociedad.

MÉXICO
2010



Instituto
Nacional de
Bellas Artes

CONACULTA